EL AMOR NO DEBE DOLER, DEBE SANAR

UNA PROMESA En Portofino



LORENA FUENTES

Una Promesa en Portofino

El amor no debe doler, debe sanar.

Lorena Fuentes



Copyright © 2025 Lorena Fuentes

Primera edición: Febrero 2025
ISBN: 9798309133215
Diseño de cubierta e interior: Lorena Fuentes
Imágenes de la portada:Todos los derechos a AdobeStock
Aviso de Derechos de Autor y Prohibición de Uso

Todos los derechos reservados. Este libro, titulado Una promesa en Portofino, está protegido por derechos de autor. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este trabajo, así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico.

De manera específica, prohíbo el uso de este libro en el adiestramiento de modelos de inteligencia artificial, así como su incorporación en bases de datos o sistemas que busquen aprender de este contenido. Cualquier infracción de estos derechos será perseguida conforme a la legislación vigente.

Les dedico este libro a mis chicas que me han apoyado incondicionalmente: las que están siempre presentes, las que volverán cuando el destino lo decida, y las que nunca se han ido de mi lado.
Yensi Suarez, Guadalupe Colman, Glorialy Inzunza, Nicole Martínez, Masiel Peña, Isaura Tapia, Cecilia Pérez, Lyn Portilla Nuñez, Maria Jacobo, Fontcalda Alcoverro, Helena Quiros, Karla "Chencha" Pagán, Alcio Solís, Khrisbel Ramírez, María Jiménez T, Nalle Mejía, Paola Gómez, Loli Sánchez, Leydis Gómez, Lucrismar Otero, Sabrina Domínguez, Esther Silveira, Génesis Álvarez, Lucy Montiel, y muchas más que llenan mi vida de amor y risas.
Que el amor de sus vidas sea como en los libros: lleno de magia, aventura y momentos inolvidables. Gracias por ser parte esencial de mis historias.

No te conformes con menos de lo que mereces y lucha por cada sueño que tengas. El amor es bueno y bondadoso, no estás sola.
Lorena Fuentes

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
Epigraph
Nota de la autora
Playlist Una Promesa en Portofino:
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo I
Epílogo II
Agradecimientos:
Sobre la autora
Libros:

Nota de la autora

Esta novela contiene escenas de violencia doméstica y una violación que pueden ser perturbadoras para algunos lectores. Si bien la historia de Felicity es ficticia, está inspirada en las experiencias de millones de mujeres en todo el mundo que han sufrido el horror del maltrato. Mi intención al escribir esta historia no es solo entretener, sino también concientizar, dar voz a las víctimas y promover un mensaje de resiliencia y esperanza.

Felicity, con su valentía y su determinación, representa a todas las mujeres que han luchado por liberarse de las cadenas del abuso. Su historia es un recordatorio de que la violencia no tiene cabida en el amor, y de que todas las mujeres merecen una vida libre de miedo y dolor.

Si te sientes identificada con la historia de Felicity, o si conoces a alguien que esté pasando por una situación similar, por favor, busca ayuda. No estás sola. Hay organizaciones y personas que pueden ayudarte a salir del círculo de la violencia y a reconstruir tu vida.

Recuerda: el amor no debería doler. Mereces un amor que te respete, que te proteja, que te haga feliz.

Con amor y esperanza,

Lorena Fuentes

Playlist Una Promesa en Portofino:

Las canciones que inspiraron esta historia:
https://open.spotify.com/playlist/2PHY3PEFy61Uo3wSpI6W4T?si=f56d5fb9e745442f





Prólogo

Tres años antes…

Sus puños chocan contra mi rostro, y desearía tener la fuerza suficiente para escapar, pero sin él, no soy nada. No tendría nada. Lo hace porque me ama, porque he cometido errores, porque siento que no merezco a un hombre como él.

Hemos estado juntos por cinco años, y aunque su amor fue una luz en mi oscuridad, ahora es una sombra que me atrapa. Lo amo; me ha rescatado de la soledad, y ahora soy alguien. Todos me quieren, y todo es gracias a él. La niña que creció en hogares de acogida se ha transformado en una mujer exitosa, solo que a costa de mi propio ser. No puedo dejar de pensar que, si lo dejo, terminaré siendo nada. Caigo al suelo, y ahora son sus pies los que me atacan sin razón, golpeándome con una intensidad que desgarra mi alma. Me patea. *«Soporta, soporta, él lo hace porque te ama»*. Me hago un ovillo tratando de protegerme, mas en este momento, soy completamente impotente.

—¡Maldita perra! —sisea, su voz cargada de veneno—. Te vi, te vi con él.

—No hice nada, solo estaba hablando con tus compañeros. —Mi voz tiembla, mas no puedo dejar de luchar por mi verdad.

—Te estabas ofreciendo, zorra —afirma con furia, y el crujido del cinturón y el cierre abriéndose resuena como el sonido de una condena—. Te voy a dar lo que querías.

—Christian, por favor —ruego, mi voz sale como un hilo de esperanza en medio del tormento.

Se lanza sobre mí, me abre las piernas y, de manera brusca me arranca los pantalones. Le suplico que se detenga cuando me penetra. Siento un dolor lacerante; el mundo se detiene y el tiempo se distorsiona. No estoy lista para esto, no quiero recibirlo, no así. ¿Dónde está el amante gentil que prometía protegerme?

Me penetra, me muerde y, aunque me cueste aceptarlo, él me está violando. Mi prometido, el hombre que amo está abusando de mí. Lloro en silencio mientras me besa, solo que mis labios se cierran como un puño, negándose a corresponder. Me abofetea con una brutalidad que me hace sentir como si mi alma se desgarrara. El sabor metálico de la sangre inunda mi boca, un

recordatorio doloroso de mi realidad. Se derrama dentro de mí y se levanta, dejándome tirada como basura. Me giro y me quedo mirando un punto vacío en la pared, mientras las lágrimas silenciosas recorren mi rostro. Una chispa de valentía comienza a emerger dentro de mí. Un solo pensamiento atraviesa mi mente.

«Tengo que escapar, tengo que irme de aquí».

—¡Levántate! —ordena, su voz estalla en mi mente como un eco aterrador.

No puedo ni moverme, la desesperanza es un peso que me ancla al suelo. No deseo levantarme. Si alguna vez pensé que se podía estar muerta en vida, este es el momento. Resopla molesto, y ni siquiera lo miro mientras trato de tragar el dolor que me ha infligido. Me ayuda a ponerme de pie y me abraza, escucho su respiración entrecortada, y en este instante, el asco se mezcla con la tristeza. Deseo alejarme de él, pero el temor se apodera de mí; puede ser peor si lo hago.

—Mira lo que provocas —me reprocha, su voz está llena de frustración—. Te amo, Felicity.

No respondo, no puedo. Me besa, y aunque mis labios permanecen sellados, siento el veneno de su amor desbordarse en mi ser. Me lleva a nuestra habitación, me ayuda a despojarme de la ropa que apenas me cubre, como si desnudara mi piel para exponer mis cicatrices. No le permito acompañarme al baño; él me deja ir sola, sin protestar. Cuando me observo en el espejo, me doy cuenta de que el amor no debería doler, y mi reflejo me grita que he perdido mucho más que la inocencia. Bajo la mirada a mis piernas; su semen y mi sangre caen por mi entrepierna, una cruel señal de lo que ha sucedido. Me violó. Me violó la persona con la que creía que iba a construir mi vida.

El agua helada golpea mi piel, pero ni siquiera eso logra calmar el fuego que me quema por dentro. Froto la esponja con rabia y, con desesperación tratando de borrar la suciedad, su rastro y su olor. Cada centímetro de mi cuerpo grita de dolor, la piel arde bajo la presión de mis dedos. Cierro el grifo y me apoyo en la pared, temblando.

El dolor es una bestia que me muerde las entrañas, que me impide mantenerme en pie. Salgo del baño con el paso vacilante, aferrándome a la toalla como si fuera un salvavidas. Christian duerme plácidamente en la cama, ajeno al huracán que llevo dentro. Trago saliva, conteniendo las lágrimas y el grito que amenaza con escapar de mi garganta. Me visto con movimientos lentos, cada prenda es una tortura contra mi piel magullada. No hago ruido, no quiero despertar al animal que me hizo esto. Sin nada llegué a esta casa, a esta prisión disfrazada de amor, y sin nada me iré.

Al cruzar la puerta, una oleada de frío me golpea el rostro. Es la libertad, un soplo de aire fresco en medio del infierno. Camino con paso firme, aunque todavía me tiemblan las piernas. No volveré a mirar atrás, no volveré a caer en la trampa del amor romántico, ese cuento de hadas que casi me destruye. Dejo el anillo sobre la mesa del comedor, un objeto brillante e inútil que simboliza todas las promesas rotas. Salgo de la casa, dejo atrás los fantasmas del pasado y me enfrento al futuro con el corazón roto, pero con la frente en alto.

El aire gélido de Nueva York me recibe como un abrazo frío, como un presagio de los desafíos que me esperan. Sin embargo, siento también la fuerza de mi propia determinación. Respiro hondo, llenando mi alma de esperanza y de la certeza de que puedo construir un futuro mejor. Subo al taxi, y mientras la ciudad se aleja, siento cómo mi corazón se libera de las cadenas del pasado. Miro por la ventana, observando las luces que parpadean en la oscuridad, como estrellas que me guían hacia mi nuevo destino. Hoy, renazco de mis propias cenizas, como el ave fénix.





Capítulo 1

Felicity

Actualidad

Al bajar del avión, una sonrisa se dibuja en mi rostro. Por un momento, me parece estar viviendo un sueño. Me quedaré dos semanas en Portofino, una de las ciudades más exclusivas del mundo, donde el jet set europeo viene a disfrutar del sol y del lujo. ¿Realmente estoy aquí? Después de tres años luchando por reconstruir mi vida, por fin puedo darme este capricho. Todo este tiempo he estado aprendiendo a valerme por mí misma y a ser independiente, para dejar atrás el pasado.

Dejar a Christian Morgan fue la decisión más valiente de mi vida. En aquel entonces, imaginé que todo sería un fracaso, que sin él no sería capaz de sobrevivir. El miedo al futuro y a la incertidumbre me paralizaban. Sin embargo, también estaba el miedo a seguir a su lado, a perderme por completo en ese torbellino de violencia y control. Renuncié a un estilo de vida que creí que me haría feliz, a la promesa de seguridad y estatus que él representaba. Con el tiempo, comprendí que el dinero no compra la felicidad, y mucho menos el amor. La verdadera felicidad es algo mágico que nace del amor propio, de la aceptación y de la libertad. Y eso es precisamente lo que he encontrado en estos tres años.

Suspiro, recordando las dos semanas que pasé en casa de Connor después de escapar de Christian. Me sirvieron para curar las heridas físicas, para empezar a reconstruir mi vida. Las heridas del alma, sin embargo, son más profundas, más difíciles de sanar. Todavía sangran de vez en cuando, sobre todo en la soledad de mi hogar. Fue duro tomar la decisión de mudarme, de dejar Nueva York e irme a Londres. No obstante, necesitaba un cambio radical, un nuevo comienzo. Esa ciudad me ofreció un nuevo empleo, una nueva vida, y la tranquilidad que necesitaba para reencontrarme conmigo misma.

Hace un año, mientras navegaba por Instagram, me enamoré de Portofino. Sus casas de colores pastel, sus calles empedradas y su puerto lleno de yates... Parecía el lugar perfecto para

terminar de encontrarme, reconectar con mi alegría y saber que podía ser feliz de nuevo. Después de ahorrar durante meses, por fin puedo disfrutar de mis primeras vacaciones en tres años.

Mientras espero mi equipaje, Taylor Swift canta *Blank Space* en mis auriculares. Tarareo la canción, sintiendo cómo la melodía me llena de energía. Amo la música, me identifico con las letras y con las historias que cuentan. Tengo listas de reproducción para cada momento de mi vida.

Para este viaje, he creado una con música de los años cincuenta y setenta. Creo que la música italiana de esa época encaja a la perfección con la magia de Portofino, con su ambiente retro y elegante. Aunque ahora mismo, con Taylor Swift sonando en mis oídos, me siento más conectada con la reina de las canciones de corazones rotos. Si alguien sabe cómo pasar página, cómo convertir el dolor en arte, esa es ella.

De pronto, visualizo mis maletas. Me acerco para tomarlas, pero choco con alguien. Un hombre alto, con uniforme de piloto, me sonríe. Me quedo paralizada, observando su belleza. Es alto, de piel bronceada, cabello castaño oscuro y unos ojos verdes que brillan con intensidad. Sus labios gruesos dibujan una sonrisa que me hace sentir un cosquilleo en el estómago. Parece una visión sacada de un sueño, un príncipe de cuento de hadas.

—*Scusi* —se disculpa en italiano, con un acento que me resulta encantador.

No puedo evitar sonreír. Tomo mi equipaje y me alejo rápidamente, antes de hacer alguna tontería. ¿Cómo es posible que un simple "disculpe" me haya dejado así? Nunca imaginé que un hombre pudiera volver a despertar estas sensaciones en mí.

Tomo el primer taxi que veo, ansiosa por llegar a la villa que mi mejor amigo me ha prestado para quedarme por unos días. Hablando del rey de Roma... Mi móvil suena con el tono que le tengo asignado. En la pantalla aparece el nombre de Connor, junto a una foto de los dos.

—*Ciao!* —respondo en italiano, con un toque de ironía.

—¡No seas tonta! —se burla—. ¿Cómo estuvo el vuelo?

—Excelente. La verdad, pensé que sería peor, pero alguien se encargó de pasarme de clase turista a primera clase. Gracias a ti, supongo.

—Ese alguien tiene sus contactos —responde con una risita—. Me alegra que hayas llegado bien.

Connor es mi mejor amigo, la familia que escogí. Siempre ha estado ahí para mí, en los buenos y en los malos momentos.

—Quisiera tener amigos como los que tienes —bromea.

—Connor, no debiste gastar tanto en mí —reprocho, aunque en el fondo me siento profundamente agradecida por su generosidad.

—Son las primeras vacaciones que tomas desde... —Se calla, sabiendo que no quiero hablar de Christian—. Confieso que para mí el hecho de que te mudaras ha sido un fastidio. Te extraño mucho, y estando en Londres no me dejas mimarte como te mereces.

Se me forma un nudo en la garganta. Él sabe que mudarme a Londres fue una decisión difícil, pero necesaria. Necesitaba alejarme de Nueva York, de los recuerdos, de la sombra de Christian. Y también lo extraño, a pesar de las largas llamadas telefónicas y videollamadas. No hay nada como compartir un café en nuestro lugar favorito y charlar durante horas sobre cualquier cosa. Esos momentos son tesoros que guardamos en el corazón, especialmente ahora que la distancia nos separa. Han sido tres años difíciles, mas nuestra amistad ha sabido sortear cada obstáculo.

—Debiste venir conmigo —le recrimino con un deje de tristeza en mi voz.

—Todavía te busca... —apunta en voz baja, y cierro los ojos con fuerza, recordando la amenaza constante que representa Christian—. Así que no verte es el precio que pago por

protegerte. Y lo seguiré pagando con tal de que estés a salvo.

Suspiro resignada. Mi exprometido no ha cesado en su empeño de encontrarme. Sé que tendré que vivir con esa sombra el resto de mi vida. Sin embargo, no dejaré que me paralice. No permitiré que me robe la libertad que tanto me ha costado conseguir.

—Te quiero, idiota —murmuro, intentando contener las lágrimas.

—Te quiero, estúpida —responde con cariño.

Connor cuelga la llamada y me quedo mirando el teléfono, con el corazón encogido. Estoy prácticamente desterrada por mi propia seguridad. Y lo más difícil de todo es estar lejos de la única persona que realmente me ha querido. Sin embargo, sé que es lo mejor. Que necesito esta distancia para sanar, para crecer y ser feliz.

—*Siamo arrivati, signorina.*[1]

Le sonrío al taxista y le pago. Al bajar del automóvil, me quedo con la boca abierta, observando la villa que tengo frente a mí. Parece un castillo sacado de un cuento de hadas, con sus torres, sus balcones, sus jardines exuberantes. Vuelvo a marcar a Connor, que responde enseguida.

—Te arrepientes y volverás al frío Londres —habla con tono burlón.

—Me dijiste que era una villa para dos personas... ¡Esto es una mansión!

Suelta una carcajada.

—Dale gracias al fideicomiso de la familia Walton. Ser uno de los solteros más codiciados de Nueva York tiene sus ventajas. Y que seas mi mejor amiga, también.

—Eres un idiota —le digo con una sonrisa.

—Pero me amas —responde—. Esa casa es propiedad de Conrad. Disfruta de estos días, te lo mereces. Te adoro, Felicity. Y a veces... bueno, a veces quisiera verte con otros ojos, pero para mí eres como un hermano.

Suelto una carcajada. Nuestra amistad siempre ha sido así, llena de bromas y complicidad. Conrad es el hermano mayor de mi mejor amigo, también se comporta como uno para mí. Su familia es la mía, aunque a veces me cueste aceptarlo.

—Y yo a ti, Connor. Pero tú eres la mujer de la relación —apostillo.

Siempre hemos bromeado con eso, con que él es la mujer y yo el hombre. Colgamos con la promesa de llamarnos a diario. Doy un salto de alegría, emocionada por empezar a disfrutar de mis vacaciones. Busco la llave donde Connor me indicó y abro la puerta. Al entrar, me quedo sin palabras. La villa es aún más impresionante por dentro. Todo es elegante, espacioso, con un toque vintage que me encanta. Es como si hubiera entrado en un sueño.

Nuestra amistad es tan hermosa como este lugar. Conocí a Connor en la universidad. Era una chica de un hogar de acogida que había ganado una beca para Yale, una de las universidades más prestigiosas del país. Tuve que soportar todo tipo de humillaciones por parte de mis compañeros, que me veían como una intrusa. Hasta que un día, Connor Walton, el chico más deseado de la universidad, salió en mi defensa. Y todo cambió, porque él con su aura de *old money*, sus pantalones caqui y su jersey de punto color crema, dejó claro que yo era su amiga. Me llevaba un año, y lo que comenzó como una amistad platónica se convirtió en algo mucho más profundo con el tiempo. Creo que ambos encontramos en el otro lo que nos hacía falta: amor, cariño y apoyo incondicional. Para mí, mi mejor amigo siempre será ese chico capaz de darlo todo por las personas que ama, sin importar su dinero o su posición social.

Camino por la villa, observando cada detalle con la boca abierta. La decoración es una mezcla de estilos *vintage* y *art déco*, con un toque extravagante que delata la mano de la madre de Connor y Conrad. Me acerco a una puerta doble de vidrio y la abro. Al ver la piscina, me quedo

sin respiración. Es enorme, y parece unirse al mar en el horizonte. Es una ilusión óptica, claro, ya que está situada en una colina. Alrededor hay seis tumbonas blancas, una cama de exterior con dosel y mosquitero... ¿Para qué querría salir de aquí?

Alguien se aclara la garganta detrás de mí y me giro. Una señora de mediana edad, con uniforme de servicio, me observa con una sonrisa amable.

—Usted debe ser la señorita Jones —dice con un marcado acento italiano.

Le ofrezco mi mano.

—Felicity, por favor —me presento.

—Soy Rosaria, el ama de llaves. El señor Walton me dio instrucciones para que su estancia aquí sea inolvidable.

Niego con la cabeza, sonriendo.

—Gracias, Rosaria. No voy a molestar mucho, lo prometo.

—Permítame mostrarle la casa —me pide con amabilidad.

Asiento y comenzamos el recorrido. Me muestra el área contigua a la piscina, un jardín lleno de flores exóticas. Señala una escalera que baja hasta una playa privada. Entramos en el salón, que está decorado con muebles antiguos de gran valor. Me enseña el comedor, y luego subimos a la primera planta. No abre ninguna de las puertas de las habitaciones, excepto la última, al final del pasillo. Cuando abre las dos puertas, no puedo evitar gritar de la emoción. La habitación es enorme, con una cama con dosel, un vestidor, un baño de mármol... y unas vistas increíbles al mar.

Escucho la risa de ella mientras me lanzo sobre la cama. El cubrecama es suave y mullido, y por un segundo me siento como una reina. Sale de la habitación, dejándome disfrutar del momento**.** Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Me acomodo en la cama, cerrando los ojos. Mi mente se queda en blanco, y poco a poco me voy quedando dormida.

∞∞∞

Sus puños me golpean el cuerpo, siempre evitando los lugares visibles. Ser su prometida significa llevarme a muchos lugares, codearme con la élite de la sociedad neoyorquina, y no puedo tener ni un rasguño. "La imagen lo es todo", me repite una y otra vez. Descarga su ira, su frustración, solo porque no recordé el nombre de uno de los hombres que lo llevarán al senado. Me quedo ahí en el sofá, hecha un ovillo y llorando en silencio.

Al terminar, pasa sus manos por su cabello castaño, con un gesto de exasperación que conozco bien. Sus ojos azules me observan con arrepentimiento, con esa falsa culpabilidad que siempre me desarma.

—Nena, perdóname, perdóname —me ruega, arrodillándose frente a mí, pegando su rostro a mi vientre.

Respiro hondo, acariciando su cabello. «Es la última vez», me prometo a mí misma, aunque en el fondo sé que es una mentira.

—Te perdono —murmuro, con la voz rota por el llanto.

Christian se levanta y me observa con una sonrisa burlona. Me toma del mentón con tanta fuerza que me deja marcas.

—No tienes nada que perdonarme —se burla—. De todas las mujeres de Yale, tuve que escoger a la peor, a la que no tiene pasado ni familia. —Me da una bofetada—. La que tiene que pedirme perdón, la que tiene que valorar lo que hago por ella, eres tú...

Alza su mano y me golpea de nuevo. Me toma por el cabello, arrastrándome hasta la

habitación. Me quita la ropa y me tira un camisón. Me visto mientras él se pone el pijama. Agradezco que no me toque esta noche. Me acuesto a su lado, él me abraza por detrás, y escucho su voz susurrándome al oído:

—Te amo tanto... que no me importa que seas una zorra.

Despierto asustada y desorientada. Me giro, buscando a Christian en la cama, mas no está. Estoy a salvo. Un suspiro de alivio escapa de mis labios. ¿Qué clase de amor era ese? Me levanto de la cama, percatándome de que ha anochecido. Camino hasta el balcón y lo abro de par en par. Respiro hondo intentando calmar mi corazón acelerado. Estoy a salvo. Él no puede hacerme daño. Ya no más. Solo puede tocarme en mis pesadillas.

Me quedo mirando la belleza que tengo frente a mí: la luna llena sobre el mar, su luz reflejándose en el agua y las pequeñas luces de los yates que bailan en la oscuridad. Es una imagen que me llena de paz, que me recuerda que la vida sigue, que hay belleza en el mundo, a pesar de todo.

Soy la editora de una revista de moda. Vivo en un hermoso piso en Londres. Tengo todo lo que nunca pensé tener. Sin embargo, hay noches en que los recuerdos de lo que viví con Christian regresan a mí en forma de pesadillas. Sin embargo, no me dejo vencer. No dejo que el pasado me defina.

No, no lo olvido. Las cicatrices en mi piel son un recordatorio constante de que hay rostros de ángel que esconden almas demoníacas. Sin embargo, no dejo que los malos momentos se apoderen de mí y que me roben la alegría. Soy más fuerte que eso. Soy una superviviente.

Una sonrisa ilumina mi rostro mientras contemplo Portofino, la joya italiana que se despliega ante mis ojos. Sus colores vibrantes, su aroma a mar y su atmósfera mágica me invitan a soñar. Estoy aquí para sumergirme en su belleza, para dejarme llevar por su encanto y, para ser feliz.

He aprendido a apreciar los pequeños momentos, las cosas simples de la vida. Disfruto de la brisa marina, del aroma de las flores y del canto de los pájaros. Mañana saldré a dar una vuelta por el pueblo, a perderme por sus callejuelas, a comer un *gelato* en una terraza con vistas al mar. Voy a saborear cada instante, cada experiencia. Voy a abrazar la vida con todas mis fuerzas.





Capítulo 2

Felicity

Rosaria descubre un scooter, igual a esas que vemos en las películas italianas, es blanca y reluciente, con un aire retro irresistible. Brinco de la emoción como una niña pequeña. ¡Es perfecta! Se ríe y me entrega las llaves. Voy a vivir la experiencia por completo. Tengo que llamar a Connor y agradecerle por pensar en estos pequeños detalles, esos que hacen que todo sea diferente y más significativo.

—¿Estás segura de que puedo usarla? —pregunto, sintiéndome un poco nerviosa.

—El señor Connor fue muy específico al respecto. Dijo que debía salir a pasear en ella.

Le quito las llaves con una sonrisa. Me da un pequeño casco de color rosa, y no puedo evitar reírme. ¡Es adorable! Sacamos la *scooter* hasta la entrada de la automóvilra y le pido a Rosaria que me tome algunas fotos. Pone los ojos en blanco, pero en el fondo creo que le divierte mi entusiasmo. Después de la pesadilla de anoche, esta pequeña aventura es justo lo que necesito.

Me entrega el móvil y busco la conversación de mensajes con Connor. Me tomo un *selfie* con el casco puesto y una sonrisa radiante. Sé que está dormido, pero no importa porque se que la verá al despertar. Deseo que vea mi rostro de felicidad, que sepa cuánto estoy disfrutando de sus atenciones. Busco mis EarPods, los coloco con cuidado y me acomodo el casco. Encuentro mi lista de reproducción para este viaje, y cuando *At Last* de Etta James empieza a sonar, enciendo el motor. Salgo de la villa sintiéndome libre y llena de energía.

Cuando encontré aquel *reel* de Portofino en Instagram, pasé meses leyendo sobre la ciudad, soñando con visitarla algún día. Le hablé a Connor sobre mi deseo, y para mi sorpresa, su familia tenía una pequeña villa allí. "El escape al paraíso", como la llama su madre. Portofino está ubicada en la Riviera italiana, un lugar de ensueño, con casas de colores pastel, calles empedradas y un puerto lleno de yates. La ciudad siempre se encuentra repleta de turistas que, como yo, desean disfrutar de la tranquilidad de unas vacaciones primaverales. En verano, me han dicho, la ciudad se llena de gente y hay que hacer filas para disfrutar de cualquier lugar.

El agua del mar es de un color turquesa intenso, las carreteras son cortas y sinuosas, el paisaje es simplemente espectacular. Estar aquí es un sueño hecho realidad. Estaciono la *scooter* cerca

de Paraggi, una de las playas que me recomendaron visitar. Camino por un sendero que bordea la costa, disfrutando de las vistas, del aroma a salitre y del sonido de las olas. De pronto, llego a un mirador y me quedo sin aliento. La playa se extiende ante mí, con su arena blanca, sus aguas cristalinas y sus sombrillas de colores. Es un paraíso.

Bajo los escalones, hipnotizada por la belleza del lugar. En el penúltimo escalón, me quito las alpargatas de yute y las dejo a un lado. Camino descalza por la arena, sintiendo la suavidad bajo mis pies. Sonrío. Connor tenía razón. Esto es la gloria.

Encuentro una sombrilla libre y me siento en la tumbona. Me quito el vestido y me quedo en un bañador entero de color blanco, con un discreto escote en forma de uve. Saco de mi bolso el libro que estoy leyendo, *It Ends With Us* de Colleen Hoover. Me siento tan identificada con la protagonista, con su lucha por superar un pasado traumático y con su miedo a repetir patrones. A veces, el pasado y el presente se encuentran para remover viejas heridas, para recordarnos que no somos tan diferentes de quienes éramos antes. Que a veces, sin darnos cuenta, nos convertimos en aquello que juramos no ser. El sonido del mar calma mi corazón mientras leo la historia de Lily, mientras reflexiono sobre mi propia vida.

—*Signorina, lei è stata invitata a questo bevanda.*

Bajo el libro y observo al mesonero. Me sonríe y señala hacia unas tumbonas. Giro la cabeza en esa dirección y veo a un hombre que levanta su copa hacia mí.

—No, gracias —respondo en inglés.

—¿Italiano? —pregunta con amabilidad.

—*Io no parlo* —respondo, negando con la cabeza.

Asiente y se va con la copa. Respiro hondo, intentando volver a la historia. De pronto, siento una mirada sobre mí, que me incomoda y me inquieta. Durante los primeros meses, después de dejar a Christian, pensé que me vigilaban. Sin embargo, esta vez es real. Alguien me está observando. Bajo el libro y me quedo sin aliento. Lo reconozco. Es el piloto con el que tropecé en el aeropuerto. Me observa con sus ojos verdes brillantes. Está vestido con una bermuda de color caqui y una camisa blanca. Parece reconocerme, y sabe que también yo lo he hecho.

—¿Te conozco? —pregunta con una sonrisa.

—No —respondo, intentando mantener la calma, pero mi voz tiembla.

—Paul —se presenta ofreciéndome su mano.

Me quedo mirándola, sin saber qué hacer. ¿La tomo? ¿Salgo corriendo? Desde Christian, evito cualquier contacto con el sexo opuesto. Se da cuenta de mi vacilación. Respiro hondo y le doy la mano.

—Felicity...

—¿Americana? —pregunta con curiosidad.

Alzo una ceja. ¿Me habrá visto en alguna foto con Christian? ¿Me habrá encontrado? El miedo me recorre como una descarga eléctrica. Recojo mis cosas y salgo corriendo de la playa. Él me llama, mas no me sigue. Agradezco que no lo haga.

Salgo de la playa temblando. Me subo al *scooter*, con el corazón latiéndome a mil por hora. Tengo que irme de aquí lo más rápido posible. El terror irracional de que Christian me encuentre y, de que envíe a alguien por mí, me paraliza. Sé que no ha dejado de buscarme, que no descansará hasta encontrarme. Y cuando lo haga... terminará lo que empezó.

Tal vez estoy exagerando. No obstante, el miedo es una bestia difícil de domar. Irme de Estados Unidos y mantener un perfil bajo ha sido muy difícil, más aún siendo editora de una revista de moda, un mundo donde la imagen y la exposición son tan importantes, pero no me arrepiento. Mi libertad y mi vida no tienen precio.

*****

Llego a la villa con el corazón todavía latiéndome con fuerza. Rosaria me recibe con una sonrisa, la ignoro y subo las escaleras directamente hacia la habitación. Saco todo del bolso, buscando mi móvil con desesperación. Maldigo al no encontrarlo.

—¡Maldición, lo dejé en la mesa! —recuerdo que me quité los EarPods y lo dejé junto al libro.

Paso mi mano por mi rostro, molesta conmigo misma. *«No seas así, Felicity»*, me reprendo mentalmente. *«Debes dejar de menospreciar tu inteligencia. Un olvido lo comete cualquiera»*. Necesito tranquilizarme. Busco mi iMac, me conecto y veo que tengo mensajes de Connor.

Connor a Felicity: Me alegra que estés divirtiéndote. Espero volver a verte pronto.

Escribo un mensaje en respuesta:

Felicity a Connor: Perdí el móvil. Avísame cuando pueda llamarte.

Le doy a enviar. Los tres puntos aparecen y desaparecen. En menos de un segundo, me está llamando. Al aceptar, puedo ver su rostro. Mi mejor amigo sonríe. Rubio y de ojos color miel casi dorados, parece un modelo sacado de una revista. El niño mimado de New Haven, el típico heredero de una familia prominente del país. Solo que, para mí, es simplemente Connor, mi hermano y mi confidente.

—¿Dónde tienes la cabeza? —pregunta en modo de saludo, con un tono divertido.

Respiro hondo y no puedo evitar echarme a llorar. Le cuento todo: el encuentro con Paul, el miedo a que Christian me haya encontrado y la huida de la playa. Connor escucha con atención, con el ceño fruncido. Al terminar de hablar, niega con la cabeza.

—Cariño, no creo que te haya encontrado.

—¿Y si lo hizo? —pregunto con la voz temblorosa.

—Él sabe que, si te toca de nuevo, voy a matarlo —sentencia—. Nunca debió golpearte. Nunca debiste ocultarme lo que sucedía.

—Connor...

—Fui un mal amigo por no darme cuenta de lo que estabas atravesando. Debí haberte protegido.

—Supe ocultarlo muy bien. Pensaba que estaba haciendo las cosas mal, que me merecía lo que me hacía. Christian supo manipularme.

—No me importa. No merecías el infierno que te hizo vivir durante años... —Su voz se rompe. Sé que le duele que le escondiera mi sufrimiento, a pesar de que sabía que podía contar con él—. Eres mi hermana, Felicity. Y me duele verte sufrir.

Sonrío, conmovida por sus palabras.

—Eres la familia que no tuve.

Mis padres eran drogadictos. Viví un infierno de maltrato intrafamiliar desde niña. Crecí viendo a mi padre drogado pegarle a mi madre, y a ella arrastrarse por el suelo porque él era quien le proveía de cocaína. Los vecinos lograron salvarme, denunciando la situación a servicios

sociales. No sé nada de ellos desde entonces. Tenía once años cuando fui a parar a un hogar de acogida. Fueron años muy difíciles. Era una niña demasiado grande para ser adoptada. Todos quieren bebés, niños pequeños que no sepan que tienen otros padres. Cuando me sacaron de casa, mi madre estaba en coma por una paliza que le había dado el hombre que decía amarla. No teníamos a nadie más. A pesar de las precarias condiciones en las que crecí, estudié muy duro para conseguir lo que deseaba. Fueron los padres de Connor quienes me becaron y me ayudaron con los préstamos universitarios. Les debo tanto... Son la familia que nunca tuve. Desde que mi mejor amigo llegó a mi vida, ellos se convirtieron en eso que siempre soñé tener: un hogar lleno de amor incondicional y apoyo.

—Eres mi hermanita, idiota —murmura Connor, y sus ojos brillan con lágrimas contenidas.

—¿Crees que Christian me ha encontrado? —pregunto con miedo.

—No, Felicity. No sabe dónde estás, y no creo que vaya a saberlo. Seguro que simplemente te le pareciste a alguien. O tal vez, como dices, te vio en las fotos. No lo sé.

—Perdí el móvil —digo con frustración.

Pone los ojos en blanco.

—Deja que te ayude con eso. Puedo rastrearlo o bloquearlo, lo que necesites.

—No, Connor. Deja que lo haga yo sola. Puedo con esto.

—Ya, por Dios. No te voy a follar, eso lo sabemos desde hace tiempo. Somos la excepción a la regla. Demostramos que un hombre y una mujer pueden ser mejores amigos. Me dijiste una vez que la familia no la hace la sangre. Bueno, considérate la hermanita que nunca tuve. Y deja que te ayude.

Me despido de él, con el corazón más tranquilo. Me ordena disfrutar de la villa y olvidarme del pasado. Me quedo un rato en la habitación, tratando de ahuyentar el miedo y el temor de que Christian vuelva a aparecer en mi vida. Él me cautivó con su encanto, con sus promesas de amor. Fue como el cuento de hadas de la Cenicienta. Había encontrado al príncipe azul que me salvaría de mi vida gris y solitaria. En realidad, era el príncipe Hans de *Frozen*, un manipulador que solo quería hacerme daño. Me costó mucho darme cuenta de su juego. Tenía tantas ansias de ser amada, que no vi las señales de alarma. Todo comenzó rápido y hermoso, como suele suceder con los narcisistas. Sin embargo, una vez que consiguen lo que quieren, comienzan a destruirte poco a poco. Primero fue el maltrato psicológico: todo lo hacía mal, todo era mi culpa. Y cuando nos mudamos juntos, comenzó el maltrato físico. Un empujón, una bofetada... hasta que llegó aquella noche en la que me violó.

Me levanto y voy al baño para lavarme las lágrimas. No puedo permitir que el miedo me paralice. Tengo que vivir. Decido pasar el resto del día en la casa. Bajo a comer y Rosaria me atiende como a una reina. Después de un almuerzo digno de un banquete, salgo al jardín. Nado en la piscina hasta cansarme, apoyo mis brazos en el borde y pierdo la mirada en el mar. En silencio, lloro dejando ir el miedo, el dolor y el recuerdo de Christian. Tengo que vivir. Merezco ser feliz.





Capítulo 3

Paul Hyatt

Suspicious Mind de Elvis Presley suena en mis oídos mientras recojo los EarPods de Felicity. Una sonrisa se dibuja en mi rostro. No puedo evitarlo. Es una sorpresa agradable descubrir que a una chica tan joven le guste el Rey. Supongo que nunca debo juzgar un libro por su portada. Salió corriendo como alma que lleva el diablo. ¿Tanto la asusté? Me quedo con el aparato en la mano, debatiéndome entre buscarla o no. Justo entonces, el móvil suena. En la pantalla aparece el nombre de Connor y la foto de ellos dos, lo conozco.

«Es el hermano de Conrad».

Intrigado, deslizo el dedo para contestar, pero en ese instante veo que la llamada se contesta desde otro dispositivo. *«Chica inteligente»,* pienso. Observo el libro que ha dejado en la tumbona: una novela romántica. Supongo que no es una sorpresa. Detengo la música y recojo sus cosas, repasando mentalmente la escena. ¿Qué hice mal? Nunca he sido de esos hombres que se acercan a las mujeres con facilidad. Sin embargo, ella... ella es diferente. Me cautivó desde el momento en que la vi bajar del sendero. Parecía hipnotizada por la belleza del lugar, y yo estaba hipnotizado por ella. Sus piernas largas y bronceadas, el vestido blanco que insinuaba las curvas de su cuerpo, su cabello rojo como el fuego bailando con la brisa marina... Era una visión, una sirena en la orilla del mar.

No puede pasar desapercibida. Simplemente es radiante, deslumbrante. Y cuando pronunció su nombre...

Felicity...

Un nombre poco común, mas encaja a la perfección con ella. Las notificaciones de mensajes empiezan a sonar. Me encantaría devolverle el móvil, pero ¿cómo? De pronto, entra una llamada. Deslizo el dedo para contestar.

—Tienes mi móvil... —recrimina una voz femenina, con un deje de ansiedad en su tono.

—Sí, lo tengo. Puedo devolvértelo —respondo.

—Me gustaría recuperarlo —insiste.

—Por supuesto. Aunque no entendí por qué saliste corriendo...

Maldición. ¿La asusté?

—Nos podemos ver en el centro —sugiere—. Solo necesito mi móvil de vuelta.

Observo la hora en mi reloj. Las cuatro y media de la tarde. No es mala idea. Podría ser agradable ver el atardecer en compañía de una hermosa pelirroja. Acepto su propuesta y cuelgo la llamada con una sonrisa. Tal vez Felicity sea justo lo que necesito para animar estas últimas vacaciones antes de volver a la rutina.

Y hablando de rutina... necesito un cambio. Llevo años atrapado en la rueda de hámster del trabajo y en las expectativas de mi familia. Soy Paul Hyatt, el heredero de un imperio hotelero. Se supone que debo seguir los pasos de mi padre, casarme con una mujer de buena familia, tener hijos, y perpetuar el legado Hyatt. Sin embargo, no es lo que deseo. Ambiciono la libertad de vivir mis propias aventuras y descubrir el mundo a mi manera. Por eso vine a Portofino, mi refugio secreto, el lugar donde puedo ser yo mismo, lejos de las presiones y las obligaciones.

∞∞∞

Cuando la veo llegar en una *scooter*, mi sonrisa se ensancha. Esta vestida con unos vaqueros clásicos, un blazer azul marino, una camiseta blanca y zapatillas deportivas. Su cabello naranja está recogido en una trenza lateral. Sencilla, pero radiante. Al verme, empieza a mirar alrededor con nerviosismo, como si temiera una emboscada. Me acerco a ella y le ofrezco el móvil y sus EarPods.

—No lo revisé —le aseguro—. También dejaste esto —indico mostrándole el libro.

Respira hondo, tratando de controlar sus nervios.

—Gracias, Paul... —murmura.

—¿Te gustaría tomar un *gelato?* —pregunto con la esperanza de que acepte.

Sus ojos azules se clavan en los míos. Está aterrorizada, y no entiendo por qué.

—No puedo, lo siento —se disculpa.

—No voy a hacerte daño —insisto, levantando las manos en señal de paz—. Solo quiero invitarte a comer un helado.

Cierra los ojos por un instante, como si estuviera librando una batalla interna. Finalmente, los abre y acepta con una sonrisa tímida.

—De acuerdo.

—Estupendo —expreso mientras siento una oleada de alegría—. Es un placer pasear por Portofino en compañía de una mujer tan hermosa.

Le ofrezco mi mano. La observa con desconfianza, pero al final la toma. *«¿Qué le habrá pasado? ¿Por qué tiene tanto miedo?»*, me pregunto. La llevo a caminar por las calles de Portofino, mostrándole los lugares más emblemáticos. Poco a poco, Felicity se va relajando. Su sonrisa se vuelve más genuina y sus palabras fluyen con más naturalidad. Es una mujer fascinante, llena de misterio. A mis cuarenta y cinco años, no muchas mujeres despiertan mi curiosidad de esta manera.

Bajamos por una de las calles y nos detenemos en una heladería. Ella prueba todos los sabores posibles antes de decidirse por uno. Le propongo ir a uno de los miradores para disfrutar del atardecer, y acepta. Al llegar, nos encontramos con un grupo de personas contemplando el espectáculo. El sol se hunde en el mar, tiñendo el cielo de tonos rojizos y anaranjados.

—Es hermoso... —susurra.

Las luces de los yates comienzan a brillar en la oscuridad. Ella se sienta en un banco de piedra, absorta en la belleza del momento. Y yo, la observo solo a ella, sintiendo que este

instante es mágico y especial. Como si ambos estuviéramos conectados de alguna manera, compartiendo la misma emoción.

Felicity parece una de esas modelos de las postales turísticas. Su perfil se recorta contra la luz del atardecer, revelando un rostro salpicado de pecas. Su cabello trenzado cae en uno de sus hombros. Es una imagen de una belleza melancólica que me conmueve. Si esto fuera una película, ahora mismo sonaría una canción como *Always Remember Us This Way* de Lady Gaga.

—Portofino es mágico... —murmura, como si leyera mis pensamientos.

—Lo es —concuerdo—. Vengo aquí siempre que puedo. Es mi escape de la locura de Nueva York.

En ese momento, la veo tensarse. Se levanta de golpe, como si la hubiera picado una avispa. Me mira con los ojos llenos de miedo.

—¿Me conoces? —pregunta con voz temblorosa.

—No entiendo a qué te refieres —respondo, desconcertado.

—Él te envió —insiste, negando con la cabeza—. Nunca volveré con él. Dile que no regresaré.

Deja caer su *gelato* y sale corriendo. Me quedo paralizado, sin entender nada. *«¿Quién es él?»* Reacciono y salgo tras ella, alcanzándola justo antes de que llegue a su moto. Se gira, asustada.

—¡Suéltame! —grita.

Alzo las manos en señal de rendición. Algo me dice que esta chica está huyendo de algo terrible, de alguien que le hizo daño.

—No sé de quién hablas —aseguro con calma—, pero no te voy a hacer daño. Mírame, Felicity.

Me obedece, y le muestro mis manos vacías.

—No voy a hacerte daño.

Niega, mirando a todos lados. De pronto, rompe a llorar. Me acerco a ella con cuidado y la rodeo con mis brazos. No sé qué la atormenta, pero quiero ayudarla.

—Lo siento... —se disculpa entre sollozos.

—Tranquila —susurro con dulzura—. No pasa nada. Vamos por otro helado de chocolate, ¿te parece?

La separo un poco y le seco las lágrimas. Me regala una sonrisa tímida. Está claro que alguien la lastimó mucho.

Le ofrezco mi mano de nuevo. Ahora, más que nunca, deseo conocerla y saber qué fantasmas la persiguen. Aspiro ser su amigo, su confidente y ayudarla a sanar. Y tal vez, con el tiempo, pueda ser algo más.





Capítulo 4

Felicity

Volvemos sobre nuestros pasos, y mientras caminamos, el miedo se apodera de mí. Existe la posibilidad de que Christian me haya encontrado. Hasta ahora, tres personas conocen mi historia, el psicólogo, mi mejor amigo y su hermano Conrad. Connor conoce la verdad, porque la noche que escapé le conté sobre el maltrato psicológico y físico, pero omití la violación. Estaba avergonzada de haber permitido que llegara hasta ahí.

Tuve que rogarle que no hablara y que no hiciera nada contra mi ex, por miedo que mi error manchara la reputación de su familia. Muchas mujeres callamos el maltrato, muchas callamos por vergüenza. ¿Quién va a creerme? Soy la chica de un hogar de acogida que se ganó la lotería al ser becada en una de las universidades más prestigiosas del país, a la que un chico rico le ofreció el mundo, pero le regaló el infierno.

Mi mejor amigo calló por mis ruegos. Me ayudó y me protegió. Ha sido ese amigo incondicional que realmente todos deseamos tener, el que no te suelta la mano cuando más lo necesitas. Sin embargo, sé que ha hecho hasta lo imposible por no partirle la cara a Christian cada vez que se lo encuentra. En este mundo donde todo se mueve por dinero, no hay justicia. Sus contactos pueden ser más poderosos que los nuestros. La hipocresía humana... muchas personas saben lo que sucede en algunos hogares, solo que giran sus rostros y se hacen los ciegos para no mirar, para no entrometerse.

Respiro hondo, tratando de calmarme, mientras Paul me lleva de vuelta a la heladería. Me compra otro cucurucho de *gelato* y me lo entrega con una sonrisa. Tal vez mi miedo me está jugando una mala pasada. Sabía que esto podía suceder. Viví en una burbuja durante tres años, se suponía que este viaje es para demostrarme que puedo vivir, que puedo ser feliz. Mi acompañante parece un buen hombre, pero Christian también lo parecía... y me golpeaba hasta dejarme tirada en la cama. Sus huellas aún las llevo en la piel, como un recordatorio de que hay lobos disfrazados de corderos.

Paul me habla de Portofino, me cuenta que es una de las ciudades más visitadas de Italia. Caminamos de vuelta al *scooter*. No todos los hombres son como mi exprometido, mas no tengo

la culpa de sentir miedo. Parece mentira que no pueda dejar de pensar que mi acompañante va a golpearme y, que me va a llevar de vuelta al infierno.

—Gracias por el rato —me despido, subiéndome a la *scooter*.

—Espero que sea el primero de muchos, Felicity —expresa con dulzura—. ¿Me darías tu número?

Me quedo mirándolo, dudando. Él acentúa su sonrisa, como si supiera lo que pasa por mi mente. No puedo decirle que no, y tampoco lo deseo. Sin embargo, la desconfianza que corre por mis venas es como un veneno que me mata lentamente. El daño que me hizo Christian se ha vuelto parte de mí. Para mi sorpresa, saca su móvil y me lo ofrece con la pantalla desbloqueada, para que anote mi número. *«Hazlo, Felicity, no tienes nada que perder»*, me digo a mí misma.

Respiro hondo y tecleo mi número dándome confianza. Al devolvérselo, me arrepiento. Quizás ese miedo me paraliza, me convierte en una idiota.

—Me quedaré una semana —comenta mirándome con intensidad—. Me gustaría cenar contigo una noche.

—Escríbeme... —murmuro, colocándome el casco.

Me despido y conduzco de vuelta a la villa, pensando en todo lo que me ha sucedido. Siempre he luchado por salir adelante, pero me prometí que no volvería a ser esa chica ingenua y vulnerable. No puedo quedarme estancada en el miedo, creyendo que no merezco ser feliz. Esta tarde, por primera vez en mucho tiempo, me sentí normal junto a Paul. Como la chica que era antes de conocer a Christian, la que disfrutaba de los pequeños momentos, la que creía en la belleza de la vida.

Al llegar a la villa, voy directamente a la pequeña playa privada. Las luces de unas bombillas iluminan el camino hacia un pequeño muelle. Camino hasta el final y me siento en las maderas que crujen, mirando hacia el mar. Y lloro en silencio, tratando de sanar las heridas que aún siguen abiertas, las que me duelen y me recuerdan que amé a quien no debía.

Cuando no conocemos el amor, ni el propio ni el que pueden darnos otras personas, nos aferramos a cualquier gesto o a cualquier migaja de atención. Cierro los ojos y los recuerdos me asaltan como una ola.

Mientras las lágrimas caen, me doy cuenta de que este es el primer paso hacia la sanación. Reconocer el dolor es necesario para poder avanzar. Aunque el camino sea largo y a veces solitario, sé que cada paso que doy me acerca más a encontrar la paz interior. Con cada respiro, intento dejar ir el pasado y abrirme a nuevas posibilidades. Sin embargo, mi mente traicionera me lleva al pasado.

Estaba en la biblioteca, estudiando para un examen importante. Era mi segundo año en Yale. A pesar de todo lo que no tuve, allí encontré todo lo que me faltaba. Connor y su familia me invitaron a pasar las vacaciones con ellos, ya que pronto sería Acción de Gracias. De alguna manera, había encontrado una familia.

Tenía amigos, estudiaba y era feliz. Esa noche, levanté mi mirada del libro y lo observé entrar. Ya lo había visto antes, hablando con Connor y sus amigos. Christian Morgan era uno de los jugadores del equipo de fútbol americano, un estudiante de política y uno de los chicos más codiciados del campus. Entró con la seguridad que lo caracterizaba, vestido con ropa deportiva y con su mochila al hombro. Nunca habíamos hablado, pero siempre me sonreía cuando nos encontrábamos.

Aquella noche, todo cambió. Su mirada azul se cruzó con la mía, y me sonrió. Correspondí al gesto, sintiendo un cosquilleo en el estómago. Se acercó y señaló la silla frente a mí.

—¿Está ocupada? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No —murmuré.

—Tengo que estudiar, ¿te importa si me siento?

—No...

Me regaló una sonrisa de portada y se sentó a mi lado. Sacó sus libros y apuntes. Seguimos estudiando e intercambiando miradas furtivas. Él sonreía cada vez que nuestras miradas se encontraban, mientras que yo me ponía nerviosa. Se levantó y salió un momento. Al volver, traía dos vasos de café.

—No sé qué te gusta, pero pedí un especial de calabaza —dijo, ofreciéndome uno—. Llevamos un buen rato estudiando y me imagino que necesitas un poco de energía.

Le mostré mi termo. No podía permitirme comprar café fuera. Normalmente, lo preparaba en casa.

—Gracias —murmuré, aceptando el café.

Esa noche me enamoré de Christian. Me enamoré de su sonrisa, de sus miradas y de sus gestos. Me acompañó hasta mi edificio y se despidió como un caballero. Había encontrado a mi príncipe azul. No sabía que aquel chico encantador se convertiría en mi verdugo.

Abro los ojos y lloro, abrazándome a mí misma. Tengo que superar esto, tengo que encontrarme a mí misma para poder seguir adelante. No puedo dejar que el miedo me defina. Merezco ser feliz.

∞∞∞∞

Abro los ojos con la luz dorada del sol en la habitación. El reloj marca pasado el mediodía. *«Vaya, dormí como un tronco»,* pienso, estirándome perezosamente. Me doy cuenta de que estoy cayendo en la misma autocompasión de siempre. No puedo seguir así. Me he propuesto vivir, disfrutar y ser feliz.

Despertar cada día es un regalo, y no voy a desperdiciarlo lamentándome por el pasado.Me doy un baño relajante, dejando que el agua caliente elimine las tensiones de mi cuerpo. Luego bajo a la cocina, donde Rosaria me recibe con una sonrisa y un desayuno delicioso. Podría acostumbrarme a esto. Salgo a la piscina y nado durante más de una hora. Siempre me ha encantado nadar. En la preparatoria y en la universidad, pasaba horas en el agua, sintiendo la libertad de moverme sin restricciones, de dejar que mis pensamientos fluyeran al ritmo de mis brazadas. Al terminar, estoy exhausta pero relajada. Me recuesto en una tumbona, cerrando los ojos para disfrutar del sol en mi piel.

Siento que Rosaria se acerca y me ofrece un vaso de zumo de naranja recién exprimido.

—Gracias —murmuro, abriendo los ojos y dedicándole una sonrisa.

Me devuelve el gesto y se retira, dejándome a solas con mis pensamientos. Tomo mi móvil y contesto algunos correos electrónicos del trabajo. A pesar de estar de vacaciones, hay decisiones que solo yo puedo tomar. Reviso la maqueta digital del próximo número de la revista, hago algunos comentarios y se la envío a mi asistente.

De pronto, el móvil suena. Un número desconocido de Estados Unidos. Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Será él? Dudo en contestar. No creo que Christian me haya encontrado, pero la incertidumbre me llena de ansiedad. El teléfono insiste en sonar. Nerviosa, contesto.

—¿Sí?

—Espero que hayas tenido una excelente noche. ¿Tienes tiempo para un paseo?

Reconozco la voz de Paul. Suspiro aliviada. Necesito que esta sensación de pánico

desaparezca cada vez que veo un número desconocido.

—Tengo tiempo —respondo.

—Dime dónde te alojas, voy a buscarte.

—Pero...

—No hay peros. Estás en Portofino, hay que disfrutar de la ciudad —me interrumpe con un tono alegre.

Le doy la dirección y quedamos en vernos en dos horas. Cuelgo y me quedo mirando la pantalla del móvil. En el fondo de pantalla, hay una foto de Connor y yo. Fue tomada en la primera Navidad que pasé con su familia, poco después de conocernos. Sus padres me acogieron con los brazos abiertos y, me hicieron sentir como en casa. Esa noche, me sentí como una princesa. Llevaba un vestido de diseñador, el pelo perfectamente peinado, y una sonrisa radiante en el rostro. Sin embargo, más allá del lujo y los regalos, lo que realmente me llenó de felicidad fue el cariño que recibí, la sensación de pertenencia y de tener una familia. Miro con nostalgia aquella sonrisa, porque nunca volví a sonreír de la misma manera después de conocer a Christian. Él me robó la alegría, la confianza y la capacidad de amar sin miedo.

Ahora que estoy en Portofino, un lugar mágico que me invita a sanar y a renacer; porque Paul, con su amabilidad y su sonrisa genuina, parece dispuesto a acompañarme en este viaje. Tal vez, después de todo, pueda volver a ser feliz.





Capítulo 5

Felicity

Escucho Too Good At Goodbyes de Sam Smith mientras me arreglo. Les dije que en ocasiones podemos encontrarnos en las letras de las canciones, porque hay historias que son contadas en cinco minutos y que nos dejan mensajes profundos. Mientras la música suena, me pongo un pantalón estilo palazzo de tiro alto de color blanco y un top rojo de un solo hombro. Me subo a unas sandalias doradas y meto el móvil en mi bolso de mano.

Me maquillo al estilo *"no makeup"*, lo más natural posible. Suelto mi cabello, que cae en rizos hasta la cintura. Aprendí a amar mi color rojo y mis pecas, herencia irlandesa de mis padres. Me coloco un reloj de oro, que fue mi primer autorregalo en Nueva York cuando comencé a trabajar en Vogue.

Con el paso del tiempo aprendí a amarme tal cual como soy. Me quedo satisfecha al ver mi reflejo en el espejo, bajo al salón. Me quedo de pie en el salón, dándome cuenta de que es la primera vez en tres años que me arreglo para salir con un hombre. No puedo evitar sentirme nerviosa. Desearía esconderme bajo las sábanas, pero sé que no puedo. Necesito salir, vivir, superar el miedo. Mi móvil suena, es Connor. Contesto en modo videollamada. Al verme, abre los ojos sorprendido. Siempre voy de punta en blanco por mi trabajo, solo que había prometido pasar estas dos semanas sin ser Felicity Jones, la editora de Pose Magazine.

—¡Estás preciosa! —murmura.

—Gracias —respondo, sonrojándome.

—¿Qué harás? Comienzo a envidiarte —señala con un tono divertido—. Allá todo parece ser unas eternas vacaciones.

—Saldré a cenar... —le informo y sonríe.

—¡Qué bueno! —exclama emocionado—. Disfruta, Felicity. Sabes que te mereces esto y más.

Suspiro.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo?

—Porque te lo mereces. No te merecías nada de lo que te sucedió. Eres la persona más fuerte que conozco, no lo olvides.

Me siento mal por ocultarle que saldré con Paul. Cierro los ojos un segundo, y cuando los abro, respiro hondo para tomar valor.

—Saldré con el hombre que conocí en la playa.

Sonríe. A veces olvido que mi mejor amigo siempre se alegra por mí y por mis pequeños avances.

—Eso es bueno. Estás dando un paso hacia adelante. No todos somos iguales a él.

—Lo sé, Connor. Pero a diferencia de ti, no crecí con la familia perfecta.

Él oculta su mirada. Sé que sus padres no son perfectos, que pasó años en internados. Sin embargo, a pesar de todo, siempre estuvieron ahí para él. Entiendo que le apene mi vida, sé que he logrado mucho, y a veces hasta a mí misma me cuesta darme cuenta de ello.

—Disfruta, nena. Y no olvides que a pesar de la distancia, estoy para ti.

—Te quiero, Connor.

—Y yo a ti, Felicity. Pero a veces eres dura contigo misma y con los demás.

Cuelga y me siento fatal. Sé que nadie tiene la culpa de todo lo que he vivido, que en ocasiones soy injusta con mi mejor amigo. El timbre suena, sacándome de mis pensamientos. Corro a abrir la puerta y me quedo sin aliento. Paul está frente a mí, con un hermoso girasol en la mano. Lleva un traje azul marino y una camisa blanca abierta en los primeros botones. Está guapísimo. A mis veintisiete años, nunca imaginé que un hombre maduro podría robarme el aliento.

—¿Lista para una noche en Portofino? —pregunta con una sonrisa.

Asiento y tomo su brazo. Me acompaña hasta un Audi deportivo. Él es todo un caballero. Me abre la puerta del automóvil y dudo un instante antes de subir. Tengo que repetirme mentalmente: *«No todos los hombres son iguales. Tú puedes. Vamos, es solo un paseo»*. Respiro hondo tomando valor y subo. Lo observo mientras rodea el vehículo para subir al asiento del conductor.

—Estás muy callada, Felicity —comenta, encendiendo el motor.

—Estoy un poco nerviosa —confieso.

—No temas, solo es una cena —asegura con una sonrisa tranquilizadora.

Conduce por las carreteras de la costa, y me relajo disfrutando de las vistas. Por los altavoces suena música suave de John Legend, Ed Sheeran, entre otros... El viaje es corto. Estaciona frente a un restaurante y corre a abrirme la puerta. Me ofrece su mano y salgo del automóvil. Le sonrío, intentando disimular mi nerviosismo. Esto parece una cita romántica.

Mi primer novio fue Christian, y la experiencia me dejó marcada. Sin embargo, no puedo meter a todos los hombres en el mismo saco, ¿verdad? Entramos al restaurante y escucho a Paul hablar con el anfitrión:

—Reservación a nombre de Paul Hyatt.

Hyatt. Su apellido me resulta familiar, mas no le doy importancia. Nos acompañan a una mesa en la terraza. Paul retira mi silla para que me siente, y al ver la vista, me quedo sin aliento. Tenemos una panorámica espectacular del mar y de las playas de Portofino.

—Este es mi sitio favorito para cenar —comenta.

—Gracias por compartirlo conmigo —respondo, sinceramente agradecida por el gesto.

Nuestras miradas se cruzan. Los dos sonreímos. Nos traen la carta y me pregunta qué quiero tomar. Le pido que me sorprenda, y él pide una botella de champán. Cuando la traen, llena nuestras copas y alza la suya para brindar.

—Por momentos como este —brinda sonriendo—. En compañía de una mujer hermosa, en un lugar mágico. ¡Salud!

—Salud —digo, chocando mi copa con la suya.

—Háblame de ti, Felicity...

A veces, hablar de mí misma es lo más difícil. Solo me he abierto con unas pocas personas, entre ellas Connor.

—Soy de Boston, tengo veintisiete años, y soy editora de una pequeña revista de moda en Londres —respondo—. Una chica normal.

—¿Con veintisiete años? —pregunta sorprendido—. A tu edad, todavía estaba buscando mi rumbo.

—¿Qué edad tienes? —pregunto con curiosidad.

—Cuarenta y cinco —contesta con una sonrisa—. Espero que mi edad no te asuste.

Me río. Creo que es la primera vez que me río de verdad desde que llegué a Portofino. Tomo un sorbo de champán.

—Cuéntame sobre ti —le pido.

—Soy de Nueva York. Digamos que nací en una familia que esperaba mucho de mí. Pero descubrí que no debo ser lo que se espera de mí, sino lo que realmente quiero ser.

—¿Y qué querías ser?

—Piloto. Volar, estar entre las nubes, sentir que soy libre, tocar el cielo, forjar mi propio destino. —Me mira con intensidad—. Imagino que tu familia está orgullosa de ti.

—No lo sé —murmuro, y él me mira con curiosidad—. Tengo suerte de estar donde estoy. Me he esforzado mucho para llegar hasta aquí. Soy huérfana.

Su mano se posa sobre la mía y me sonríe con ternura.

—Entonces, debes estar orgullosa de lo que has logrado.

—Lo estoy —miento. A veces me cuesta creer en mí misma, siento que no merezco lo que tengo. Es como si en cualquier momento alguien fuera a descubrir que soy un fraude—. ¿Qué se siente volar?

Sonríe, y me encantan los dos hoyuelos que se forman en sus mejillas. Los hombres maduros tienen algo que los hace interesantes, y Paul no es la excepción.

—Se siente libertad. Y cuando lo haces comercialmente, sigue siendo lo mismo, con la diferencia de que en tus manos están las vidas de los demás.

Conversamos animadamente mientras cenamos. Las luces de los yates titilan en la oscuridad como un árbol de Navidad. Me siento cómoda con él. Me habla de su trabajo, de sus viajes, de su familia... Y entonces, todas las piezas encajan. Conozco a Paul Hyatt, el heredero de un imperio hotelero que renunció a la fortuna familiar para perseguir sus sueños. Viajó de mochilero por Europa, meditó en Singapur, fue piloto de carreras, y ahora vuela por todo el mundo con su propia aerolínea. Es un hombre fascinante, lleno de vida y de experiencias. Y yo, sin darme cuenta, estoy empezando a sentir algo por él.





Capítulo 6

Paul

Al terminar de cenar, me doy cuenta de que no quiero que la noche termine. Felicity me ha cautivado por completo. Me siento atraído por su inteligencia, su belleza y, su aura de misterio... necesito saber más sobre ella. Le propongo ir a tomar una copa a un local cercano, y ella acepta, aunque con cierta resistencia. Intento descifrar qué es lo que le impide disfrutar plenamente del momento y de mi compañía. Es evidente que algo la atormenta, que lleva un gran peso sobre sus hombros.

Durante la cena, me ha contado algunas cosas sobre su vida. Me ha hablado de su mejor amigo, Connor, y de cómo su familia la acogió como a una hija. Me sorprendió saber que es egresada de Yale. Con esa elegancia natural y esa seguridad en sí misma, podría pasar por la hija de cualquier magnate. Sin embargo, Felicity es una luchadora, una mujer que se ha hecho a sí misma. Admiro su fuerza y su determinación.

La luna esta en su fase de cuarto menguante, brilla en el cielo junto a una estrella particularmente brillante. Me recuerdan a la mujer que me acompaña, que también brilla con luz propia, a pesar de la oscuridad que parece rodearla. Suena una canción suave en el local, y le ofrezco mi mano.

—¿Te gustaría bailar? —pregunto ofreciéndole mi mano con esperanza de que acepte.

Duda un instante, pero al final me regala una sonrisa tímida y la toma. Nos dirigimos a la pista de baile, donde algunas parejas se mueven al ritmo de la música. Coloco mi mano en su espalda con cuidado, temiendo que se tense. Para mi sorpresa, se relaja y se deja llevar. Nunca me había sentido tan conectado con alguien. Bailamos lentamente, mirándonos a los ojos, como si fuéramos las únicas personas en el mundo. La música nos envuelve, creando una atmósfera íntima y mágica.

—Eres preciosa —murmuro, sin poder evitarlo. Estoy completamente embelesado por ella.

Siento como poco a poco su cuerpo se tensa. Cierra los ojos y su respiración se acelera. Está teniendo un ataque de ansiedad. Se suelta de mi agarre con brusquedad.

—Felicity —la llamo, preocupado por su reacción.

—Aléjate, por favor. No me toques —me pide con la voz entrecortada.

Las demás personas en la pista nos miran con curiosidad. Me acerco a ella con cautela, sin querer asustarla más.

—Respira —le pido con suavidad—. Respira hondo. No te haré daño, Felicity. Solo respira.

Su pecho sube y baja con rapidez. Lleva las manos a su pecho, como si intentara contener la angustia que la está consumiendo. Quiero abrazarla, mas no me atrevo a tocarla. Poco a poco, su respiración se vuelve más pausada. Me rompe el corazón verla así, tan vulnerable, tan asustada. *«¿Qué te pasó, Felicity? ¿A qué le temes?»*, me pregunto, deseando poder ayudarla.

—Felicity —la llamo con suavidad, al ver que se ha calmado un poco—. Ya pasó. Todo está bien.

—Lo siento... —murmura con los ojos llenos de lágrimas—. Lo siento mucho.

Sale corriendo hacia la mesa, toma sus cosas y se va del local. La sigo, dejando dinero para pagar la cuenta. Al salir, no la veo por ningún lado. Me quedo paralizado, buscándola con la mirada. Entonces la encuentro, acurrucada en el suelo, llorando desconsoladamente. Me acerco a ella con cuidado y me agacho a su lado. La escucho murmurar entre sollozos:

—No todos son iguales, Fel. No todos van a hacerte daño...

Se me encoge el corazón. Ahora entiendo. Su huida en la playa, su reacción en el restaurante... alguien la lastimó, la marcó profundamente. Tal vez fue Connor, el hermano de Conrad. No puedo evitar sentir una oleada de rabia hacia quienquiera que le haya hecho daño.

—Felicity... —la llamo con dulzura.

Se levanta de un salto, asustada. Me mira con los ojos llenos de terror. Levanto las manos para que vea que no soy una amenaza.

—No puedo... perdóname. Pensé que podía, pero no puedo —expresa llorando—. No eres tú, soy yo.

—No sé lo que te ha pasado, Fel —aseguro, usando el diminutivo con el que ella se llamó a sí misma—. No voy a hacerte daño. Te lo juro.

Niega con la cabeza y cierra los ojos. Está teniendo un ataque de pánico.

—Necesito ir a casa —murmura—. Por favor, déjame ir.

—Te llevaré a casa —afirmo—. No te tocaré. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

Me mira con desconfianza, pero al final asiente.

—Está bien.

La acompaño hasta el automóvil. La veo subir y me siento a su lado. Mientras conduzco hacia la villa, no puedo dejar de pensar en ella, en su fragilidad y en su dolor. Suena *She Used To Be Mine* de Sara Bareilles, y las lágrimas vuelven a brotar de sus ojos. Aprieto el volante con fuerza, deseando poder borrar su sufrimiento.

—No sé qué ha pasado en tu vida —hablo con cuidado—, pero puedes contarme lo que quieras. Solo quiero conocerte, Felicity. Y quiero ayudarte.

—Lo sé —susurra—. Sé que no todos los hombres son iguales, pero...

—Quien te hizo daño te robó una parte de ti —espeto con tristeza—. Te robó la capacidad de confiar y de amar sin miedo.

—Paul, lo sé. De verdad. No tienes ni idea de lo que he vivido. Nunca ha sido fácil para mí. No eres tú, soy yo. Pensé que podría tener una cita normal, como cualquier otra chica. Solo que no puedo.

—Lo entiendo —aseguro con sinceridad—. Solo déjame ser tu amigo. No te presionaré. Solo deseo que sepas que puedes contar conmigo.

Se queda en silencio, y no sé si podré volver a verla. Llego a la villa y la acompaño hasta la

puerta. Empieza a llover.

—Lo siento, Paul —murmura apesadumbrada—. Lo estaba pasando bien. De verdad. Pero no puedo...

—Te lo vuelvo a decir: déjame ser tu amigo —insisto—. No te presionaré. Deseo que sepas que hay un mundo de posibilidades ahí fuera, que no tienes por qué vivir con miedo. Quizás solo seamos amigos, pero seremos los mejores amigos.

—No puedo responderte ahora —manifiesta, y entra en la villa.

Me quedo bajo la lluvia, observando cómo la puerta se cierra tras ella. Subo al automóvil y conduzco hacia el hotel, con la cabeza llena de preguntas. ¿Quién le hizo tanto daño? ¿Qué historia se esconde tras esa mirada llena de dolor?

Al llegar al hotel, la curiosidad me puede. Abro mi portátil y busco información sobre Felicity. Encuentro su perfil de LinkedIn, mas no está actualizado. La última vez que lo usó fue hace tres años. Sigo buscando y encuentro su nombre ligado a Christian Morgan. La nombran como su prometida. Cierro el portátil con rabia. *«Maldito»,* pienso.

Entonces recuerdo a Conrad Walton, el hermano de Connor. Tal vez él pueda darme algunas respuestas. Lo llamo sin dudarlo.

—Paul Hyatt —saluda Conrad con sorpresa—. ¿A qué debo esta llamada?

—Conrad, sé que te debo una partida de póquer. Te lo compensaré cuando vuelva a Nueva York —aseguro sin saludar—. Te llamo porque necesito que me cuentes sobre Felicity Jones.

Se hace un silencio al otro lado de la línea.

—¿De dónde conoces a Felicity? —pregunta Conrad con cautela.

—La conozco, Conrad —respondo con sinceridad—. Y sé que alguien le hizo daño.

—No puedo contarte nada sobre ella —revira Conrad—. Además, ella está en... —Se calla de repente—. ¿Estás en el hotel de tus padres en Portofino?

—Sí —contesto, extrañado.

—¡Mierda! —murmura—. Felicity es como una hermana para nosotros. Es la mejor amiga de Connor, y es intocable. Felicity merece ser feliz, Paul.

—No estoy interesado en ella de esa forma —miento. Aunque la verdad es que me atrae como ninguna mujer lo ha hecho antes—. La conocí por casualidad. Pensé que todo iba bien, hasta que salió corriendo.

—Maldita sea, Paul —maldice con frustración—. Voy a colgar. Te devuelvo la llamada. Sin embargo, esa historia no es mía para contarla. Si Felicity quiere contártelo, lo hará.

Cuelga, y me quedo pensando en Felicity. Encuentro una foto suya en internet, junto a Christian Morgan. Se le ve triste, tensa e incómoda. Ahora, más que nunca, deseo saber qué le hizo ese hombre.

Abro la aplicación de mensajería y busco la conversación con ella. Me quedo mirando la pantalla. Tengo que darle tiempo, tengo que demostrarle que no voy a hacerle daño. Que solo quiero ser su amigo, aunque la verdad es que me muero por besarla. No voy a negar que pretendo conocer a Felicity Jones de verdad. Deseo saber qué se esconde tras su historia, tras su mirada llena de dolor. Puede que haya millones de mujeres como ella, mas no es casualidad que me la haya encontrado. El destino la ha puesto en mi camino, y no pienso dejarla escapar.





Capítulo 7

Felicity

Despierto al sentir la gentil caricia de una mano. Abro los ojos, pensando que es un sueño, o mejor dicho, otra pesadilla. Pestañeo varias veces hasta que me doy cuenta de que no estoy soñando con mi mejor amigo, que es real, que Connor está aquí, en mi habitación. Me levanto y me lanzo a sus brazos, soltando un sollozo que expresa todo lo que siento: miedo, angustia, dolor, y un alivio inmenso al verlo.

Han pasado dos días desde que dejé a Paul con la promesa de volver a verlo. Sin embargo, el miedo me ha paralizado. Los recuerdos de Christian, de su violencia, son como cuchillos que me desgarran el alma cada vez que vienen a mi mente.

—Fel, nena —susurra Connor en mi oído, apretándome con fuerza.

—Estás aquí... estás aquí —repito, aferrándome a su cuello como si fuera un salvavidas.

—Nunca voy a abandonarte, Felicity —afirma—. Somos familia.

Sus manos suben y bajan por mi espalda mientras lloro. Durante tres años, he necesitado sus abrazos, su cariño y sus palabras de aliento. No es fácil empezar de cero, y lo he hecho tantas veces que esta vez me ha costado más que nunca. Solo con Connor y Conrad me siento cómoda y segura. Con ellos puedo bajar la guardia, puedo ser yo misma, con mis miedos y mis vulnerabilidades.

No obstante, con Paul también sentí algo especial. Cuando estaba cerca de él, percibí que no me haría daño. Por primera vez en mucho tiempo, pude estar a solas con un hombre sin sentirme amenazada. En el trabajo, siempre que tengo una cita con alguien, mi asistente Lara, me acompaña con la excusa de tomar notas. Ella es mi escudo protector, mi forma de mantener a los hombres a distancia.

Connor me aleja un poco, y me resisto a soltarlo. Finalmente, me separo de él y me seco las lágrimas con las manos. Niega con la cabeza y pone los ojos en blanco.

—Necesito que me cuentes qué está pasando —pide con la voz cargada de preocupación—. Primero recibí una llamada de Conrad, que estaba preocupado por ti. Luego, Rosaria me contó que no has salido de la villa en dos días, que no quieres comer. Eso me dice que estás

retrocediendo.

—Esa noche fue un desastre —confieso con la voz temblorosa—. Te he mentido. Soy un desastre. Estoy rota, Connor. Te necesito.

—Fel, para mí no fue fácil dejarte ir —declara con tristeza—. Eres una de las personas más importantes de mi vida. No hay día que no me preocupe por ti. Apartarme de ti nunca fue una opción, pero prefería eso a que Christian volviera a hacerte daño.

Sus palabras me estremecen. Sé que toda su familia movió hilos para protegerme, para que pudiera escapar de Christian. Tengo un buen trabajo y una vida acomodada gracias a ellos. Vivo en un piso que les pertenece, y la revista para la que trabajo es propiedad de uno de sus socios.

—¿Por qué tuve que enamorarme de él? —pregunto con desesperación—. ¿Cómo no vi las señales?

—Nadie tiene la culpa —asegura con suavidad—. Tampoco vi las señales. Con el tiempo, te volviste distante y ausente. Usabas ropa para ocultar los golpes. Yo también me culpo por no haberte protegido.

Niego con la cabeza, mientras las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos. Pasé tres meses escondida en Boston, hasta que Connor, como por arte de magia, consiguió un nuevo pasaporte y una nueva vida para mí. Él estuvo a mi lado mientras mis heridas sanaban, sin hacer preguntas. Una mañana salió del piso sin decir nada, y a las cinco horas llegó su madre. No supe nada de él durante una semana.

—¿Qué pasó esa semana? —pregunto con curiosidad—. ¿Por qué me dejaste sola?

—Felicity...

—Dímelo —insisto.

—Volé a Nueva York y Conrad y yo le dimos una paliza a Christian —confiesa—. Lo hice jurar que si se acercaba a ti de nuevo, lo mataría.

—¡Connor! —exclamo, tapándome la cara con las manos. Me muero de vergüenza.

—No lo maté porque Conrad me lo impidió —continúa—. Conseguí los resultados del hospital donde diagnosticaron que fuiste violada. Había muestras de su semen. Tenía pruebas para destruirlo.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunto, sintiéndome confundida.

—Por ti. Todavía puedo hacerlo. Apuesto a que hay otras mujeres como tú, Fel. Christian es un enfermo, y merece estar entre las rejas.

—No voy a dañar el nombre de tu familia —afirmo—. Todos sabían que éramos inseparables. ¡Por Dios, Connor! ¿Crees que no quiero que Christian esté lejos de mí? Pero pienso en Helen y Charles... tus padres no se merecen que una don nadie como yo manche su apellido.

—No eres una don nadie —asegura con cariño—. Mira, Fel, si lo que necesitas es el apellido Walton para enfrentarte a Christian Morgan, te lo daré. Cásate conmigo, si quieres. No sigas dejando que ese maldito te arruine la vida. No puedo verte así. No quiero volver a verte llorar por él. Pensé que nuestro reencuentro sería diferente.

Siento un deje de decepción en su voz. Como si le hubiera fallado. Y la verdad es que me he esforzado mucho por estar bien, por él y por mí, porque merezco algo mejor de lo que he vivido.

—Perdóname —le pido.

—¿Qué tengo que perdonarte? —pregunta confundido.

—Por decepcionarte, por no ser lo que esperabas.

Connor me abraza con fuerza. Escondo mi rostro en su pecho, sintiéndome avergonzada.

—No tengo nada que perdonarte, Felicity —expresa con dulzura—. No estoy decepcionado. Te adoro. Y cuando supe que estabas mal, vine corriendo.

Me besa el pelo, y sus caricias me reconfortan. Mucha gente no entiende que entre un hombre y una mujer puede haber una conexión profunda, una amistad que va más allá del amor romántico. Siempre he creído que los amigos también son almas gemelas, unidos por un hilo rojo invisible. Y estamos destinados a encontrarnos, por mucho que se tense ese hilo, por mucho que nos separe la distancia, la magia de la amistad nunca se apaga.

—Cuando Christian y yo nos comprometimos, empezaron los problemas —confieso—. Me aferraba a la idea de que nadie me querría como él. —Connor se tensa—. En una de las galas del MET, me dio una bofetada delante de todos. Dijo que era una golfa. Luego, cuando estábamos solos, se arrodilló y me rogó que lo perdonara. Ahí empezó el círculo vicioso.

—Nena...

—Christian era muy seguro de sí mismo, pero necesitaba tenerme cerca —explico, cerrando los ojos para revivir aquellos días—. Era el accesorio perfecto. A su lado, él se sentía superior. Era la típica sumisa, la mujer perfecta que sonreía ante todos, aunque por dentro estuviera muriendo.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunta con tristeza.

—Porque me aferraba a él, a su amor y a esa vida que nunca había tenido —confieso—. Porque pensé que nadie me creería. Caía rendida cada vez que me pedía perdón. Me hacía sentir que estaba loca, que todo era culpa mía. Lo amaba más que a mí misma, hasta el punto de creer en sus mentiras. No tenía autoestima. Él hizo todo lo posible por anularme.

—¿Cuánto tiempo duró eso?

—Dos años. Dos años recibiendo golpes. Era un infierno. Me sentía sola, a pesar de tenerte a mi lado. Tenía miedo de perderlo todo y de volver a estar sola.

—Nunca te voy a dejar, idiota —afirma.

—Hubo noches que me golpeaba y me dejaba tirada en el sofá —continúo, con la voz rota—. No le importaba. Pensaba que me lo merecía. Me fui apagando poco a poco. Ya no era la misma. Y entonces, esa noche, me violó. —Me quedo en silencio, tragando saliva para contener las lágrimas—. Me golpeó en la cara sin piedad. Pensé que iba a morir. Y me di cuenta de que la única culpable era yo, por ocultar lo que estaba pasando.

—Nena...

—Cuando conocí a Paul, pensé que lo había enviado él —revelo, con la voz temblorosa—. Creí que me llevaría de vuelta con Christian. —Respiro hondo—. Él sabe dónde estoy, Connor. Lo sé. Está esperando el momento perfecto para volver a atraparme.

—No puede acercarse a ti —expresa con seguridad—. Si quiere seguir con su carrera política, tiene que mantenerse alejado.

Suelto una risa amarga.

—Christian Morgan nunca pierde.

—Ya perdió, Felicity. Te lo aseguro —asegura Connor entre dientes.

—Cené con Paul —le cuento, cambiando de tema—. Me invitó a bailar, y al principio dudé. No soporto tener a un hombre cerca. Solo que con él no sentí miedo. —Se tensa—. Tú y Conrad son los únicos hombres a los que soporto que me toquen. Solo que con Paul... con él sentí una paz que no había sentido nunca, ni siquiera contigo.

—¿Qué pasó? —averigua con curiosidad.

—Me llamó hermosa —declaro, y las lágrimas vuelven a brotar—. De pronto, todos los recuerdos volvieron a mí. Vi a Christian frente a mí, golpeándome. Tuve un ataque de pánico y salí corriendo. No soportaba tener a Paul cerca. Y aunque me aseguró que no es como Christian, tengo miedo. Tengo miedo del futuro, de volver a equivocarme y a ser lastimada.

Connor me obliga a mirarlo a los ojos. Sus ojos color miel me observan con amor y preocupación.

—No vivas pensando en el futuro —me ruega con suavidad—. Nadie puede predecirlo. Deja atrás ese síndrome de impostor. Eres una luchadora. Te mereces todo lo bueno que te pasa. Vive, Felicity. Por primera vez en tu vida, vive para ti. Y no, no todos los hombres son iguales.

—Estuve tan ciega...

—No —me interrumpe—. Hay millones de mujeres que han pasado por lo mismo que tú. No es tu culpa. Nadie lo vio venir. No puedes vivir culpándote, pensando que todos los hombres te van a hacer daño.

—Tengo miedo, Connor.

—Tienes una vida por delante. Tienes veintisiete años, eres editora de una revista de moda y eres exitosa... —Sonríe—. Tienes que convencerte de que todo lo has logrado por ti misma.

—Eso fue por nepotismo —digo con amargura—. Estoy ahí por ser tu amiga.

—Puede que mi padre ayudara un poco —reconoce—. Pero estás ahí porque te lo mereces, Fel. Eres una gran periodista. Te graduaste con honores, trabajaste dos años con Anna Wintuor... Te mereces estar dónde estás.

—Gracias, Connor.

—Si no te crees la vida que tienes, nunca vas a superar el pasado —habla con seriedad—. Sobreviviste a tus padres, a los hogares de acogida, y a ese maldito. Eres la persona más fuerte que conozco. Mira el lado positivo: saliste con vida de esa relación. Muchas mujeres no lo logran.

—Lo sé...

—Entonces, cuéntame de ese Paul —me pide con una sonrisa.

Le cuento cómo lo conocí, la cena, el paseo y la puesta de sol... Connor me escucha con atención. Cuando menciono el apellido de Paul, frunce el ceño.

—Ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes? —pregunto, confundida.

—Paul es amigo de Conrad —explica—. Tuvo que investigar quién eras. Todavía aparecen fotos tuyas en internet, a pesar de que intentamos borrar tu rastro hace tres años...

—¿Qué tiene que ver Conrad en esto?

—Me llamó y me preguntó si sabía algo de ti —revela—. Me exigió que te llamara. Por un momento, temí que supiera algo que no quería decirme. —Saca su móvil y marca un número—. Conrad, estoy con Felicity. ¿Paul Hyatt te llamó?

Pone el teléfono en altavoz.

—Lo hizo —responde Conrad—. Y le dije que la historia de Felicity solo puede contarla ella, pero dile a mi pequeña que Paul nunca le haría daño. Primero se cortaría una mano. Además, está Taylor... y sé que él jamás haría nada que pudiera afectar a su hermana.

—Fel, te está escuchando —informa Connor.

—Pequeña, escúchame —me pide Conrad con cariño—. Estás a salvo. Eres una Walton. Nadie puede meterse contigo. Puede que sientas que te abandonamos, pero estar lejos de ti fue la única manera de protegerte.

Connor y Conrad me hablan como si fuera su hermana pequeña. La familia Walton siempre me ha hecho sentir parte de ellos. Y yo siempre lo he creído. Para mí, ellos son mi verdadera familia. La familia no es solo sangre, es amor, es apoyo y es lealtad. Conrad se despide con la promesa de verme en su próximo viaje a Londres. Antes de colgar, me pide que le dé una oportunidad a Paul, que lo conozca mejor. Me asegura que su preocupación es genuina, y que lo

llame si necesito algo.

Cuelgo el teléfono y miro a Connor. Me siento abrumada por tantas emociones. Miedo, confusión y esperanza... No sé qué hacer, no sé qué pensar. Solo una cosa está clara: no estoy sola. Tengo una familia, y ahora, tal vez, también a Paul.





Capítulo 8

Paul

Me bajo del automóvil con la firme convicción de que esto es lo correcto. Si quiero demostrarle a Felicity que soy diferente a los hombres que ha conocido, tengo que empezar por insistir en verla, por preocuparme genuinamente por su bienestar. Desde que la dejé en la villa aquella noche, no he podido sacarla de mi mente. Su fragilidad, su vulnerabilidad, su belleza... todo en ella me atrae y me inquieta a partes iguales.

Me quedo mirando la aldaba con forma de león, dudando si llamar o no. Un torbellino de emociones me recorre: nerviosismo, esperanza y miedo. Respiro hondo, tratando de serenarme. No quiero que piense que la estoy acosando, que me estoy tomando atribuciones que no me corresponden. Con ella tengo que ser paciente, delicado, como si estuviera caminando sobre un suelo a punto de resquebrajarse. Cada paso que doy tiene que ser medido, cuidadoso, para no asustarla, para no romper la frágil conexión que hemos establecido.

Sé que lo que estoy haciendo es una locura. Presentarme en su casa sin avisar, después de su reacción la otra noche... podría salir mal. Podría rechazarme, pedirme que me vaya. Sin embargo, necesito verla, necesito saber que está bien. No soportaría la idea de que esté sufriendo sola, atormentada por sus fantasmas.

Finalmente, me decido a llamar a la puerta. Mientras espero, repaso mentalmente lo que voy a decirle. Quiero que sepa que me preocupo por ella, que quiero ser su amigo y que puede confiar en mí. Sin embargo, también quiero respetar su espacio y sus tiempos. No voy a presionarla, no voy a forzarla a contarme nada que no desee.

La puerta se abre y aparece una señora de mediana edad, con el rostro amable y una sonrisa acogedora. Me siento un poco más tranquilo.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta con un marcado acento italiano.

—Vengo a visitar a la señorita Jones —respondo, entregándole mi tarjeta—. Soy Paul Hyatt.

—Adelante. Ya le aviso de que está aquí —dice, haciéndome pasar a la villa.

Me siento aliviado al entrar en la casa. La señora me indica que la siga hasta el salón. Me deja allí y sale por unas puertas de vidrio que dan al jardín. Escucho la risa de Felicity, y mi corazón

late con fuerza. Nunca me había sentido así por nadie. La vida me ha dado muchas vueltas y, ahora me presenta la oportunidad de conocer a alguien especial. No soy de tener muchos amigos, y siempre he sido un lobo solitario. Aunque muchos me consideren un casanova, la verdad es que soy reservado, y después de darme cuenta de que la mayoría de las mujeres solo se interesan por mi dinero, he renunciado a encontrar el amor.

Sin embargo, con Felicity es diferente. Hay algo en ella que me atrae, que me intriga. Su vulnerabilidad, su fuerza y su inteligencia... es una combinación irresistible. Aunque sé que tiene miedo, que ha sufrido mucho, estoy dispuesto a luchar por ella, a ganarme su confianza, a demostrarle que no todos los hombres son iguales.

El ama de llaves regresa, acompañada de Felicity. Ella me sonríe tímidamente, y me acerco para saludarla. Se detiene a cierta distancia, como si no quisiera que la tocara. Entiendo su reticencia, y retrocedo un paso.

—Hola —dice con voz suave.

—Hola, Fel —respondo—. Disculpa por presentarme así, sin avisar. Pero necesitaba saber que estabas bien.

Asiente y me invita a salir al jardín con un gesto. La sigo, y al salir, me encuentro con Connor Walton, que me observa con curiosidad mientras me acerco.

—Connor —lo saludo, estrechándole la mano—. Tanto tiempo.

—Paul —responde, devolviéndome el saludo con firmeza—. Felicity me comentó que te conoció por casualidad.

—Así es —acepto, mirando a Felicity de reojo. Está sentada en una de las sillas a su lado.

—Por favor, acompáñanos —me pide Felicity—. Estábamos a punto de tomar una merienda.

Me siento junto a ellos, el ama de llaves sale con bebidas y algo para comer. Espero impaciente a que se retire. Necesito hablar con ella, aunque sea delante de su amigo. Carraspeo, intentando romper el hielo.

—Sé que no debería estar aquí —manifiesto, mirándola a los ojos—, pero la otra noche me quedé preocupado, y necesitaba verte. No tengo ni la menor idea de tu historia, y si no quieres contármela, lo respeto. Solo deseo que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Felicity me sonríe, y siento una profunda sensación de alivio. De alguna manera, esta chica me transmite una paz que no había sentido nunca.

—Gracias, Paul —reconoce con voz suave—. Lo que pasó la otra noche no tiene nada que ver contigo. Es solo que... a veces el pasado me alcanza.

—Lo entiendo —coincido con sinceridad—. Conozco a Connor desde que era un niño. Nuestras familias son amigas. No sabía que eras...

—Ella es mi hermana —interrumpe Connor—. Mi madre la adoptaría, pero Felicity dice que ya es muy mayor para ser una Walton. Gracias por traerla de vuelta la otra noche.

—No tienes nada que agradecer —respondo, y vuelvo a mirar a Felicity—. He decidido alargar mi estancia en Portofino. Me gustaría que nos viéramos mientras estés aquí y convertirme en tu amigo.

—También me quedaré por dos semanas más —anuncia—. He llegado a un acuerdo con la revista.

—Me encantaría invitarte a salir —expreso con seguridad—. A tomar un té, a dar un paseo... lo que tú quieras. Me gustaría conocerte mejor, Felicity.

En ese momento, suena el móvil de Connor. Mira la pantalla y niega con la cabeza.

—Tengo que atender esto. Ahora vuelvo —se disculpa, alejándose.

Felicity lo sigue con la mirada. Aprovecho para observarla con detenimiento. Su cabello rojo

brilla bajo el sol, y me doy cuenta de que tiene pecas en la nariz que intenta ocultar con maquillaje. Su piel, blanca como la leche, se ha enrojecido un poco por el sol. Lleva un vestido amarillo con estampado de flores que deja al descubierto sus hombros. Está radiante.

—Gracias por venir, Paul —dice en voz baja—. Esa noche... no fue culpa tuya. Soy yo la que necesita tiempo. Pero gracias por preocuparte y por llamar a Conrad. No te tengo miedo. Eres el primer hombre, aparte de los Walton, con el que me siento cómoda.

—No voy a hacerte daño—le aseguro, y lo digo con el corazón en la mano.

—Lo sé —responde—. De alguna manera, sé que no me harías daño. Pero... —Se calla y cierra los ojos. Tengo que hacer un esfuerzo para no abrazarla.

—No tienes que contarme tu historia si no quieres —expreso con suavidad—. No sé nada de ti, puedo intuir que alguien te hizo daño. Y quiero que sepas que no te lo mereces.

—Lo sé —habla en voz baja—. Solo que no estoy preparada para hablar de ello.

—Lo entiendo —acepto con sinceridad—. ¿Me dejarás conocerte?

—Lo intentaré —responde con una sonrisa tímida.

Me siento esperanzado. En ese momento, Connor regresa a la mesa. Conversamos animadamente durante un rato. De vez en cuando, lanzo miradas a Felicity, que parece más relajada. Cuando su amigo se da cuenta de que me gustaría estar a solas con ella, se disculpa y se aleja de nuevo.

—¿Te gustaría bajar a la playa? —me pregunta Felicity.

—Me encantaría —respondo con una sonrisa.

Me levanto y la ayudo a levantarse. Le ofrezco mi brazo, y me regaño mentalmente cuando la veo dudar. Respira hondo y lo toma. Un punto para mí.

—Por aquí —dice, señalando un camino entre los árboles.

Sonrío y la sigo. Atravesamos el jardín y llegamos a una pequeña verja de metal. Felicity la abre, y veo que hay unos escalones que bajan hasta la playa. Me coloco a su lado y le ofrezco mi brazo como apoyo. Quizás la estoy presionando, solo que no puedo evitarlo.

—Confía en mí —le pido.

Cierra los ojos y se aferra a mi brazo. La observo mientras respira hondo, intentando calmarse. Cuando está lista, vuelve a abrirlos y me regala una mirada dulce. Bajamos los escalones en silencio. La brisa marina nos acaricia, y el sonido de las olas nos relaja. Al llegar a la arena, se quita las zapatillas. La imito, arremangándome los pantalones.

—Es hermoso —expreso, admirando el paisaje y a ella. El sol empieza a ponerse, y su cabello rojo brilla con intensidad.

—Lo es —concuerda—. Fue un regalo de Conrad para su madre.

—Portofino está lleno de magia —exteriorizo—. Son lugares como este los que hacen que uno se enamore de Italia.

Se acerca a la orilla y moja sus pies en el agua. La observo mientras camina, dejando que las olas la acaricien. Es como una ninfa, una criatura mágica salida de un cuento de hadas. Me he repetido mil veces que solo puedo ser su amigo, que no necesita nada más de mí. Sin embargo, me miento. Cuando la tengo cerca, siento una atracción irresistible, un deseo de protegerla y de hacerla feliz.

—Por eso estoy aquí —confiesa, interrumpiendo mis pensamientos—. Cuando vi las fotos de este lugar, me enamoré.

—Es precioso —concuerdo, acercándome a ella—. He viajado por todo el mundo, pero siempre vuelvo a Portofino.

—Debe ser emocionante conocer tantos lugares —comenta con envidia.

—Lo es —respondo—. Pero llega un momento en que ya nada te sorprende.

—Lo dudo —revira—. Creo que cuando esté preparada, viajaré por todo el mundo solo para sorprenderme. —Se queda mirándome—. Paul, yo...

Levanto la mano y le acaricio la mejilla con suavidad. Espero que no se aparte, que no se asuste, mas no lo hace. Me mira con esos ojos azules tan expresivos, y siento que me derrito.

—No digas nada —le pido—. Solo déjate llevar.

La tomo por la cintura y la atraigo hacia mí. Empezamos a bailar lentamente, al ritmo de una música imaginaria. En mi mente, suena *I Found Love* de Angela Carol Brown. Felicity apoya la cabeza en mi pecho y suelta un suspiro. Siento que he ganado una pequeña batalla. Beso su pelo y sonrío. No quiero hablar y romper la magia del momento. Nos quedamos así un rato, abrazados, mientras el sol se esconde en el horizonte. Creo que ya no me teme. Algo tuvo que causar ese ataque de pánico, y quiero evitar que vuelva a suceder.

Nos detenemos, y Felicity se separa de mí. Me mira a los ojos con una mezcla de gratitud y confusión.

—Gracias —dice con sinceridad.

—No me des las gracias —le pido—. Nunca me las des por hacer algo por ti.

—Me gustaría conocerte —declara—. Pero solo puedo ofrecerte una amistad.

—Entonces, seré tu amigo —acepto sin dudarlo.

Me alejo un poco y le ofrezco mi mano. Si la acepta, será el comienzo de algo especial. Sé que ya no hay vuelta atrás. Me gusta mucho Felicity, y aceptaré lo que quiera darme, hasta ganarme su corazón.

Toma mi mano y sonríe.

—¿Quieres bailar conmigo? —pregunto, con una sonrisa pícara.

—Acabo de hacerlo —responde con una risita.

La suelto un segundo y saco mi móvil. Busco la canción en Spotify y le doy al reproducir. Los primeros acordes de *Can't Help Falling in Love* de Elvis Presley llenan el aire. Felicity sonríe y vuelve a tomar mi mano. Bailamos de nuevo, mientras el cielo se tiñe de colores anaranjados y lilas. El Rey del Rock and Roll confiesa por mí lo que siento: no puedo evitar enamorarme de ella.

Mi corazón ya le pertenece.





Capítulo 9

Felicity

Hay momentos que están llenos de magia, que te hacen sentir como si estuvieras dentro de una película. En este instante, bailando en la playa con Paul mientras suena Can't Help Falling in Love, me siento así. La primera vez que escuché esta canción fue en la película Fools Rush In con Matthew Perry, una de esas historias que te hacen soñar con que las decisiones más tontas pueden llevarte a algo maravilloso.

Al terminar la canción, me alejo un poco para calmarme. Una sonrisa nerviosa se dibuja en mi rostro. No entiendo qué me pasa con él. Es como si una fuerza invisible me empujara hacia él, a pesar del miedo que todavía siento. Por primera vez desde que escapé de Christian, siento una paz profunda en mi corazón.

—Gracias por venir —digo, jugando con un mechón de mi cabello—. Iba a llamarte, pero pensé que no querrías saber nada de una loca que tiene ataques de pánico cuando le dicen *"hermosa"*.

—No estás loca, cariño—declara con ternura, y sus palabras me reconfortan—. Estaba preocupado por ti.

—¡Felicity! —llama Connor, bajando las escaleras hacia la playa.

Paul se gira y mira a mi mejor amigo. Sonríe, y me doy cuenta de lo mucho que me gusta su sonrisa. Christian siempre odió mi amistad con Connor. No soportaba que un hombre y una mujer pudieran tener una amistad sincera y sin segundas intenciones. Supongo que su inseguridad y su necesidad de control lo cegaban.

—Lo siento por interrumpir —se disculpa Connor.

—No pasa nada —responde Paul con amabilidad.

Connor observa a Paul con curiosidad y un dejo de protección. Sé que está en modo "hermano mayor", dispuesto a defenderme de cualquier amenaza. No obstante, creo que ambos sabemos que no me haría daño. Quizás estoy siendo demasiado confiada, mas no quiero vivir con miedo. Pretendo descubrir qué siento por Paul, por qué me atrae tanto.

—¿Te quedas a cenar? —pregunta Connor con cortesía—. Rosaria cocina la mejor comida

mediterránea que habrás probado en tu vida.

—Me encantaría —acepta Paul, y no puedo evitar sentir una punzada de alegría.

Subimos las escaleras de vuelta a la casa, y agradezco que Connor no nos haya visto bailar. Mientras cenamos, ellos hablan de sus familias y de sus experiencias. Me siento cómoda entre los dos. Por primera vez, veo a mi mejor amigo hablar con pasión sobre su trabajo en la editorial, sobre cómo está modernizando las revistas para la era digital. Es fascinante escucharlo, ver esa faceta suya que normalmente no comparte conmigo. Le propone a Paul una entrevista para *Styles of Life,* una de las revistas más importantes del grupo.

—Tu historia es fascinante —manifiesta Connor—. Te separaste del legado familiar y creaste tu propia fortuna. Eres el dueño de la aerolínea transatlántica más moderna, y a pesar de todo, tus precios son accesibles. Sería un honor que nos concedieras una entrevista.

—Sabes que no me gusta conceder entrevistas —contesta Paul—. Pero lo pensaré.

—Si lo piensas, no la concederás —indico, y Connor me mira con una sonrisa. Me dirijo a Paul—: En estos cinco años que llevo en el mundo editorial, he aprendido que las personas que dicen eso, normalmente no dan entrevistas. Son celosas de su intimidad. Y, además, te investigué un poco —confieso, sonrojándome—. No sueles conceder entrevistas, por eso la prensa te persigue en cada evento social al que asistes.

—No me gusta ser el centro de atención —declara Paul—. La estrella es mi hermana Taylor. Ella se desenvuelve muy bien con los periodistas. Yo no he hecho nada especial. Invertí la herencia que me dejó mi abuelo, y tuve suerte. La cuadripliqué en dos años. El resto es historia.

—Una historia que personas como yo se mueren por conocer —expreso con entusiasmo—. A la gente le encanta leer sobre millonarios que se hicieron a sí mismos. No lo pienses más, Paul. *Styles of Life* es una de las revistas más importantes del país.

—Ya veo que eres una editora que va a por todas —señala Paul con una sonrisa.

Alzo los hombros, admitiendo que tiene razón. Me fascina la historia de Paul y de su familia. Los Hyatt son una de las familias más ricas de Estados Unidos, con una fortuna que se remonta a la Era Dorada. Al igual que los Walton, pertenecen a la élite del *old money.*

El móvil de Connor vuelve a sonar, y se disculpa con nosotros. Me quedo a solas con Paul en el salón.

—¿Cada cuánto vas a Nueva York? —pregunta con curiosidad.

Me tenso. No he pisado Nueva York desde que escapé de Christian. Todo sucedió tan rápido... Después de que me dieran de alta en el hospital, Connor me llevó a Boston. Los recuerdos de esos días son borrosos, una mezcla de dolor físico, confusión y miedo. No quiero volver a esa ciudad, a ese pasado.

—Hace tres años que no piso suelo estadounidense —revelo—. No sé si volveré algún día.

Veo que Paul aprieta los puños, y me alejo un poco, asustada. Él parece darse cuenta de mi reacción y se relaja.

—Siempre puedo ir a visitarte a Londres —indica con una sonrisa.

—Paul, yo... —Comienzo a decir, pero él se acerca y me toma las manos. Un escalofrío me recorre el cuerpo, aunque esta vez no es de miedo, sino de una extraña mezcla de nerviosismo y expectación.

—No tienes que contarme nada —habla con dulzura, y sus palabras me llegan al alma—. Lo entiendo. Sé que no es fácil para ti, que tienes miedo. No voy a presionarte.

Asiento, agradecida por su comprensión.

—Gracias —susurro.

Connor regresa en ese momento, y Paul se levanta para despedirse.

—Bueno, me voy —anuncia—. Te llamaré mañana, Felicity. Me gustaría llevarte a Génova.

—¿Génova? —pregunto con sorpresa. La idea de salir de Portofino, de aventurarme fuera de mi zona de confort, me produce una mezcla de emoción y temor.

—Sí —responde con una sonrisa—. Te encantará.

Se gira hacia Connor y le estrecha la mano. Intercambian unas palabras de despedida, y acompaño a Paul hasta la puerta. Nos quedamos mirándonos un instante, en silencio. Siento que hay algo más que quiere decir y hacer. Se acerca con cautela y me besa en la mejilla.

—Te llamo mañana —repite.

—Estaré esperando tu llamada —aseguro sonriendo.

Su beso me deja una sensación de paz increíble. No puedo creer lo que siento por este hombre. Hay una conexión especial entre nosotros, algo electrizante y a la vez tranquilo. Es maravilloso, y a la vez aterrador. Hace tanto tiempo que no me sentía así...

—Feliz noche, nena —me desea con ternura.

Cierro la puerta tras él y me apoyo en ella, con una sonrisa en los labios. Lo observo mientras sube a su automóvil. Baja la ventanilla y se despide con la mano. No puedo creer que me esté pasando esto. Me juré a mí misma que nunca volvería a enamorarme, que nunca volvería a ser vulnerable. Solo creo que Paul es diferente. Me hace sentir segura, protegida. Y a la vez, despierta en mí una pasión que creía haber olvidado.

Busco a Connor, mas no lo encuentro. Estoy agotada, y decido subir a darme un baño. Preparo la bañera y me despojo de la ropa. Me miro en el espejo de cuerpo entero, observando las cicatrices que me dejó Christian. Las marcas de sus zapatos en mis costillas, las líneas casi imperceptibles en mis brazos, las cicatrices en mi rostro... Respiro hondo, conteniendo las lágrimas.

—No voy a permitir que tus acciones dicten el resto de mi vida, Christian —digo en voz alta, con rabia y determinación—. Necesito ser feliz. Quiero enamorarme de nuevo. Quiero vivir un amor bonito, no ese infierno al que tú llamabas amor.

Necesito que mi cerebro entienda que estoy intentando dejar atrás tres años de miedo y dolor. Quiero empezar de nuevo, y Paul me está dando la oportunidad de hacerlo.

∞∞∞

A la mañana siguiente, bajo al jardín y encuentro a Connor nadando en la piscina. Rosaria me trae una taza de café, y me informa de que el desayuno estará listo en unos minutos. Me siento en el borde de la piscina, metiendo los pies en el agua, y lo observo mientras se desplaza en el agua. Me pregunto qué pasará por su cabeza. ¿Sabrá lo de Paul? ¿Sospechará que estoy empezando a enamorarme de nuevo?

Cuando termina de nadar, Connor se sienta a mi lado.

—Buenos días —digo.

—Buenos días, fea —responde con una sonrisa.

—Anoche te busqué y no te encontré —comento—. ¿Todo bien?

Connor frunce los labios. Conozco esa expresión. Cuando las cosas no van bien, hace ejercicio hasta el agotamiento y no puede evitar poner caras. Me preocupa que algo le pase, que esté ocultando algún problema.

—Me voy mañana —me informa—. Tengo asuntos que atender. Pero puedes quedarte aquí el tiempo que quieras —añade antes de que pueda decir nada.

—Gracias —digo con tristeza—. Pensé que podrías quedarte más tiempo...

Apenas han transcurrido dos días desde que llegó. Sé que Connor tiene muchas responsabilidades. Es el director de un grupo editorial enorme. Que haya tomado un avión para venir a verme, para ayudarme con mis problemas, es un gesto que me conmueve profundamente. En Nueva York, nos costaba mucho coincidir, a pesar de que éramos inseparables. Y yo, además, evitaba verlo. Tenía miedo de que descubriera que Christian me maltrataba. Dejé de nadar con él, dejé de contarle mis cosas... me aislé del mundo.

—Me gustaría quedarme, fea —confiesa con sinceridad—. Pero no puedo. Te prometo que pasaremos las Navidades juntos. Mi madre está de acuerdo. Volveremos a ser una familia. Y esta vez, nada ni nadie nos separará.

—Connor... —empiezo a decir, pero él me interrumpe.

—No será en Nueva York —me tranquiliza—. No habrá fiestas. Nadie sabrá que estás en Estados Unidos. Nunca te pondríamos en peligro.

—Lo sé. Pero... —titubeo, con la voz temblorosa. La idea de volver a Estados Unidos, aunque sea por Navidad, me aterra.

—Christian no puede acercarse a ti, Felicity —afirma—. Lo destruiré si lo hace.

Cierro los ojos y asiento en silencio. Estamos en mayo, y faltan siete meses para Navidad. Tengo tiempo de inventar una excusa para no ir. Desayunamos juntos, y después pasamos la mañana en la playa. Me siento triste por su partida, pero a la vez aliviada. Cada vez que doy un paso hacia adelante, siento que retrocedo tres. Necesito tiempo para asimilar todo lo que ha pasado y para sanar mis heridas.

De pronto, Connor me propone un proyecto que me deja sin palabras. Saca su portátil y me enseña el borrador de una revista de moda en francés.

—Tengo el apoyo de marcas como Balenciaga, y también de diseñadores emergentes —explica—. La idea es publicarla en inglés, francés y español. Creo que si presento esto a la junta directiva, se volverán locos.

—¿Y qué me propones? —pregunto, intrigada.

—Quiero que seas la editora en jefe, Felicity —anuncia con una sonrisa.

Me quedo en *shock*. ¿Editora en jefe? ¿De una revista internacional de moda? Es un sueño hecho realidad. Pero... ¿estoy preparada para algo así?

—Pero...

—Todos en el mundo de la moda conocen tu nombre —me interrumpe—. Aunque no lo creas, tu trabajo ha llegado hasta Nueva York. Pago millones para que no te rastreen, pero la información siempre se filtra.

Niego con la cabeza, al borde de las lágrimas. Cada vez que Connor me indica que soy su familia, me resisto a creerlo. Sin embargo, gestos como este me demuestran que estoy equivocada. Nadie hace esto por una simple amiga. Lo hace por alguien a quien ama. Tomo su mano por encima de la mesa, sintiendo una profunda gratitud hacia él y su familia.

—Nunca me cansaré de darte las gracias por todo lo que haces por mí —expreso con la voz entrecortada—. Primero me acogiste en mi primer año de universidad, y luego te convertiste en mi familia. Tengo miedo, Connor. Sé que no puedo vivir así para siempre. Pero lo que me propones... es un sueño.

—Lo es, fea —habla con cariño, y me emociona que me llame así, con ese apodo cariñoso que solo él usa—. Y estoy seguro de que eres la persona indicada para el puesto. Tomaste las riendas de la revista en Londres cuando estaba a punto de cerrar, y la convertiste en la más vendida del Reino Unido. El homenaje póstumo a la Reina Isabel II fue un éxito de ventas, y aumentó las suscripciones *online*.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto, sorprendida.

Connor aparta la mirada. Ya lo sé todo. No hace falta que me diga nada más. Las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. No puedo creer que haya hecho todo eso por mí. Que compró una revista y la puso a mi cargo. Que haya confiado en mí cuando ni siquiera yo lo hacía.

—¿Es tuya la revista? —pregunto con incredulidad.

—Lo hice para protegerte —confiesa—. La compramos por casi nada, y mi padre la puso a tu nombre. —Me quedo mirándolo con la boca abierta—. Eres una Walton, Felicity. Mis padres te quieren tanto como yo. No te estoy pidiendo nada que no hayamos hablado antes.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto, sin poder creer lo que oigo reticencia. ¿Soy una Walton? ¿De verdad me consideran parte de su familia?

—Sé que debimos contártelo antes —se disculpa—, pero no queríamos que rechazaras la revista. Ya te estabas oponiendo a vivir en el piso... no queríamos que también rechazaras el trabajo. Mira, Felicity, cuando les hablé a mis padres de ti por primera vez, no dudaron en invitarte a pasar la Navidad con nosotros. Mi madre te adora. Te llama todas las semanas, y te visita cada vez que va a Londres.

—Es verdad... —digo, recordando las llamadas de Helen, las visitas sorpresa y los regalos. Siempre pensé que era demasiado amable, demasiado cariñosa. Solo que nunca imaginé que me considerara una hija.

—¿Crees que hace eso con mis otras amigas? —pregunta Connor con una sonrisa.

—Mi madre siempre dice que ojalá hubieras aparecido antes en nuestras vidas —continúa—. Asegura que te habría adoptado. Así que piénsalo, Felicity. Sé que te da miedo volver a Estados Unidos. Todos te esperamos de vuelta y te queremos en casa.

Sus palabras me llegan al corazón. Sin pensarlo, me levanto y lo abrazo con fuerza. Le doy las gracias en silencio por todo lo que ha hecho por mí. Conocerlo no solo me abrió un mundo de posibilidades, sino que también me dio lo que siempre había anhelado: una familia. Y ahora, por fin, estoy empezando a creer que de verdad pertenezco a ella.





Capítulo 10

Paul

Estoy en el café donde Connor Walton me ha citado. He venido porque me interesa dejarle en claro mi interés por Felicity. Anoche pude darme cuenta de que él la protege, y necesito saber si es solo su amigo o algo más. Mi interés por esa dulce pelirroja va más allá de una simple amistad. A mis cuarenta y cinco años, por primera vez en mucho tiempo, una mujer me interesa de verdad y es Felicity Jones.

—Hyatt —saluda Connor, sentándose frente a mí. Ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado.

—Connor —respondo—. Tú dirás...

El menor de los Walton es enigmático. Siempre ha sido reservado, con un círculo de amigos muy cerrado. Y a diferencia de su hermano, prefiere codearse con personas que no pertenecen a nuestro círculo social.

—Vengo a hacerte dos preguntas —manifiesta Connor sin rodeos—. La primera es: ¿qué pretendes con Felicity?

Sonrío. Me imaginé que anoche, para él, toda esa amabilidad era una fachada. A pesar de que me alabó por algunas cosas, sé que estaba vigilando cada movimiento que daba con intención de cortejar a su mejor amiga.

—La verdad, Connor, Felicity me interesa como mujer —contesto con sinceridad—. Sé que estás tratando de ser un amigo protector, pero no tienes nada que temer. Solo deseo conocerla. El tiempo dirá lo que sucede entre nosotros. Te puedo dar la certeza que a mi edad, sé cómo tratar a una mujer.

Niega con la cabeza.

—La segunda pregunta ya la respondiste —anuncia—. No es mi deber como amigo, Paul. Felicity es como una hija para mis padres, y una hermana para Conrad y para mí.

—Al final encontró la familia que no tuvo —comento.

—¿Te contó sobre eso? —pregunta asombrado.

—Sí —respondo con una sonrisa—. Supongo que no lo hace con todo el mundo. Me alegró

que me contara parte de su historia, aunque sé que no es toda.

—Me sorprende —declara—. No suele hablar de sus padres. Creo que tardó meses en contárselo a... —Se calla y niega con la cabeza.

—Me imagino que hablas de Christian —anuncio—. No tienes que contarme qué sucedió. Prefiero que ella me lo cuente. Si es un maldito como imagino, me imagino que la humilló por su pasado y lo usó en su contra.

—¿Conoces a Christian? —pregunta intrigado.

—Más de lo que te imaginas —respondo—. Morgan estudió con mi hermana Taylor, y siempre se supo que era un canalla con las mujeres. Mi hermana evita cualquier evento social donde él esté presente.

Connor niega con la cabeza.

—¿Cómo es que no supe nada de eso?

—Estudiaste en un internado fuera del país —le recuerdo—. Supongo que por eso no te enteraste.

Taylor es mucho menor que yo. Mi madre creía que estaba entrando en la menopausia, cuando en realidad estaba embarazada de mi hermana. Tenía veinte años y pensaba que sería hijo único.

—No creas que no me caes bien, Paul —expresa—. Mi hermano asegura que eres un buen hombre, que nunca le harías daño a Felicity. Pero...

—No soy Christian Morgan —afirmo —. Tengo que esforzarme para demostrarlo, pero quiero que sepas que solo deseo conocer a Felicity.

—¿Por qué? —pregunta con curiosidad.

—Me tropecé con ella en el aeropuerto —le cuento—. Me quedé embelesado con su belleza. Y luego, encontrarla en la playa fue como un golpe del destino. No lo sé, Connor. Lo poco que he compartido con Felicity me ha fascinado. Me gusta su forma de ser y su inteligencia, su capacidad de sonreír a pesar de todo lo que ha pasado.

—Ella es especial —expresa con una sonrisa—. Cuando la conocí, unas chicas la estaban molestando. La defendí y la proclamé mi amiga. Se ganó mi corazón, y luego el de mi familia. —Carraspea emocionado—. Si le haces daño, Paul, te mataré. Si la haces llorar, te destruiré. Puede que no lleve el apellido Walton, pero es una más de la familia. Y nadie daña a mi familia y sale ileso.

—No puedo prometerte que todo saldrá bien —me sincero—, mas no tengo ninguna intención de dañar a Felicity. Solo quiero conocerla y descubrir qué es lo que me atrae tanto de ella.

—Lo entiendo —concuerda—. Tengo que volver a Nueva York. Por favor, cuida de ella. Y ten paciencia. Le han hecho mucho daño, y le cuesta confiar en la gente.

—Cuidaré de ella —prometo.

Connor se levanta y me ofrece su mano. Sonrío, y él también. Se despide y me deja a solas con mis pensamientos. Tengo que saber qué le hizo Christian Morgan a Felicity. Sin pensarlo, marco el número de mi hermana Taylor.

—Hasta que te dignas a llamar —reclama hermanita con un tono de reproche—. Mamá está molesta porque no fuiste a la fiesta de su aniversario con papá.

—Hola, Taylor. También te extraño —respondo con sarcasmo.

Chaquea la lengua con fastidio. La escucho trastear, e imagino que está en la cocina de su ático.

—Te extraño, Paul —dice—. Tengo el deber de recordarte que cuando vuelvas, mamá te va a recriminar tu ausencia.

—Lo sé —expreso con resignación—. Te llamo porque quiero saber si alguna vez te cruzaste con Christian Morgan y Felicity Jones.

—Sí —responde sin dudarlo—. La verdad, no conocía a Felicity. Pensaba que esa chica debía estar ciega para no darse cuenta de que Christian es un psicópata. Supongo que terminaron, porque ahora está con la hija de un magnate petrolero. ¿Por qué preguntas?

—La conocí hace poco —explico—, y hay algo en su comportamiento que me hace pensar...

—No me digas más —me interrumpe—. Estoy segura de que Christian maltrataba a Felicity. Fue expulsado de la universidad, aunque sus padres lo niegan, por pegarle y violar a Alana McAllister.

—Taylor, esas son acusaciones muy graves —asevero, sorprendido por su sinceridad.

—Todo el mundo lo sabe, Paul —insiste —. Pero el dinero lo puede todo. —Se oye un ruido de algo rompiéndose, y maldice—. Tengo que dejarte. Se me ha roto la cafetera, y voy a salir a entrenar. Te quiero. Y llama a mamá. Puede que seas un viejo, pero se preocupa por ti.

—¡Hey! —protesto—. ¿Cómo que un viejo?

Suelta una carcajada burlándose de mí. La listilla siempre sabe como fastidiarme.

—Un viejo, y se acabó.

Cuelga, y me quedo mirando la pantalla del móvil. Taylor no cambiará nunca y siempre será la niña molesta. Con esa información, ya no tengo dudas. Felicity fue maltratada por Christian Morgan. Ahora tengo que saber hasta qué punto.

∞∞∞

Compro un ramo de rosas blancas y girasoles para Felicity en un puesto de flores cerca del hotel. Subo a mi automóvil y coloco en la radio *Love of my Life* de Queen. Si Freddie Mercury estuviera vivo, la música sería diferente. Lo que logró en los años ochenta, con esa mezcla de rock y ópera... fue un genio. Mientras conduzco, pienso en cómo ganarme la confianza de la mujer que se ha robado mis pensamientos. Ambiciono conocerla mejor, y se me ha ocurrido llevarla a Génova, una ciudad fascinante con un casco histórico medieval y un ambiente vibrante. Pretendo que viva momentos felices, que olvide sus miedos y, que se sienta libre.

Tal vez me estoy adelantando, porque he reservado dos habitaciones en un hotel de Génova. Saldremos hoy por la tarde, pasaremos la noche allí y regresaremos mañana. Aparco frente a la villa de los Walton, con el corazón latiéndome con fuerza. Espero que acepte mi invitación. Llamo a la puerta, y el ama de llaves me abre.

—Vengo a ver a la señorita Jones —anuncio.

—¿Lo está esperando? —pregunta con desconfianza.

—No —respondo.

Parece dudar, pero me deja entrar y me pide que espere en el salón. Mientras espero, la veo salir al jardín. La curiosidad me puede, y la sigo. Veo que se detiene en la piscina. Solo puedo ver sus brazos moviéndose en el agua. Atraído por la escena, salgo. Rosaria me ve y niega con la cabeza, mas no me dice nada. Me acerco a la piscina y veo a mi hermosa sirena nadando con elegancia. Se detiene al llegar a nosotros y me sonríe.

—Gracias, Rosaria. Esperaba al señor Hyatt —informa Felicity—. ¿Puedes traer una limonada?

—Enseguida —responde Rosaria, y se gira hacia mí—. ¿Me permite? —pregunta, ofreciéndose a llevarse las flores.

Mi chica sale de la piscina y lleva puesto un bañador entero de color verde, que ilumina su

mirada azul y su cabello como el fuego, no puedo evitar recorrer cada centímetro de ella con mis ojos. Su cuerpo perfecto, sus piernas torneadas y su piel nívea salpicada de pecas. Quiero dárselas a Felicity personalmente. Me acerco a ella y le ofrezco el ramo. Su sonrisa se ilumina, revelando hoyuelos que desconocía. Sus ojos brillan con gratitud y, por un instante, el mundo se reduce a nosotros dos.

—Son preciosas —murmura—. Gracias.

—Como tú —comento. y veo como lentamente su piel se tiñe de rojo.

—¿Qué te trae por aquí? —averigua, entregándole las flores a Rosaria.

—Te prometí un paseo a Génova —le recuerdo—. He venido a buscarte. Si salimos en una hora, llegaremos a tiempo para dar un paseo por el puerto y disfrutar de una cena inolvidable.

—Pero... —titubea, con una mirada de terror.

Me enfurece que me tema. Sé que apenas me conoce, que estoy yendo demasiado rápido. Ella me gusta de verdad, y quiero conquistarla.

—No lo pienses más —hablo con seguridad—. He reservado dos habitaciones. Dormiremos en pisos diferentes en el hotel, solo te pido que me dejes cortejarte. El tiempo dirá lo que sucede entre nosotros.

Suspira intentando convencerse a ella misma. Si su respuesta es sí, tengo la oportunidad de estar a su lado y mostrarle que el amor puede ser sano y no duele.

—Está bien —acepta finalmente—. Déjame darme un baño y cambiarme. Puedes esperar en el jardín.

Asiento y me siento en una tumbona. Saco mi móvil y le envío un mensaje a Connor, avisándole de que estaremos en Génova. Contesto algunos correos electrónicos. Hace años que no me tomaba tantos días libres, pero creo que vale la pena. Rosaria me interrumpe, ofreciéndome un vaso de limonada.

Desearía que juntos, construyamos momentos felices, que tenga bonitos recuerdos de cada cita que tengamos. Estoy contestando un mensaje urgente de mi aerolínea cuando la veo aparecer. Levanto la vista y me quedo sin palabras. Felicity lleva un vestido verde con estampado de flores blancas y unas alpargatas de tacón. Se ha hecho una trenza que le cae sobre el hombro. Se ve radiante, como una diosa griega.

—Estás preciosa —murmuro.

Sus mejillas se sonrojan, y sonrío al ver que no le soy indiferente. Tomo su mano y la llevo a mis labios, depositando un beso casto en el dorso. Nuestras miradas se cruzan.

—Hice una maleta. Metí un poco de todo. No sé qué haremos —comenta con nerviosismo.

—Confía en mí —ruego—. Este viaje a Génova será inolvidable.

Salimos de la villa. Subo su equipaje al maletero y le abro la puerta. Me encantaría ponerle el cinturón de seguridad, mas no quiero asustarla. Rodeo el automóvil y me siento a su lado.

—¿Lista para un viaje que lo cambiará todo? —pregunto mirándola a los ojos.

Respira hondo tomando valor.

—Lo estoy —contesta con una sonrisa tímida.

Arranco el automóvil, y una oleada de emociones me recorre. Es una mezcla de euforia, nerviosismo y una profunda sensación de esperanza que no había experimentado en años. La miro de reojo, que está sentada a mi lado con una expresión entre tímida e ilusionada. Su sola presencia llena el espacio de una energía especial y una calidez que me llega al alma.

Felicity Jones... es esa mujer con la que el destino me ha cruzado de la manera más inesperada. Sé con una certeza que me asombra, que ella va a cambiar mi vida para siempre. Sus ojos verdes, que reflejan una mezcla de fortaleza y vulnerabilidad, me invitan a un viaje hacia lo

desconocido, uno que estoy deseando emprender. Me hará ver el mundo con otros ojos, me enseñará a apreciar la belleza en las pequeñas cosas, me recordará la importancia de la conexión humana, del amor y de la confianza.

Acelero un poco, sintiendo la adrenalina recorrer mi cuerpo. No es solo la velocidad, es la emoción de la aventura que estamos a punto de comenzar. Génova nos espera, con sus calles laberínticas, su puerto vibrante y su historia milenaria. Más allá del destino, lo que realmente me importa es compartir este viaje con Felicity, crear nuevos recuerdos, profundizar en esa conexión que ya siento tan fuerte.

Tengo la seguridad de que es *ella.* Esta chica es la mujer que ha despertado en mí una pasión que creía dormida, la mujer que me ha devuelto la esperanza en el amor. Estoy listo para dejarme llevar, para abrir mi corazón y entregarme por completo a esta aventura que apenas comienza.





Capítulo 11

Felicity

El viaje es tranquilo y silencioso, envuelto en una atmósfera cálida e íntima. De vez en cuando, nuestras miradas se cruzan, y una sonrisa espontánea ilumina nuestros rostros. Paul tiene gustos musicales muy parecidos a los míos. Suenan canciones de Elvis Presley, The Ronettes, y una de las más hermosas del mundo: Unchained Melody de The Righteous Brothers.

Mientras la música llena el automóvil, me pierdo en mis pensamientos. Creo que todas las mujeres hemos soñado alguna vez con un amor como el de la película *Ghost*, un hombre que nos ame tanto que incluso la muerte no pueda separarnos. Siempre quise algo así, un amor profundo e incondicional. Sin embargo, ahora, después de todo lo que he vivido, tengo miedo a ser vulnerable y de que me lastimen de nuevo.

De repente, siento el calor de la mano de él sobre la mía. Bajo la mirada y cierro los ojos, inundada por una mezcla de nerviosismo y emoción. Si tan solo pudiera dejarme llevar... Giro mi mano en un acto de valentía, y nuestros dedos se entrelazan. Mi corazón late con fuerza, como si quisiera salirse de mi pecho. Me quedo así, disfrutando de su calidez y de la sensación de conexión que me transmite.

Acerca nuestras manos entrelazadas a sus labios y deposita un beso suave en el dorso de la mía. Abro los ojos y lo miro. Me sonríe con ternura, y siento que me derrito. Sé que Paul Hyatt es completamente diferente a Christian. Lo siento en cada célula de mi cuerpo. Y como dice la canción, espero que Dios me permita encontrar un amor verdadero, uno que me sane y, que me haga feliz.

—Bienvenida a Génova —anuncia, mientras la ciudad se despliega ante nosotros.

La ciudad nos abre sus brazos con un atardecer que parece sacado de un sueño, un espectáculo de colores vibrantes que me deja sin aliento. Desde la ventanilla del automóvil, tengo una vista privilegiada del paseo marítimo, que se extiende a lo largo de la costa como una cinta de seda. El cielo es un lienzo donde el sol, a punto de despedirse, ha plasmado su arte con pinceladas gruesas y apasionadas.

Naranjas intensos, como llamas danzando en el horizonte, se funden con amarillos dorados y

pinceladas de un lila suave, creando una sinfonía de colores que me hipnotiza. Las nubes, teñidas de rosa y violeta, se mueven con lentitud, como si quisieran prolongar la magia del momento. Es un espectáculo tan hermoso que me emociona hasta las lágrimas.

A lo lejos, la silueta de una noria gigante se recorta contra el cielo, ya iluminada con luces que titilan como estrellas. Imagino la vista desde lo alto, dominando toda la ciudad y el mar. Más cerca, en el puerto, un ballet de barcos con sus velas blancas desplegadas se mecen con suavidad sobre las aguas tranquilas. Parecen bailar al ritmo de la luz dorada que baña la escena.

La ciudad con sus edificios históricos de fachadas imponentes, se alza orgullosa frente al mar. Puedo distinguir palacios, iglesias y torres... cada uno con una historia que contar. Génova, con su mezcla de historia y vitalidad, me cautiva por completo. Suspiro, sobrepasada por la belleza del lugar, y una sensación de paz y gratitud me invade.

Por un momento, olvido mis miedos y mis inseguridades. Solo existo yo, este atardecer mágico, y la compañía de Paul, que me ha traído hasta aquí. Y en lo más profundo de mi ser, una pequeña esperanza empieza a florecer. Quizás, solo quizás, este sea el comienzo de algo nuevo y maravilloso.

—Cenaremos en el paseo marítimo, y luego iremos al hotel —me participa—. Mañana será un día largo.

—Gracias —susurro, girándome hacia él.

Me observa con una sonrisa que me acelera el pulso. Nunca pensé que saldría con un hombre mayor, pero con él es diferente. Está en excelente forma física. Su cabello castaño oscuro tiene algunas canas que lo hacen aún más atractivo. Su rostro es varonil, con una barba incipiente y una nariz aguileña. Su sonrisa es de esas que podrían protagonizar cualquier anuncio de televisión. Tiene un aire a David Gandy, solo que sus ojos son verdes, que me hipnotizan cada vez que me mira. Lleva un pantalón chino azul marino y una camisa blanca de manga larga, con los primeros botones desabrochados y las mangas remangadas hasta el codo, dejando al descubierto sus brazos fuertes. Cualquier mujer caería rendida a sus pies. Y yo... no soy inmune a su encanto.

—Estaba pensando... —habla, sacándome de mis ensoñaciones.

—Dime —le pido, con curiosidad.

—Sé que tienes miedo —indica—, pero me gustaría que tuviéramos una cita esta noche. Un hombre y una mujer que se están conociendo, sin miedos y sin fantasmas del pasado.

Por los altavoces del automóvil suena *Another Love.* Trago saliva, emocionada. La canción es perfecta para este momento.

—Paul... —Empiezo a decir, pero él me interrumpe.

—Estás confiando en mí al venir a Génova —comenta, apretando mi mano—. ¿Qué dices? ¿Te atreves a dar un paso más?

La letra de la canción me golpea como una ola:

And I wanna kiss you, make you feel alright
I'm just so tired to share my nights
I wanna cry and I wanna love
But all my tears have been used up
On another love, another love.

Es exactamente lo que siento en este momento. Me ha traído a un lugar especial, me está ofreciendo una nueva oportunidad, y estoy empezando a creer que tal vez, solo tal vez, pueda

volver a amar.

—Está bien —acepto, con un hilo de voz.

Sonríe y continúa conduciendo, con nuestras manos entrelazadas. Miro por la ventana, con el corazón lleno de esperanza. Nunca me había sentido así. Entiendo que este viaje, esta escapada con Paul, es una oportunidad para ser feliz. Y estoy decidida a aprovecharla.

Llegamos al paseo marítimo y estaciona frente a un restaurante con un encanto especial. Nos bajamos del automóvil, y él me ofrece su mano. La tomo, con la firme intención de dejar el pasado atrás. Entramos en el restaurante y nos llevan a un jardín precioso, iluminado con luces tenues y velas. Pedimos unas pizzas y una botella de vino.

—Cuéntame de tu vida en Londres —me pide.

Sonrío. Mi mudanza a Londres fue algo que nunca imaginé, pero las circunstancias me llevaron allí, y no me arrepiento. A pesar de estar lejos de todo lo que conocía, he aprendido mucho, he crecido como persona.

—Vivo en un *loft* en Chelsea —le cuento—. Me encanta. Es espacioso y luminoso, pertenece a Connor y me ha permitido redecorarlo a mi gusto. Adaptarme no fue fácil. Hubo noches en las que estuve a punto de volver a Nueva York. Nunca lo hice, porque los Walton me habían encontrado un trabajo que era un gran desafío, y confiaban en mí para sacar adelante la empresa.

—Entiendo —indica—. ¿La revista tenía problemas?

El camarero llega con nuestras copas y abre la botella de vino. Paul la examina con atención y le da un sorbo.

—Es una cosecha especial del viñedo Lombardo —comenta el camarero.

—Excelente, gracias —expresa.

El camarero nos sirve el vino y se retira. Doy un sorbo y me quedo maravillada con el sabor.

—Es de un viñedo de la Toscana —me informa—. Me pareció que si estábamos en Italia, debíamos probar lo mejor de su gastronomía.

—Está exquisito —comento—. En cuanto a la revista... sí, estaba a punto de quebrar. Yo era su último recurso. Se suponía que debía darle un toque moderno, y funcionó.

—¿Siempre quisiste ser editora? —averigua.

—No lo tenía claro —respondo—. Me gusta escribir, y siempre pensé en estudiar algo relacionado con la escritura. El periodismo fue la mejor opción. Cuando estaba en Yale, pensé en ser corresponsal de guerra, pero no se dio la oportunidad. La verdad es que estaba demasiado enamorada para irme a un lugar en conflicto.

—Solo que eres editora de una de las revistas más importantes del Reino Unido, y con solo veintisiete años —expresa con admiración—. Muchas mujeres matarían por tener tu currículum.

Sonrío.

—No ha sido fácil —admito.

—¿Cómo entraste en Yale? —pregunta con curiosidad.

Me imaginaba que en algún momento me preguntaría por mi pasado. No tenía un centavo cuando decidí solicitar plaza en las universidades más caras del país.

—Mis notas eran excelentes —explico—. Me gradué antes de tiempo en el instituto, porque era la forma de salir del hogar de acogida e independizarme. Así que cuando me dieron la beca, no lo dudé ni un segundo.

—Eres impresionante, Felicity —me halaga con sinceridad—. He conocido a mujeres que lo tenían todo y que fracasaron en su intento de lograr lo que tú has conseguido. Eres el vivo ejemplo de que con esfuerzo y determinación se puede llegar lejos.

He escuchado esas palabras muchas veces de los Walton, pero pocas personas conocen mi

pasado.

—Solo quería demostrarme a mí misma que era capaz de hacerlo —explico—. Que podía lograr todo lo que me propusiera. —Respiro hondo—. Mi padre maltrataba a mi madre. Crecí viendo que el amor podía ser doloroso y destructivo. Y creo que en el fondo, pensé que eso era lo normal. Pero cuando los servicios sociales me llevaron lejos de ellos, me esforcé por salir de ese entorno. Tenía doce años, y nadie quiere adoptar a niños de esa edad. Así que estudié mucho para poder irme lejos y no volver a ese infierno.

Toma mi mano y la aprieta con cariño. Sonríe, y no veo en su mirada ni lástima ni repulsión. Eso me tranquiliza. Christian siempre me reprochaba mis orígenes. Para él, era más fácil mentir y decir que era familia de los Walton.

—El amor no es eso —declara con suavidad—. El amor no debería doler. Nada es perfecto en esta vida, porque siempre debemos intentar alejarnos de la oscuridad.

—Me imagino que tu vida fue perfecta —comento con un deje de tristeza.

Paul se ríe.

—No voy a negar que tuve unos padres maravillosos —contesta—. Y que mi hermana, que tiene casi tu edad, nació cuando ya era un adulto. Pero en el amor... no ha sido fácil. Quiero encontrar a una mujer que se interese por mí, no por mi dinero.

—Cuando era más joven, pensaba que el dinero daba la felicidad —confieso—. Con el tiempo, he aprendido que solo facilita las cosas. Agradezco no tener que preocuparme por él, pero...

—¿Pasaste hambre, Felicity? —me interrumpe, con la voz llena de preocupación.

Su preocupación es genuina, y eso me conmueve. Mi adolescencia no fue fácil, mas no me arrepiento de nada. Hace tanto tiempo que no sé nada de mis padres que ya ni me importa.

—Sí, pasé hambre —admito—. Pero eso me enseñó a valorar lo que tengo. Y me hizo quien soy. Aprendí que con trabajo duro y esfuerzo se puede lograr cualquier cosa.

—Eres una mujer increíble, Felicity —halaga con admiración.

Nos traen la cena, y disfrutamos de una velada maravillosa, llena de risas y confidencias. Me cuenta sobre su hermana Taylor, y estoy segura de que la he visto en alguna revista. Es la directora ejecutiva de la empresa familiar. Me habla de sus padres, que se conocieron en la infancia. Su madre no pertenecía a la misma clase social que su padre, y él tuvo que luchar contra todos para casarse con ella. Su abuelo estuvo a punto de desheredarlo, pero la muerte prematura de su tío los unió más que nunca.

Al terminar de cenar, me propone dar un paseo por el puerto. Salimos del restaurante y caminamos de la mano, disfrutando de la brisa marina y del sonido de las olas. Nos detenemos en un mirador, y el paisaje me deja sin aliento. El mar, la ciudad iluminada y el cielo estrellado... es un espectáculo mágico.

—Gracias —susurro, sintiendo una profunda gratitud hacia Paul.

Él se gira y me mira con intensidad. Su mirada me acelera el pulso. Es tan guapo...

—¿Por qué me das las gracias? —pregunta con curiosidad.

Levanta la mano y aparta un mechón de pelo que me cae sobre la cara. Respiro hondo, buscando las palabras adecuadas para expresar lo que siento.

—Hace mucho tiempo que no me sentía así de cómoda con un hombre —confieso—. Me has hecho sonreír, Paul. Y te lo agradezco.

—Entonces, ese será mi trabajo a partir de ahora —promete con una sonrisa—. Hacerte sonreír todos los días.

—Paul...

—Sé que la vida te ha dado muchos golpes —comenta con ternura—, pero también te ha dado momentos para sonreír. Y quiero que a partir de ahora, tengas muchos más.

Sonrío. Sería tan fácil enamorarme de un hombre como Paul... Es atento, cariñoso, y me hace sentir especial.

—Gracias, Paul —repito—. Pocas personas son capaces de hacerme sentir así.

Toma mi mano de nuevo, y seguimos paseando hasta que llega la hora de ir al hotel. Junto a él, me siento segura, admirada y aceptada. Y lo mejor de todo es que no me siento juzgada.

Al llegar a mi habitación, me da un abrazo que me reconforta, y me besa en la frente.

—No voy a mentirte, Felicity —expresa con sinceridad—. Me muero por besarte, por abrazarte toda la noche. Pero sobre todo, me muero por abrir las puertas de tu corazón. —Suspira —. Buenas noches, nena. Mañana te demostraré que no tienes que tener miedo a mi lado.

Me despido de él y entro en la habitación. Cierro la puerta y me apoyo en ella, con el corazón latiendo con fuerza. Siento que la tormenta que me ha azotado durante años está empezando a amainar. El sol está saliendo de nuevo, y Paul es la luz que me guía hacia un futuro lleno de esperanza.





Capítulo 12

Paul

Espero impaciente a Felicity en el lobby del hotel. Los nervios me crispan los dedos, y creo que estoy a punto de un infarto. Anoche fue especial. Rompimos algunas barreras, compartimos confidencias, y la conexión entre nosotros se hizo aún más fuerte. Conocerla un poco más solo aumenta mi interés y mi fascinación por ella. Muero por romper todos sus miedos, por demostrarle que hay hombres que sí valemos la pena.

Desde que la conocí, no quiero estar sin ella. Su recuerdo me persigue constantemente, y deseo con todas mis fuerzas que se quede a mi lado para siempre, que se convierta en la reina de mi mundo, que ha estado desordenado y sin sentido durante demasiado tiempo.

Me giro al escuchar el suave sonido del ascensor, y me quedo sin palabras. Felicity emerge como una visión celestial, vestida con un hermoso vestido amarillo que resalta su cabellera roja. Cae sobre sus hombros en ondas suaves y brillantes, enmarcando un rostro de facciones delicadas y una mirada llena de vida. Ella es preciosa, la mujer más hermosa que he visto jamás. Nunca nadie me había impactado de esta manera. Es como si el mundo se desvaneciera a su alrededor, como si solo existiéramos ella y yo.

Pienso en las vueltas que da la vida, en las casualidades que nos llevan a encontrar a ciertas personas. Y estoy convencido de que ella y yo estábamos destinados a encontrarnos. Puede que haya tardado un tiempo en llegar a mi vida, pero ahora que está aquí, entiendo por qué ninguna otra relación funcionó antes. Es la pieza que faltaba en mi rompecabezas, la que le da sentido a todo.

—Buenos días —saluda con timidez, y su voz es como una melodía que acaricia mis oídos.

—Buenos días —respondo, acercándome a ella para dejar un beso en su mejilla. No puedo evitar aspirar su aroma, una deliciosa fragancia a rosas que me embriaga. Me alejo un poco, y veo que se sonroja. Una sonrisa se dibuja en mi rostro—. ¿Preparada?

—Estoy lista para un día inolvidable —contesta, y sus palabras me llenan de emoción.

Deseo hacer todos sus días inolvidables y que la vida le sonría siempre. Le ofrezco mi mano, y la toma con delicadeza. Salimos del hotel, y lo primero que hago es llevarla a desayunar. Génova

ofrece una gran variedad de opciones, y nos dirigimos hacia el centro histórico, donde encontramos una *focacceria.* Compartimos una *focaccia* genovesa y otra al pesto, riendo y charlando animadamente. No para de preguntarme qué haremos hoy, pero quiero que sea una sorpresa.

—Si todas las ciudades de Italia son así, quiero recorrerlas todas —dice con entusiasmo.

—Estoy dispuesto a mostrarte Italia y el mundo entero, si me lo permites —respondo, sintiendo que mi corazón late con fuerza.

—Paul, yo... —empieza a decir, pero la interrumpo.

—Solo el tiempo lo dirá, nena, no voy a apresurar esto —afirmo.

Al terminar de desayunar, nos adentramos en el corazón histórico de Génova, un laberinto de callejuelas estrechas y empedradas que parecen transportarnos a otra época. El aire se impregna de un aroma peculiar, una mezcla de salitre, café recién hecho y especias exóticas que despierta mis sentidos. *Los caruggi,* como llaman aquí a estos callejones, se abren paso entre edificios antiguos con fachadas desgastadas por el tiempo, llenos de historias silenciosas.

Caminamos sin rumbo fijo, dejándonos llevar por la magia del lugar. A cada paso, descubrimos nuevos rincones llenos de encanto: pequeñas tiendas con artesanías locales, cafeterías con mesas en la calle donde la gente charla animadamente, plazas con fuentes de mármol donde el agua danza al ritmo del sol. Génova es una ciudad vibrante, llena de vida, donde las diferentes culturas se mezclan en una armonía vibrante.

Salimos a la Strada Nuova, una calle majestuosa flanqueada por palacios renacentistas con fachadas imponentes y balcones adornados con flores. Son como gigantes dormidos que nos observan con sus ventanas de cristal. Imagino a las familias nobles de la época paseando por estas calles, vestidas con sus mejores galas.

Entramos en los Museos de Strada Nuova, donde el tiempo parece haberse detenido. Recorremos las salas, admirando las obras maestras de artistas italianos y extranjeros. Pinturas, esculturas, muebles antiguos... cada objeto cuenta una historia, un fragmento del pasado que ha llegado hasta nosotros. Veo a Felicity detenerse frente a cada obra, contemplándola con atención, con los ojos brillantes de emoción. Su fascinación por la historia y la belleza del lugar es contagiosa, y me alegro de poder compartir esta experiencia con ella.

Siento que Génova nos está atrapando a ambos con su magia, creando un vínculo invisible entre nosotros. Y mientras caminamos de la mano por las estrechas calles, una sensación de felicidad y esperanza me invade. Quizás, después de todo, ella pueda volver a confiar y volver a amar.

—Aún nos falta el acuario —informo con una sonrisa—. Te va a encantar.

—Terminaré mudándome a Génova —comenta y sus palabras me llenan de alegría.

Tomo un mechón de su cabello y la miro con ternura. Hoy no lleva maquillaje, y puedo apreciar sus pecas, que se intensifican cada vez que se sonroja.

—Eres preciosa —murmuro, y me callo a tiempo para no asustarla—. Vamos.

Toma mi mano, y nos dirigimos hacia el acuario, una de las atracciones más importantes de la ciudad. Entramos y la llevo al pabellón de los cetáceos, donde tenemos un encuentro cercano con los delfines. Felicity se acerca al cristal que nos separa del agua, fascinada por la gracia de estos animales.

—¿Puedes tomarme una foto? —me pide.

—Por supuesto —respondo, sacando mi móvil.

En ese momento, como si la magia del acuario se hubiera conjurado a nuestro favor, uno de los delfines se acerca a ella con curiosidad. Sus ojos grandes y oscuros se clavan en los de ella, y

por un instante, parece que se establece una conexión especial entre ambos. Rápidamente, capturo ese instante mágico con la cámara, congelando la imagen de Felicity con el delfín como telón de fondo.

Me quedo observándola, maravillado por la escena. Sonríe con dulzura al delfín, y parece estar teniendo una conversación silenciosa con él. Sus labios se mueven ligeramente, formando palabras que solo el animal puede escuchar. Es un momento de una belleza e intimidad conmovedoras, y siento que mi corazón se llena de ternura.

Tomo varias fotos más, capturando cada gesto, cada sonrisa y cada mirada. Estas imágenes son un tesoro que guardaré para siempre, un recordatorio de este día mágico en Génova con la mujer que ha robado mi corazón.

Me acerco a Felicity y le muestro las fotos. Sus ojos brillan al verlas, y una sonrisa ilumina su rostro. Es una sonrisa que me llega al alma y me hace creer que todo es posible a su lado. En ese instante, decido capturar otro recuerdo de este momento. Levanto mi móvil y tomo un *selfie* con ella, nuestros rostros juntos, sonrientes, con el acuario como escenario de fondo. Y en un impulso que no puedo contener, me inclino y la beso en la cabeza.

El mundo se desvanece a nuestro alrededor. Solo existimos nosotros dos, en nuestra propia burbuja de felicidad. Ya no puedo resistirme más. Lentamente, con cuidado, acerco mi rostro al suyo. La miro a los ojos, buscando una señal de rechazo, mas no se aparta. Al contrario, su mirada me invita a acercarme más.

Mis labios rozan los suyos, y la beso con una ternura infinita. Es un beso suave, delicado, como una caricia. Siento que corresponde con timidez al principio, pero poco a poco, la pasión va creciendo. Nuestras lenguas se encuentran en un baile lento y sensual, y me pierdo en ese contacto, en la sensación de sus labios sobre los míos. Es un beso que expresa todo lo que no puedo decir con palabras y que me confirma que lo que siento por ella es real, es profundo y es único.

En este pequeño acercamiento, se funden todos mis sueños, mis esperanzas y mis anhelos. Felicity es la mujer que he estado esperando toda mi vida, y ahora que la he encontrado, no la dejaré escapar.

—Me gustas, Felicity —confieso, mirándola a los ojos—. Me gustas muchísimo.

—Paul... —susurra con un hilo de voz.

—Me arriesgaría a perderlo todo por ti —aseguro—. Quiero conquistarte, nena. Deseo borrar todo lo malo que has vivido y dejar mi huella en tu corazón.

—Ayúdame a superar este sufrimiento —me pide, con los ojos llenos de lágrimas—. Quiero intentarlo, Paul. Quiero refugiarme en tus besos.

Sus palabras son la respuesta que necesitaba. No hay nada más hermoso que la oportunidad de amar y ser amado. Y estoy dispuesto a hacer lo que sea para que Felicity sea feliz. La tomaré de la mano y la guiaré hacia un futuro lleno de luz, lejos de las sombras del pasado. Me estoy enamorando de ella, de esta dulce pelirroja que ha llegado a mi vida para cambiarlo todo.

*****

De vuelta en Portofino, estaciono frente a la villa. Apago el motor, mas no quiero que Felicity se baje del automóvil. No quiero que este momento termine. Por los altavoces suena *Somewhere Only We Know,* y la letra de la canción parece escrita para nosotros.

—Gracias —musita con voz dulce, y su agradecimiento me conmueve.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y me giro hacia ella. Tomo sus manos entre las mías y la miro con intensidad. No deseo asustarla, pero tampoco puedo ocultar lo que siento.

—No quiero dejarte ir —confieso.

Felicity sonríe, y me sorprende cuando acaricia mi mejilla con ternura. Cierro los ojos, disfrutando de su contacto. Cuando los abro, estoy seguro de lo que quiero.

—Tampoco quiero irme —coincide con una sonrisa—. Gracias por hacer de este un día tan especial.

Respiro aliviado. Sentimos lo mismo. Estamos en la misma sintonía.

—Necesito verte todos los días —afirmo con pasión—. Deseo viajar a Londres para estar contigo, para llevarte a bailar y descubrir el mundo a través de tus ojos. Quiero que nos dejemos llevar por lo que sentimos y que nos mostremos tal como somos.

—Paul...

—Cada vez que te veo, estoy más seguro de que quiero algo más contigo —me sincero—. He escuchado a mucha gente hablar de amor sin sentirlo realmente. Pero lo que siento por ti... es diferente. Es real, es profundo. Es un amor que quiero cuidar, que quiero que dure para siempre.

—No sé qué decirte —musita con la voz temblorosa—. Siento una atracción inexplicable hacia ti, pero... estoy rota. Tengo miedo de volver a amar.

—Te esperaré —prometo—. Tendré paciencia. Solo que no puedo perder más tiempo. Cada segundo a tu lado es un regalo. Deseo conocerte mejor y pasar horas hablando, sueño caminar tomados de la mano... y compartir mi vida contigo.

—Dime si esto es real, Paul —me ruega, con los ojos llenos de lágrimas—. Tengo miedo.

—Te protegeré, Felicity —juro—. Quiero ser ese hombre que siempre has soñado, ese que te ame y te cuide incondicionalmente. Sé que parece amor a primera vista, pero dame la oportunidad de demostrarte que puedes volver a amar. Construyamos algo juntos, nena. El amor puede ser simple, si lo dejamos ser.

—¿Cómo lo hago? —pregunta con voz trémula.

—Salgamos estos días —propongo—. Déjame conocerte mejor. Y cuando vuelvas a Londres, permíteme visitarte. Déjame demostrarte con hechos lo que siento por ti y conquistarte.

Sonríe, y una lágrima rueda por su mejilla.

—Pero...

—Sé que tienes miedo —digo con suavidad—. No tienes que decirlo o contarme nada de tu pasado. Déjame borrar esas huellas, Felicity. Déjame entrar en tu vida. Te ruego que me abras las puertas de tu corazón.

Respira hondo y asiente. No puedo contenerme más. La beso con pasión, con la fuerza de un amor que ha estado esperando durante años. Ella no se aparta. Nuestras lenguas se encuentran en un baile frenético, y me pierdo en la intensidad del momento. Felicity es el aire que respiro y creo que con el tiempo, se convertirá la razón de mi existencia. Sus dedos se enredan en mi pelo, y mi mano acaricia su cuello, bajando por su espalda. Me detengo antes de llegar más lejos. No quiero aprovecharme de su vulnerabilidad. La deseo con locura, pero quiero que todo sea perfecto y especial.

Rompo el contacto de nuestros labios y la miro a los ojos. Está sonrojada, y su respiración es agitada.

—Creo que toda mi vida he esperado a alguien como tú —confiesa con una sonrisa temblorosa.

—¿Eso es un sí? —pregunto, con el corazón latiendo con fuerza.

—Ya no puedo resistirme más, también deseo todo lo que me prometes —responde, y sus palabras son música para mis oídos.

La vuelvo a besar, con la certeza de que siempre la he esperado. Y ahora que la he encontrado, no la dejaré escapar. Cuando viajé a Portofino, después de meses de estrés y de un nuevo fracaso

amoroso, presentía que este viaje iba a cambiar mi vida. Y así ha sido. He encontrado a la mujer de mis sueños, la que me hace creer en el amor verdadero.

Nos despedimos con la promesa de vernos mañana, para ir a comer juntos y disfrutar de un paseo en yate. Me doy cuenta de que ya la extraño, aunque solo hayan pasado unos minutos desde que la vi por última vez.

Bajo del automóvil sintiéndome el hombre más feliz del mundo. No puedo creer que haya aceptado mi propuesta y dado una oportunidad. Deseo llevarla a ver el mundo, para crear momentos inolvidables a su lado. Nunca me he considerado un hombre romántico, solo que con ella todo es diferente. Pretendo llenarla de detalles y que sonría cada día, demostrarle que después de la tormenta siempre llega la calma.

Me tumbo en la cama y abro la galería de fotos de mi móvil. No puedo dejar de mirar la foto que nos tomamos juntos en el acuario. Me estoy enamorando de esta mujer, de su dulzura, de su fuerza y de su capacidad de amar a pesar del dolor. Haré todo lo que esté en mi mano para que ella también se enamore de mí.





Capítulo 13

Felicity

Si la vida te da una oportunidad de ser feliz, no tengas miedo. Esa frase, pronunciada por mi psicólogo durante una de nuestras sesiones, resuena en mi mente con más fuerza que nunca. Desde que volvimos de Génova, todo me parece más brillante y lleno de vida. Sé que nuestra felicidad no debe depender de otra persona, pero en el fondo, todos anhelamos encontrar a alguien que nos ame tal como somos: imperfectos, rotos y llenos de miedo. Porque nadie está exento de las heridas del pasado, y muchas veces, las sonrisas más radiantes ocultan los dolores más profundos.

Mi móvil suena, y una sonrisa ilumina mi rostro al ver un mensaje de Paul. No puedo negarlo: me estoy enamorando. Es una sensación nueva, emocionante y aterradora. Descubrir el amor verdadero, después de haber vivido un infierno disfrazado de romance, es como renacer. Abro el mensaje, y mi corazón da un vuelco.

De Paul para Felicity: Necesito verte. No sé qué me sucede contigo, pero no puedo dejar de pensar en ti, en tu sonrisa y tu mirada que me transmite una paz infinita. Quiero quedarme para siempre en Portofino, pero solo si te quedas a mi lado.

Tecleo una respuesta, con los dedos temblorosos y una sonrisa nerviosa en los labios. A veces no puedo creer que esto me esté pasando a mí. Después de tanto dolor y de vivir en la oscuridad, la vida me regala una nueva oportunidad.

De Felicity para Paul: Quisiera quedarme en Portofino, o en cualquier lugar del mundo, si

es contigo. Sé que tengo miedo, pero he soñado con un amor como el tuyo desde que era niña. Me estoy rindiendo, Paul. No quiero luchar más contra lo que siento.

Le doy a enviar, y contengo la respiración. Sé que es una locura, que estoy exponiendo mis sentimientos de una forma que nunca me hubiera atrevido antes. Sin embargo, no deseo seguir con miedo a volver a amar. No con Paul. Mi móvil suena de nuevo, y esta vez, al leer su mensaje, las lágrimas brotan de mis ojos. Lágrimas llenas de felicidad, de alivio y de esperanza.

De Paul para Felicity: Mi abuelo siempre decía que esta canción solo se dedica una vez en la vida, cuando encuentras al amor verdadero. Sé que te gusta Elvis.

Abro el enlace de Spotify que me envía, y la melodía de *Can't Help Falling in Love* llena la habitación. La voz ronca y aterciopelada del Rey me eriza la piel. En ese preciso instante, suena el timbre de la puerta. Me levanto y abro, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Y allí está él, Paul, con una sonrisa que ilumina su rostro.

—Tenía que escucharla contigo —me comenta, ofreciéndome su mano.

La tomo, y bailamos en el umbral de la puerta, como si el mundo entero se hubiera detenido para nosotros. Bailamos al ritmo de la canción. Mis ojos están llenos de lágrimas y mi corazón desbordándose de alegría. Es un momento mágico e irreal. El amor es eso: magia pura. Es la sonrisa que ilumina tu rostro al escuchar una canción, la paz que te invade el alma, la emoción que te hace sentir que estás en la cima del mundo.

Apresa mi rostro entre sus manos y seca mis lágrimas con sus pulgares. Me mira con una ternura infinita, y sus palabras me llegan al alma.

—Toma mi mano, toma mi vida, Felicity —me ofrece con voz ronca—. Sería un pecado no enamorarme de ti. Me robaste el corazón desde el primer momento en que te vi.

Sin dudarlo, tomo sus manos. He decidido dar el paso, salir del caparazón en el que me refugié cuando escapé de Christian.

—Sí, Paul —acepto con la voz temblorosa—. Yo también me estoy enamorando de ti.

Sonríe y me besa con pasión. Sus labios se funden con los míos, y sus brazos me rodean con fuerza. Siento que he encontrado mi hogar y mi lugar en el mundo. Su beso se intensifica, y un gemido escapa de mis labios. Me pierdo en la intensidad del momento, en la sensación de sus manos recorriendo mi cuerpo. Se separa de mí, y me siento vacía, deseando más. Sin embargo, él me mira con ternura y comprensión.

—Estoy hambriento de tus caricias y de tu cuerpo —confiesa—. Esperaré a que estés lista.

—Paul... —empiezo a decir, pero las palabras se me atragantan en la garganta.

—No tienes que decirme nada —me tranquiliza—. Cuando estés lista, me lo harás saber.

Cierro los ojos, luchando contra mis propios demonios. Quiero esperar, quiero que todo sea perfecto. Pero también necesito ser sincera con él, contarle la verdad sobre mi pasado.

—Me violó —confieso con un hilo de voz, y abro los ojos para ver la reacción de Paul. Él da un paso hacia atrás, con el rostro lleno de dolor y rabia.

—Voy a matarlo —dice entre dientes.

Niego con la cabeza y las lágrimas a punto de desbordarse de mis ojos.

—No, Paul —ruego con firmeza—. Christian Morgan es mi pasado. No quiero que sea el

fantasma que arruine mi presente. Tal vez nunca olvide lo que viví con él, pero no quiero seguir teniendo miedo. Por primera vez en tres años, siento que he encontrado a la persona con la que quiero compartir mi vida.

—Y yo quiero compartirla contigo, Felicity —concuerda con emoción—. Me estoy enamorando de ti. Y esperaré el tiempo que haga falta. Te deseo más que a nada en el mundo, prometo que esperaré a que estés lista.

Sonrío, aliviada y agradecida.

—Tenías que saberlo —expreso—. No eres tú, soy yo. Tengo miedo de que cuando estemos juntos... me paralice el recuerdo de lo que viví.

Me abraza con fuerza y me besa con ternura. Su móvil sigue sonando con *Unchained Melody* de fondo, y mientras sus labios me demuestran lo mucho que me desea, un gemido escapa de mi garganta. Las lágrimas corren por mis mejillas, y siento su sabor salado mientras Me besa con más suavidad. Me sorprende cuando empieza a besar mis lágrimas, como si quisiera borrar todo rastro de dolor.

—No quiero que llores, Felicity —me pide con voz ronca—. Quiero hacerte feliz. —Me mira a los ojos, y sus palabras me confirman que he encontrado a la persona que estaba buscando—: Lo único que he deseado siempre es encontrar a alguien que me vea como tú lo haces. Algo que el dinero no puede comprar.

—¿Qué es? —pregunto con curiosidad.

—Encontrar a alguien que me ame por ser simplemente Paul, y no por ser Paul Hyatt —responde con sinceridad.

—Te veo, Paul —afirmo—. Veo las partes de ti que nadie más ha visto.

—Estoy aquí, Felicity —asegura—. Y me quedaré a tu lado, aunque tenga que mudarme a Londres. No lo dudes.

Me abrazo a él con fuerza, apoyando mi cabeza en su pecho. Cierro los ojos y escucho los latidos de su corazón. Es una melodía que me llena de paz y seguridad.

—No quiero hacerte promesas que no pueda cumplir —explica—. Pero sí te aseguro que deseo que esto sea para siempre.

—También yo —respondo, con el corazón lleno de esperanza.

Me mece suavemente al ritmo de la música, y de pronto recuerdo el *trend* de TikTok que se hizo viral hace un tiempo. Fue entonces cuando lo conocí, y mi vida empezó a sonar como *Burning Love* de Elvis. Sonrío. Parece que el destino tenía un plan para nosotros desde el principio.

∞∞∞

Paul y yo paseamos por las estrechas callejuelas de Portofino, perdiéndonos en un laberinto de casas blancas con techos de tejas rojas y paredes adornadas con buganvillas en flor. El sol de la tarde baña las calles con una luz dorada, creando un juego de luces y sombras que realza la belleza del lugar. A cada paso, descubrimos nuevos rincones llenos de encanto: un pequeño puente de piedra sobre un canal, una fuente de agua cristalina, un balcón con macetas rebosantes de flores.

El aire se impregna de un aroma dulce y embriagador, una mezcla de perfumes florales que nos envuelve como una caricia. Rosas rojas y blancas, geranios de colores vibrantes, jazmines con su aroma delicado... Portofino es un jardín en sí mismo, un paraíso para los sentidos.

Caminamos despacio tomados de la mano. La suya grande y cálida, envuelve la mía con

seguridad. Es una sensación tan natural y reconfortante... Nunca imaginé que volvería a sentirme así de cómoda con alguien, después de todo lo que he pasado. Sin embargo, con él, todo es diferente. Su presencia me transmite una paz que no había sentido en años. Puedo ser yo misma, sin máscaras y miedos. Y eso es algo que no tiene precio.

Mientras caminamos, nuestros dedos se entrelazan con más fuerza. Siento una conexión especial con Paul, una complicidad que va más allá de las palabras. Es como si nuestras almas se reconocieran, como si estuviéramos destinados a encontrarnos.

—Odio que los días pasen —comenta con un deje de tristeza en la voz.

—¿Por qué? —pregunto, distraída por la belleza del lugar.

—Porque tendremos que separarnos —responde—. No deseo dejarte ir... —Se detiene y me mira con intensidad—. Estoy pensando en algo que puede parecer una locura.

Me quedo mirándolo con una sonrisa, sintiendo una mezcla de sorpresa y emoción. Esto podría ser una locura para cualquiera que me conozca, porque no soy una persona impulsiva. Recuerdo la sorpresa de Connor cuando le dije que era novia de Paul. Lo tomó con calma, pero se aseguró de que estuviera bien y de que no estuviera tomando decisiones precipitadas.

—¿Qué locura? —pregunto con curiosidad.

Dibuja una sonrisa y es tan contagiosa que no puedo evitar imitarlo.

—Cásate conmigo, Felicity —me pide, con una seguridad que me desarma—. Sé que es muy pronto, pero hay personas que esperan toda la vida para encontrar lo que nosotros tenemos. No quiero irme y que vuelvas a Londres. Me enciendes y me haces arder de deseo. Y estoy seguro de que eres la mujer que he estado buscando.

—Apenas nos conocemos —le recuerdo, aunque en el fondo, mi corazón late con fuerza ante su propuesta.

—Eso no importa —indica con convicción—. Hay personas que duermen años en la misma cama y no se conocen. Estoy seguro de que te amo, Felicity. Esto que siento por ti es real. Si tengo que comprar una editorial para estar cerca de ti, lo haré. Te daría todo lo que deseas. Sería el hombre más feliz del mundo viéndote cumplir tus sueños. Pero no puedo esperar para compartir mi vida contigo. La vida es impredecible, y no quiero perder ni un segundo más lejos de ti.

Sus palabras me recuerdan la entrevista que hice a una supermodelo de talla grande hace un tiempo. Me dijo: *"Conocer a Andrea fue lo mejor que me ha pasado en la vida. No me importó casarme con él al mes de conocernos. Viví los mejores años de mi vida a su lado. Un amor como el nuestro merece ser recordado. Por eso, cada vez que me preguntan si fui feliz, lo digo con orgullo. Me casaría con él mil veces más, así tenga que volverlo a perder"*.

—Te propongo algo —planteo tomando una decisión.

—Te escucho —contesta, atento a mis palabras.

—Connor me ha ofrecido volver a Nueva York —explico—. Quiere que me haga cargo de Walton Ediciones junto a él. Mi tiempo en Londres ha terminado. Solo tengo que encontrar a alguien que ocupe mi puesto y volver.

Ensancha su sonrisa, y sus ojos brillan de felicidad.

—Pero te mudas conmigo —afirma con un tono juguetón.

Niego con la cabeza, sonriendo.

—Sé que la vida es efímera —digo—, pero por primera vez, quiero hacer las cosas a mi manera. Estoy enamorada de ti, Paul. Conocerte es lo mejor que me ha pasado en la vida. Solo que necesito demostrarme que puedo hacer las cosas por mí misma.

Asiente comprendiendo. Me atrae hacia él y me besa con pasión. No puedo evitar sentir que

estoy viviendo un sueño. Un amor de película en Portofino... quién lo iba a decir. El lugar que siempre soñé con visitar me ha regalado el amor verdadero.

Mi corazón estuvo en modo avión durante mucho tiempo. Se lo entregué a alguien que lo destrozó sin piedad. Creía que Christian me golpeaba porque me amaba. Estaba llena de dudas, de miedos. Pensaba que si lo dejaba, desataría su furia. Me había olvidado de lo que realmente significaba el amor. Me odiaba a mí misma, cuando en realidad, debía amarme y protegerme.

Rompe el beso, y yo sonrío, colocando mi mano sobre su corazón. Siento sus latidos bajo mi palma, fuertes y constantes.

—Este será nuestro lugar —habla con la voz llena de emoción—. Un lugar donde siempre podremos escapar y ser felices. No quiero esperar más para estar contigo, Felicity.

—Me ves rota, llena de miedos, y aun así me aceptas —comento conmovida—. Gracias, Paul.

—No estás rota, Felicity —asegura con ternura—. Has hecho lo que muchas personas no se atreven a hacer: rompiste un círculo vicioso, te diste la oportunidad de ser feliz. —Me besa en la frente, y un suspiro escapa de mis labios—. No puedo creer que te haya encontrado.

—Y te deseaba con todas mis fuerzas, al fin has llegado —confieso.

Me mira con una sonrisa que me llega al alma. Estoy segura de que él es el hombre de mi vida. Lo siento en lo más profundo de mi ser.

Caminamos por las calles tomados de la mano, deteniéndonos de vez en cuando para tomar fotos y disfrutar del paisaje. Subimos a un mirador, donde la vista panorámica de la ciudad y el mar nos deja sin aliento. Luego, vamos a un restaurante y compartimos una comida deliciosa, charlando y conociéndonos mejor.

Ahora entiendo por qué mi psicólogo insistía en que no me dejara vencer por el miedo. Es una emoción natural, pero puede paralizarnos e impedirnos vivir nuevas experiencias. Luchar contra el miedo es una batalla constante, no hay que rendirse. Al final del camino, nos espera la felicidad.





Capítulo 14

Paul

Hoy es nuestra última noche en Portofino. Un velo de melancolía se extiende sobre mí al pensarlo. Estos días junto a Felicity han sido un sueño hecho realidad. Hemos paseado por las calles empedradas, nos hemos bañado en las aguas cristalinas del Mediterráneo, compartido risas, confidencias y besos bajo la luz de la luna. Me he enamorado de ella con una intensidad que no creía posible, y la idea de separarnos, aunque sea por unos días, me llena de tristeza.

Mañana volaremos juntos a Roma, donde pasaremos dos noches antes de que ella regrese a Londres. He hablado con Taylor, mi hermana, pidiéndole que se encargue de la aerolínea mientras estoy fuera. Preocupada por mi repentina decisión de prolongar mis vacaciones, me pidió que le contara qué me sucedía. Y tuve que abrirle mi corazón, confesarle que me había enamorado de una mujer extraordinaria, una persona tan especial que ha movido mi mundo de una forma que jamás imaginé. Taylor se sorprendió al escucharme hablar con tanta pasión de Felicity, de la dulce pelirroja que me ha robado el corazón y que no puedo sacar de mis pensamientos.

Deseo que esta noche sea especial e inolvidable. Que se lleve un recuerdo imborrable de Portofino y que la acompañe en su viaje de vuelta a Londres. Sin embargo, no puedo evitar que mis pensamientos se dirijan hacia su confesión. La imagen de Christian Morgan violándola, maltratándola, me llena de rabia e impotencia. ¿Cómo pudo ese hombre hacerle tanto daño? ¿Cómo pudieron sus amigos, sabiendo lo que sucedía, no hacer nada para detenerlo?

Molesto con ellos y con el mundo, marco el número de Conrad. Necesito respuestas. Necesito saber por qué no hicieron nada para proteger a Felicity.

El teléfono suena tres veces antes de que conteste. Su voz suena tensa, preocupada. Y en ese momento, dejo salir toda la rabia que llevo dentro

—Hyatt..

—¿La violó y no hiciste nada? —pregunto y me recibe el silencio—. Me afirmaste que era tu hermana y no mataste al maldito de Morgan.

Lo último lo digo con rabia, porque no puedo creer que por cuidar su nombre no hubiesen

hecho nada.

—Connor y yo lo molimos a golpes —contesta finalmente—, estuvo dos meses en el hospital por la paliza que le dimos, pero…

—No hay peros que valgan, está en la calle y puede hacerle lo mismo a cualquier otra mujer que no se merece nada de eso.

—¿Crees qué no lo sé? —me recrimina.

—Connor casi lo mata, si no lo detengo. No te imaginas el peso de la culpa que hemos llevado desde ese momento, ni siquiera se atrevió a contarnos, lo supimos por los doctores, nos volvimos locos porque sucedía bajo nuestras narices. —Se calla y trago grueso—. Felicity se merece ser feliz, siempre pensé que mi hermano la amaba de esa manera, pero no lo hace y merece a alguien que sepa apreciar todo, las partes rotas y las completas.

—Yo lo hago —afirmo—, volveré con ella a Londres y estaré en cada paso que dé cuando decida volver a Nueva York, pero quiero que alejen a Morgan de mi mujer, si me entero que está cerca de ella, haré lo que ustedes no hicieron.

—¿Tu mujer? —inquiere con sorpresa.

—Felicity será mi esposa, no sé cuánto tiempo me tome, pero será la mujer de mi vida.

—Es impresionante verte enamorado, el capullo más grande de Nueva York —se burla.

—Ahora ocupas tú ese puesto —apostillo.

—Prefiero estar soltero y ser el capullo —afirma—, que estar enamorado.

—Te veré caer.

—Lo dudo —asevera y se aclara la garganta—. Creo que está demás asegurarte de que si le rompes el corazón a Felicity, te mataré y esta vez sí lo haré, no cometeré el mismo error dos veces.

—Espero nunca hacerla llorar.

—Te veré pronto —afirma—. Gracias por cuidar de ella.

—No, quien tiene que estar agradecido soy yo, porque ustedes estuvieron con ella cuando más la necesitó…

—Y estaremos siempre —asegura—. Tengo que dejarte, pero no te preocupes por Christian Morgan, no puede acercarse a Felicity, si lo hace voy arruinarlo de tantas maneras, que borraré su maldita familia del mapa.

Nos despedimos con la promesa de encontrarnos pronto en Nueva York, para compartir una copa y recordar viejos tiempos. Cuelgo el teléfono con una sonrisa. Ahora que tengo la aprobación de Conrad, me siento más seguro de mis sentimientos, más decidido a luchar por ella.

Me aseguro de que todo esté listo para esta noche. Pretendo que sea perfecta, mágica. Quiero sorprenderla, crear un recuerdo imborrable en su corazón. Nunca me he sentido así por nadie. Necesito hacerla sonreír, demostrarle lo especial que es para mí y, darle todo lo que se merece.

Si algo me ha enamorado de Felicity, es su fuerza interior. Puede que ella crea que está rota por dentro, pero ha demostrado una valentía y una resiliencia admirables. Ha superado situaciones que habrían destruido a cualquier otra persona, y ha salido victoriosa de todas ellas. Es una mujer fuerte, luchadora, que se ha forjado a sí misma a base de esfuerzo y determinación. Y yo la amo por eso, por su capacidad de sobreponerse a la adversidad, por su espíritu indomable.

Mientras finiquito los últimos los detalles de la sorpresa, recuerdo las palabras de Conrad: *"Felicity se merece ser feliz"*. Y tiene razón. Después de todo lo que ha sufrido, se merece toda la felicidad del mundo. Y estoy dispuesto a dársela. Anhelo ser su refugio, su apoyo y su compañero de vida. Quiero amarla, protegerla y hacerla reír. Solo necesito que olvide sus miedos

y que vuelva a confiar en el amor.

Estoy terminando de preparar la sorpresa cuando Felicity baja al salón. Está radiante, con un vestido de verano que resalta su figura y su cabello recogido en un moño informal. Al verla, siento que el corazón me da un vuelco. Es tan hermosa, está tan llena de vida... Me acerco a ella y la tomo de la mano, sintiendo una oleada de amor y ternura.

—Ven conmigo —le pido con una sonrisa—. Te tengo una sorpresa.

La guio hasta el jardín, donde he creado un espacio mágico solo para ella. Hay velas que iluminan la noche con su luz tenue y romántica, música suave que crea una atmósfera relajante, y un camino de pétalos de rosa que conduce una mesa dónde están dos copas de vino. Se queda sin aliento al verlo. Sus ojos brillan con emoción, y una sonrisa ilumina su rostro.

—Paul... esto es... precioso —expresa con la voz entrecortada.

—Solo lo mejor para la mujer de mis sueños —respondo, y la beso con ternura.

Nos sentamos a la mesa, y disfrutamos de una cena deliciosa bajo la luz de las estrellas. Compartimos risas, confidencias, sueños. Está relajada y feliz, mientras yo me siento el hombre más afortunado del mundo.

Bajo el cielo estrellado de Portofino, sé que he encontrado a la mujer de mi vida. Y haré todo lo posible para que nuestra historia de amor sea eterna.

∞∞∞

La noche ha sido perfecta. Cenamos en su jardín con vistas al mar, donde la luz de las velas y la música suave creaban una atmósfera íntima y romántica. Luego, fuimos a bailar a un local con un encanto especial, donde nos dejamos llevar por la música y la alegría del momento. Compartimos risas, besos, y miradas cómplices. Sus ojos brillaban con una intensidad que me hacía perder el aliento, y su sonrisa iluminaba mi mundo como un faro en la oscuridad. Definitivamente, estoy locamente enamorado de Felicity Jones.

Conduzco con una sonrisa en los labios hacia la próxima sorpresa. En la radio suena *A Little Respect* de Erasure, y la letra de la canción parece describir a la perfección lo que siento por Felicity.

I try to discover
A little something to make me sweeter
Oh, baby, refrain
From breaking my heart
I'm so in love with you
I'll be forever blue
That you give me no reason
Why you're making me work so hard?

—Te la dedico —comento y ella suelta una risita.

—No te estoy haciendo trabajar duro —responde con una sonrisa pícara—. Creo que eso ya está resuelto...

—Lo sé —concuerdo, apretando su mano—. Pero estoy enamorado de ti, nena. Y quiero estar contigo para siempre.

Me detengo frente a una cancela y tecleo la clave de acceso. Me mira con curiosidad.

—¿Dónde estamos? —pregunta.

Entramos por un camino flanqueado por una exuberante hilera de buganvillas en plena floración. Sus flores, una explosión de colores vibrantes —rojas, fucsias, anaranjadas—, parecen cobrar vida bajo la luz de los faros, creando un espectáculo de luces y sombras que nos transporta a un mundo mágico. El aroma dulce y penetrante de las flores inunda el aire, mezclándose con la brisa marina y el perfume a tierra húmeda.

A medida que avanzamos, el camino se abre ante nosotros, revelando una fuente de mármol blanco que adorna una rotonda. El agua brota con fuerza, creando un sonido relajante que nos invita a la calma. Y al final del camino, como un tesoro escondido entre la vegetación, aparece una hermosa villa de estilo italiano. Su fachada, bañada por la luz de la luna, resplandece con un encanto atemporal. Las ventanas arqueadas, los balcones de hierro forjado, las tejas de terracota... cada detalle habla de una elegancia clásica y refinada.

Aparco frente a la casa, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Nunca he sido un hombre impulsivo, especialmente en mis relaciones con las mujeres. Sin embargo, con ella, todo es diferente. La intensidad de mis sentimientos me desborda, me impulsa a actuar de una forma que nunca creí posible. Le he pedido que se case conmigo, y aunque sé que es una locura, no tengo ninguna duda de que quiero pasar el resto de mi vida a su lado.

Un temor se apodera de mí. El pasado de Felicity, marcado por el dolor y el abuso, es una sombra que amenaza con eclipsar nuestra felicidad. Me aterra que sus miedos y sus inseguridades, le impidan disfrutar plenamente del amor que le ofrezco. Se merece tanto... se merece un hombre que la ame incondicionalmente, que la proteja, que la haga olvidar todas las heridas del pasado. Y estoy dispuesto a ser ese hombre, a luchar contra sus demonios y a construir un futuro juntos donde la felicidad sea la protagonista. Abro la puerta del automóvil y le ofrezco mi mano. Baja, mirando a su alrededor con asombro.

—Paul, ¿dónde estamos? —repite.

—En nuestra casa —respondo, con una sonrisa llena de amor.

Se gira y me mira con los ojos muy abiertos. Sus labios forman una "o" perfecta, y no puedo evitar sonreír ante su reacción.

—Repite eso —pide con un hilo de voz.

—Te pedí que te casaras conmigo —digo, tomando sus manos entre las mías—, y me pediste tiempo. Yo no tengo miedo, Felicity. No tengo nada que perder, y sí mucho que ganar si aceptas compartir tu vida conmigo.

—¡Dios mío! —susurra Felicity, con los ojos llenos de lágrimas.

Coloco mi mano en su espalda y la animo a subir las escaleras. Quiero mostrarle la casa, el lugar donde podremos construir nuestro futuro juntos. Abro la puerta principal, y Felicity deja escapar un suspiro de admiración.

—Este es el salón —señalo la estancia—. Podrás decorarlo como quieras. Aquí nos reuniremos con nuestros hijos y sus familias cuando seamos mayores. Porque quiero envejecer a tu lado, Felicity.

Me mira con los ojos brillantes, y la insto a seguir.

—Este es el comedor —continúo—. Aquí cenaremos con nuestros amigos, celebraremos ocasiones especiales, crearemos recuerdos inolvidables.

La llevo a la cocina, una estancia amplia y luminosa.

—Aquí cocinaremos juntos para nuestra familia —expreso, imaginando nuestras vidas entrelazadas.

—Paul... —musita mi nombre con la voz entrecortada.

—Espera, que hay más —anuncio con una sonrisa.

La tomo de la mano y salimos al jardín. Miles de velas iluminan la noche, creando una atmósfera mágica. Hay arreglos florales por todas partes, y el aroma de las rosas inunda el aire.

—Aquí haremos fiestas al aire libre. —Señalo—. Veremos correr a nuestros hijos, a nuestros sobrinos y a nuestros nietos...

—¿De verdad estás tan enamorado como para imaginar un futuro juntos? —pregunta con los ojos llenos de emoción.

—Lo estoy —respondo con naturalidad—. Estos días han sido los más felices de mi vida. Sé que algún día lo conseguiremos todo, nena. Este es un sueño que podemos construir juntos. Sé que es muy pronto, que puede dar miedo. También tengo miedo, miedo de que todo esto sea un sueño, pero es real y quiero que lo sientas.

—Lo siento, Paul —se disculpa con un hilo de voz—. Pero...

—No tengas miedo —la interrumpo—. Vive el presente, nena. Déjame demostrarte que esto es real. Aparta el miedo a sufrir.

—Si pudiera explicarte lo que pasa por mi mente... —exterioriza con angustia.

—No tienes que explicarme nada —le aseguro—. Estoy aquí para comprenderte, para apoyarte.

—Cada vez que te veo, es como si me enamorara de nuevo —confiesa—. Sé que tenemos que conocernos mejor, aprender el uno del otro.

Tomo sus manos y sonrío.

—Sé que mañana vuelves a Londres, que no podemos volar a Roma —expreso—, que tienes que organizar muchas cosas. —Asiente, y veo el miedo en sus ojos, el miedo a que esta burbuja de felicidad se rompa—. Puedo ir contigo. Podemos tener citas, conocernos mejor, vivir este amor sin presiones.

—¿Harías eso por mí? —pregunta con incredulidad.

—Lo hago por los dos —respondo con sinceridad—. Me muero por estar contigo, y me niego a que esto termine hoy.

—Paul...

—¿Te gustaría ser la mujer de mi vida, Felicity? —pregunto, con la esperanza de que acepte.

Las lágrimas brotan de sus ojos, y sé que estoy derribando los muros que ha construido a su alrededor. Su corazón necesita amor, y yo estoy dispuesto a dárselo.

—Has despertado algo en mí —continúo, sintiendo la necesidad de expresarle todo lo que siento—. Estoy dispuesto a dejar atrás mi soledad y a darte todo lo que te mereces. No te voy a presionar, porque sé que has sufrido mucho. No temas más, nena. La vida te sonríe, y yo estaré a tu lado para que esa sonrisa nunca se apague.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas, y una sonrisa ilumina su rostro. En este momento, sé que he tomado la decisión correcta. Felicity es la mujer de mi vida, y juntos, construiremos un futuro lleno de amor y felicidad.

Me desnudo frente a ella, intentando parecer seguro, pero la verdad es que un temblor de inseguridad me recorre el cuerpo. ¿Y si Felicity es igual a las demás? ¿Y si solo le interesa mi dinero? He sufrido tantas decepciones amorosas que el miedo al rechazo me paraliza. Entonces, la escucho decir:

—Sí —contesta con un hilo de voz—, sí quiero.

Esas dos palabras son suficientes para hacerme sonreír. La beso con pasión, dejándole sentir todo lo que llevo dentro. Desde que Felicity se cruzó mi camino, mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Nunca fui un hombre que creyera en el destino, ni en las casualidades. Sin embargo, estos días en Portofino han sido los más felices de mi vida, y sé que es gracias a ella.

Ahora que ha aceptado mi propuesta, una oleada de emociones me invade. Es una mezcla de felicidad, gratitud, y un profundo sentimiento de responsabilidad. Ahora, más que nunca, siento la necesidad de protegerla, de cuidarla, de hacerla feliz. Mi abuelo solía decir que ningún hombre está completo hasta que encuentra a su otra mitad, a esa persona que lo complementa, que lo hace mejor. Y yo, sin duda, he encontrado a mi otra mitad en Felicity.

Respiro hondo, tratando de calmar los nervios y saborear cada instante de este momento mágico. Saco mi móvil del bolsillo y pongo música. *Golden Hour* de JVKE llena la habitación con su melodía romántica, creando una atmósfera cálida e íntima. Le ofrezco mi mano a Felicity, y ella la acepta con una sonrisa tímida. Bailamos abrazados, mecidos por la música y la emoción del momento. Siento su cuerpo suave y cálido junto al mío, y su aroma a rosas me embriaga. Ella apoya su cabeza en mi pecho, y en ese instante, siento que mi corazón va a estallar de felicidad. Levanta la mirada y me regala una sonrisa radiante y que ilumina la habitación como un rayo de sol, disipando todas mis dudas e inseguridades. La beso en la frente, agradecido por este instante mágico, por esta mujer increíble que ha llegado a mi vida para cambiarlo todo.

La detallo deleitándome de verla con su vestido verde esmeralda que resalta sus ojos y su cabello cobrizo, me quedo sin aliento. La tela se ciñe a su cuerpo, resaltando sus curvas delicadas y su figura esbelta. Soy un bastardo con suerte. Esta mujer, después de todo lo que ha sufrido, está confiando en mí, está entregándome su corazón. Y no la defraudaré. La amaré, la protegeré, la haré feliz. Ese es mi compromiso, mi promesa.

Terminamos de bailar, y la música se desvanece lentamente. Nos miramos a los ojos, y un silencio cómplice nos envuelve. Le ofrezco un recorrido por la villa, ansioso por mostrarle cada rincón de este lugar que he comprado pensando en ella y en nuestro futuro juntos. Recorremos las habitaciones, el jardín, la piscina... Cada espacio está impregnado de la ilusión de un futuro compartido, de una vida llena de amor y felicidad.

Salimos de nuevo al jardín, y la noche nos recibe con su manto estrellado. Me siento en una tumbona, y con un gesto juguetón, abro las piernas y le doy unas palmaditas en el espacio entre ellas, invitándola a sentarse a mi lado. Entiende el gesto y se sienta demostrándome que confía en mí, apoyando su espalda en mi pecho. La rodeo con mis brazos, atrayéndola hacia mí. Ella se acomoda entre mis brazos, y un suspiro de satisfacción escapa de sus labios. Es un sonido suave, casi imperceptible, pero que me llena de alegría. Siento su cuerpo relajarse contra el mío, y una profunda sensación de paz me invade. En este instante, en este rincón de nuestro paraíso, el mundo exterior deja de existir. Solo estamos nosotros dos, conectados por un amor que crece cada día más fuerte.

—¿En qué piensas? —averiguo.

—En lo increíble que es todo esto —contesta con la voz llena de emoción—. Nunca imaginé que volvería a enamorarme. Pero llegaste tú, Paul, y en menos de un mes me has robado el corazón.

—Tampoco me esperaba esto —confieso—. Soy un desastre. Pienso demasiado las cosas, y tengo miedo de que no sientas lo mismo que yo. Pero puedo asegurarte algo.

—¿Qué? —averigua con una sonrisa.

La beso con ternura, y ella me corresponde con pasión.

—Que esto que siento por ti es diferente a cualquier otro sentimiento que haya experimentado —declaro—. Estoy completamente enamorado de ti, Felicity. Me pongo nervioso cada vez que te veo. No me importa mostrarme vulnerable, con tal de que veas lo que siento por ti.

Se gira y me toma el rostro entre sus manos. Me mira con esos ojos azules que me hipnotizan, y sonríe. En ese momento, sé que ella también siente algo especial por mí. Y una ola de felicidad

me recorre el cuerpo.

—Bórralo —me pide y frunzo el ceño—, borra todo el dolor que me hizo sentir. —Se calla por miedo y parece que no le salen las palabras que desea expresar.

—Dime lo que deseas, nena…

Se sonroja.

—Hazme el amor, hazme sentir que puedo estar completa.

Su petición me deja sin palabras, se gira y hace el intento de levantarse, pero la hago caer entre mis brazos.

—¿Estás segura de lo que pides?

—Nunca he estado tan segura de algo, como de esto…

Y no espero a que siga hablando, no es el lugar para hacerle el amor así que me levanto y la alzo para llevarla a mi hotel.

—¿Qué haces? —inquiere.

—Me muero por convertirte en mi mujer, nena —le susurro al oído, con la voz ronca por la pasión—. Así que si me dejas esta noche, te enseñaré que cuando un hombre ama a una mujer de verdad, la venera, la cuida y jamás le haría daño.

Sonríe, y sus ojos brillan con una mezcla de deseo y timidez. La beso con ternura, un beso que sella nuestra promesa de amor y respeto. Caminamos hacia el automóvil, tomados de la mano, y se ríe con un sonido melodioso que me llega al alma. Este es el cierre perfecto para los días más hermosos que he pasado con una mujer. Felicity ha llenado mi vida de luz, de alegría y de esperanza.

Ya no puedo negarlo, *ella es perfecta.*

Abro la puerta del automóvil para ella, y sube con una sonrisa. Rodeo el vehículo y me siento a su lado, sintiendo una oleada de felicidad que me recorre el cuerpo. Arranco el motor, y mientras conducimos hacia el hotel, no puedo apartar la mirada de ella. Está radiante, con el pelo suelto y un vestido que resalta sus curvas. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, y la amo con locura.





Capítulo 15

Felicity

Bajamos en el hotel de Paul, y él toma mi mano con delicadeza, escoltándome hasta el ascensor. A esta hora de la noche, ya no hay ascensorista. El silencio y la intimidad del pequeño espacio nos envuelven. De repente, se abalanza sobre mí y me besa con una pasión que me deja sin aliento. Me toma por el cabello con fuerza, y un escalofrío de temor me recorre la espalda.

—Soy yo, nena —susurra contra mis labios, con la voz ronca—. No te vayas...

Me quedo paralizada por un instante, el recuerdo de la violencia de Christian regresa como un fantasma. Paul pega su frente a la mía, y tengo que abrir los ojos para asegurarme de que es él, de que estoy a salvo. Respiro hondo, tratando de calmar el pánico que amenaza con apoderarse de mí.

—Lo siento —murmuro, justo cuando las puertas del ascensor se abren.

Me ofrece su mano, y me quedo mirándola, dudando. Necesito dar este paso, necesito confiar en él. Me siento segura a su lado, y no puedo negar la intensa atracción que siento por él.

Tomo su mano dando un paso hacia adelante, hacia el futuro, hacia lo desconocido. Suelta el aire que no sabía que estaba conteniendo, y me mira con una mezcla de alivio y deseo. Es como si ambos estuviéramos a punto de perder la virginidad. Caminamos hasta su puerta, y él la abre para que pase. Entro en una hermosa suite, elegante y espaciosa. Cuando la cierra tras de mí, un temblor me recorre el cuerpo. No es solo excitación, es también el miedo que aún me persigue. Siento el calor del cuerpo de Paul detrás de mí, y me envuelve en un abrazo protector.

—No tengas miedo —me pide con dulzura, al notar mi nerviosismo—. Estás temblando.

Me suelta y me hace girar para que lo mire a la cara, pero yo evito su mirada, fijando mis ojos en su camisa negra. Me toma el rostro entre sus manos, obligándome a mirarlo.

—No haremos nada si no quieres —asegura con suavidad—. No voy a hacerte daño, nena.

Niego con la cabeza, y esta vez soy yo quien le acaricia el rostro. Quiero que vea en mis ojos que estoy segura, que confío en él.

—Estaba perdida —confieso con un hilo de voz—. Tengo un millón de cicatrices, y he guardado mi corazón en un cajón, tratando de olvidar.

—¿Confías en mí? —pregunta con la mirada llena de ternura.

Asiento, con los ojos llenos de lágrimas.

—Mírame, Felicity —me ordena—. Aunque tengas que besarme con los ojos abiertos, hazlo. Quiero que me mires mientras te hago el amor.

—Lo haré —contesto, con una mezcla de miedo y determinación.

Me besa en la frente, y me repito mentalmente: *«No es él. No te hará daño. Confía en él. No tengas miedo»*. Sus manos se deslizan por mi rostro, y luego toma las mías, guiándome hacia la habitación. Me besa el cuello, sube hasta mis labios, y me quedo sin aliento cuando siento su lengua recorrer mi oído.

—Eres preciosa, Felicity —susurra—. Quiero cubrir tu cuerpo de besos... —Da un paso atrás y coloca su mano en la cremallera de mi vestido—. ¿Me dejas?

Asiento, aceptando su invitación silenciosa.

—Necesito que hables, nena —requiere con seriedad—. Necesito que me digas si quieres que pare o que siga.

—Lo haré —respondo, con la voz temblorosa.

Me besa con pasión, me entrego a sus caricias, dejando que el miedo se disipe poco a poco. Sus manos recorren mi cuerpo con delicadeza, explorando cada curva, cada rincón. Me siento segura en sus brazos, protegida, amada. Y por primera vez en mucho tiempo, me permito disfrutar del placer, de la intimidad, del amor.

—Hazlo, muero por sentir tus caricias —musito.

Deja un beso en la parte de atrás de mi oreja, se me eriza la piel mientras coloca mi cabello a un lado y sus manos lentamente bajan mi cremallera. Siento el calor de sus manos cuando al terminar acarician mi espalda.

—Muero por dibujar las galaxias que escondes las pecas de tu espalda. —Tomo la determinación de sacarme el vestido de los brazos y lo dejo caer—. ¡Joder, eres preciosa!

Me giro y puedo ver el deseo fulgir en sus ojos, que se han oscurecido. Me sonrojo cuando me abraza con su mirada.

—¿Te puedo tocar? —pregunto.

Sonríe y asiente con su cabeza, pero es la necesidad en su voz la que me hace dejarme llevar.

—Puedes tocarme, besarme, hacer lo que quieras conmigo, llevas las riendas de esto, nena… —contesta, desabotonando su camisa.

Doy un paso hacia él, deteniéndolo con suavidad. Mis dedos se deslizan por su pecho, los deslizo hasta sentir la tela, me quedo sin aliento desabotonando su camisa con lentitud mientras descubro su piel y nuestras miradas se encuentran en un juego de seducción. Baja la cabeza, y mis labios buscan los suyos con avidez. Un gemido escapa de su garganta, y me dejo llevar por la pasión del momento, guiada por la necesidad de explorar cada centímetro de su cuerpo.

Al terminar de desabrochar su camisa, la deslizo por sus hombros, revelando un torso esculpido a la perfección. Mis ojos recorren sus abdominales marcados, sus músculos definidos, fruto de horas de dedicación y esfuerzo. Paul tiene esa "V" perfecta que hace que su pantalón de sastre caiga de forma impecable sobre sus caderas. No puedo evitar que mi mirada se detenga en la evidente dureza que se marca a través de la tela, una promesa de placer que me hace estremecer.

Se aclara la garganta, y levanto la mirada, sonrojada. Me observa con una sonrisa divertida, captando mi atención. Sus ojos brillan con picardía, y un rubor tiñe mis mejillas. Me siento expuesta, vulnerable, pero al mismo tiempo, deseada. Y esa sensación es embriagadora.

—Necesito besarte, nena.

—Hazlo… —le pido.

Me toma por el cabello, y un escalofrío me recorre el cuerpo al sentir su tacto. Cierro los ojos, abandonándome al torbellino de sensaciones que me provoca. Me besa con una pasión que me consume, sus manos recorren mi cuerpo con una mezcla de ternura y deseo. Me insta a moverme, y caminamos abrazados hasta que chocamos contra la cama. Me dejo caer sobre el colchón, y cuando siento el peso de su cuerpo sobre el mío, un atisbo de miedo me invade. Paul parece sentir mi tensión, porque sus labios abandonan los míos para recorrer mi piel con besos suaves y delicados.

—Abre los ojos, nena —demanda con voz ronca—. Mírame. No dejes de mirarme mientras me llevas al paraíso.

Baja por mi cuerpo con una sensualidad que aumenta la temperatura del ambiente. Con delicadeza, me despoja de mi sujetador, dejando al descubierto mis senos. Toma uno de ellos entre sus manos con habilidad y devoción, mientras su boca desciende hasta mi pezón. Cuando sus labios lo aprisionan, un gemido de puro placer escapa de mis labios, un sonido que refleja el éxtasis que me invade. No puedo despegar mi mirada de sus ojos, cuyas profundidades verdes brillan con deseo ardiente.

Su lengua comienza a explorar y estimular cada terminación nerviosa, convirtiéndose en fuego que recorre mi piel en oleadas. Al mismo tiempo, su otra mano se dedica a mi otro seno, provocando que mi sexo se humedezca aún más, cada roce es un susurro de intensidad. Cuando parece complacido, me muerde suavemente, succionando y lamiendo, dejándome sin aliento. Nunca imaginé que mis pechos pudieran convertirse en un manantial de placer; su atención despierta en mí un deseo que me sorprende y me consume.

Gimo de placer, cada sonido es un eco de la satisfacción que me brinda. Eventualmente, se aleja un poco de mi pecho, pero sus manos nunca abandonan mi piel, recorriendo mi abdomen mientras baja lentamente, lamiendo cada centímetro. Arqueo mi espalda, sobrepasada por el torrente de sensaciones que lo acompañan, cada caricia es un canto a la intimidad compartida.

Sus ojos nunca se apartan de los míos, cada mirada oscurecida habla de deseo y conexión profunda. Deja un beso suave en mi ombligo y se queda ahí, como si ese momento durara una eternidad, depositando promesas de lo que está por venir.

—Eres preciosa, tu piel se sonroja y tus ojos brillan de una manera especial, igual que dos piedras preciosas.

—Paul… —Me deja sin palabras.

—Necesito probarte…

Sus manos bajan hasta mi tanga y lo detengo, tomándolas para detenerlo, porque me da vergüenza.

—Me… —tartamudeo—, da… vergüenza.

—Eso no existe entre los dos, confía en mí… —Asiento y me las quita, las lleva a su nariz e inhala mi olor, es algo tan erótico, nunca pensé que un hombre haría algo así—. Cada noche que estemos juntos, será sobre ti, sobre tu placer, porque al dártelo no sabes el que me das.

—¿Seguro? —inquiero insegura.

—Eres preciosa, nena y te deseo como nunca he deseado a nadie —murmura con voz ronca y baja su cabeza entre mis piernas—, ahora muero por tocar el cielo cuando te corras mientras te saboreo.

La intensidad del momento se despliega ante mí, cada segundo se siente como una eternidad de deleite. Su lengua se abre paso con suavidad entre los labios exteriores de mi vagina, provocando un jadeo lleno de asombro y deseo. Nunca antes había sentido una ola de placer tan

abrumadora; es como si cada caricia lo acercara más a encender una chispa en mi interior.

Lame, muerde y succiona mi clítoris con una habilidad que me deja sin aliento. Un gemido escapa de mis labios, un sonido que brota de lo más profundo de mi ser mientras un cosquilleo recorre cada fibra de mi cuerpo. Cada vez que repite el movimiento, mis caderas se arquean instintivamente, buscando más de esa sensación electrizante.

Mis manos encuentran las sábanas, aferrándome a ellas con fuerza, mientras la voracidad de sus labios se aferra a mi botón de placer, llevándome a un estado de éxtasis. Es un baile exquisito de intensidad y ternura, y no puedo evitar perderme en cada instante. Sus ojos, de un verde más oscuro, brillan con un fuego que revela su deseo de darme placer, y en ese momento, su alegría se convierte en una extensión de mi propio placer.

El mundo exterior se desvanece mientras me sumerjo en el abismo de sensaciones que él me ofrece, cada una más intensa que la anterior. La conexión entre nosotros se fortalece, y en ese espacio sagrado, solo existimos él y yo, atrapados en una sinfonía de placer que parece no tener fin.

—Mírame —exige—, no dejes de mirarme.

Hago acopio de todas mis fuerzas para mantener mis párpados abiertos, mientras su lengua explora cada rincón de mi ser con una habilidad que me deja sin aliento. Sus manos, cálidas y firmes, amasan mis pechos, llenándome de un placer indescriptible. De repente, una de ellas se aleja, y siento cómo dos de sus dedos se posan en la entrada de mi sexo, deslizándose lentamente en mi interior. Mis paredes se contraen en respuesta, y lo miro fijamente para concentrarme en él, y en esa conexión intensa que compartimos.

—¡Cristo! —grito, la sorpresa y el deleite fusionándose en un solo sonido.

Él sonríe, y entonces comienza a bombear sus dedos dentro y fuera de mí con una destreza que nunca había experimentado. Cada movimiento provoca una montaña rusa de sensaciones; sus dedos me penetran mientras su lengua no solo acaricia mi clítoris, sino que también explora cada área delicada a su alrededor. Poco a poco, un calor se irradia desde esa zona sensible hasta mi pecho, un cosquilleo que recorre cada fibra de mi cuerpo, haciéndome apretar las sábanas con fuerza.

—No dejes de mirarme, Felicity —ordena, su voz está cargada de deseo.

No me había dado cuenta de que había cerrado los ojos, así que los abro al instante, volviendo a centrarme en su mirada ardiente. En ese momento de conexión eléctrica, me corro convulsivamente en la cama, el clímax arrasando con mis sentidos mientras él permanece ahí, bebiendo mis jugos como si fueran el néctar más dulce.

Finalmente, cuando el temblor se calma y me quedo quieta, sus dedos se retiran despacio, y se incorpora, llevando sus dedos hacia mis labios. Abro la boca y me pruebo en ellos, saboreando el eco de nuestro encuentro.

—Sabes delicioso, creo que voy a volverme adicto a ti —asegura con una mezcla de risa y deseo en su voz.

Saca sus dedos y lo veo desabrocharse el pantalón. Se levanta de la cama para quitárselo, y me quedo sin aliento al contemplarlo, completamente desnudo. Su cuerpo es como una escultura del renacimiento, perfecto y fascinante. Sube de nuevo a la cama, cubriéndome con su calor. Sus labios buscan los míos, y me besa con anhelo. Su erección descansa en mi vientre, y cuando rompe el contacto, busca un preservativo. Lo abre con sus labios, y por todos los santos, nunca imaginé que algo tan sencillo pudiera ser tan excitante. Lo observo colocárselo y me sorprendo al verlo acostarse a mi lado, con una mirada profunda.

—Soy tuyo, nena. Hazme tuyo —me pide con voz ronca, y en sus palabras y en su mirada

siento la entrega de las riendas, una invitación a dejarme llevar.

—No sé hacerlo —confieso, vulnerable.

—Hazlo. Verás que puedes... —me anima, mientras sus manos acarician suavemente mi rostro, intensificando la presión en mi pecho.

—Paul… —susurro, sintiendo la emoción burbujear en mí.

—Hazlo, nena. Tómame. ¿Qué estás esperando? —me incita, con un brío que electriza el aire.

Con determinación, me subo a ahorcajadas sobre él. Siento su calor y el latido de su corazón al acercar mis manos a sus hombros. Comienzo a moverme lentamente, llevando su erección a la entrada de mi coño. Me detengo a mitad de camino, sintiendo cómo su tamaño me estira, y nuestras respiraciones se entrelazan en un vaivén de deseo.

—Nena, necesito estar dentro completamente —murmura, su voz es un susurro cargado de urgencia.

—Déjame acostumbrarme —ruego—. Es… mucha intensidad.

—Baja despacio —pide entre dientes—. Hazlo, nena…

Obedezco, y el aire se vuelve espeso entre nosotros. Me roba el aliento con un beso que me deja sin palabras, y cuando rompe el contacto, su frente se apoya contra la mía, fusionando nuestras respiraciones en una sola.

—Eres mía —afirma, con una sinceridad que me atraviesa—. Esto es más de lo que he sentido —confiesa—, te lo juro, es más.

—Tuya… —susurro, sintiendo que esta conexión es casi mágica.

—Hazme tuyo —me pide, su voz es un canto gutural que me incita a seguir.

Empiezo a moverte, subiendo y bajando lentamente en un ritmo que parece coreado por el placer que compartimos. Gemimos al unísono, y él acaricia mis nalgas, sus labios capturan mi pezón, llevándome a un estado de éxtasis lleno de sensaciones, donde cada movimiento se siente como una melodía perfecta.

—Dios, qué rico, nena —jadea, y su voz es un combustible para mi deseo.

—Paul —gimo, y su nombre se convierte en un mantra entre nosotros.

—Sí, nena…

Nuestros cuerpos se entrelazan, no puedo apartar la vista de su rostro, mientras el placer crece a niveles insospechados. Sus manos siguen recorriendo mi piel, cada que me hace estremecer. Siento un cosquilleo que me avisa de mi inminente clímax.

—Me corro —le aviso, mientras el calor me abrumaba.

—Cuando te diga, nena…

Sus movimientos se vuelven más intensos y mis gemidos se mezclan con su respiración.

—¡Ahora! —ordena, y el mundo se desdibuja en un instante, el orgasmo me deja convulsionando de placer, mientras él también pierde el control. Nos abrazamos, exhaustos, y el silencio que sigue es un bálsamo para nuestras almas.

—Eres perfecta —murmura, atrayéndome a su pecho.

—No lo soy —respondo, todavía mareada por la experiencia.

Toma mi rostro entre sus manos, sus dedos rozando mi piel con una delicadeza que me hace estremecer. Me besa con dulzura, un beso que transmite amor, protección, comprensión. Y en este instante, no puedo evitar que las lágrimas broten de mis ojos. Nunca me había sentido tan amada, tan deseada y tan respetada.

Rompemos el beso, y apoyo mi cabeza en su pecho, buscando el consuelo de sus brazos. Escucho los latidos de su corazón, fuertes y rítmicos, como una melodía que me arrulla. Su mano acaricia mi cabello con suavidad, y una profunda sensación de paz me invade. Paul me ha

enseñado que la vida da muchas vueltas, que incluso cuando nos sentimos rotos e incompletos, siempre hay una posibilidad de encontrar a alguien que nos ayude a sanar, que haga florecer nuestro corazón.

Percibo sus labios depositar un beso tierno en mi cabello, mientras mis párpados se vuelven pesados. El cansancio, mezclado con la felicidad y la tranquilidad que me brinda su presencia, me arrastra hacia el sueño.

—Descansa, nena —susurra, y su voz es como un bálsamo para mi alma.

—Buenas noches —murmuro, aferrándome a su cuerpo como si fuera un salvavidas.

—Buenas noches, preciosa —responde, y su voz se llena de ternura.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño. Por primera vez en tres años, siento una calma profunda en mi alma. Estoy donde debo estar, con la persona que me hace sentir segura, amada, completa. Christian, con su violencia y su control, nunca me hizo sentir así. Hoy, finalmente, he pasado la página. He dejado atrás el dolor, el miedo, la oscuridad. Y he comenzado un nuevo capítulo en mi vida, uno donde la felicidad, el amor y la confianza son los protagonistas.





Capítulo 16

Paul

La observo dormir plácidamente, con una sonrisa de satisfacción dibujada en mi rostro. Felicity está boca abajo, con sus brazos rodeando la almohada, su cabello cobrizo esparcido sobre la sábana blanca. Es la imagen de una belleza serena y conmovedora. Sé que anoche fue un gran paso para ella, que la intimidad que compartimos fue el inicio de una historia de amor que quiero contarles a nuestros nietos algún día.

He pasado gran parte de mi vida buscando a alguien que me hiciera sentir lo que sentí anoche. Y ahora que la he encontrado, no puedo imaginar mi vida sin ella. Esta pelirroja de curvas peligrosas y pecas encantadoras se ha convertido en mi obsesión y en mi razón de ser. Ocupa todos mis pensamientos, cada instante de mi día.

Siempre pensé que no encontraría a la mujer que me robara el corazón, pero estaba equivocado. Ella lo ha hecho, y con creces. Es perfecta para mí, en todos los sentidos.

De pronto, se mueve en la cama y un sollozo escapa de sus labios. Me incorporo, preocupado.

—No, no, te juro que no he hecho nada... no me pegues —murmura entre sueños, con la voz llena de angustia.

—Felicity —la llamo con suavidad, intentando despertarla.

—No, no, Christian, no te he dado razones... no me pegues —lloriquea, y mi corazón se encoge al escucharla nombrar a ese maldito.

Coloco mi mano en su hombro, y ella se sobresalta, manoteando en el aire. Se incorpora de golpe, con los ojos desorbitados y el rostro bañado en sudor.

—¡No me toques! —grita con la voz llena de terror.

Me quedo paralizado, observándola con impotencia. Maldito Christian Morgan, lo haré pagar por todo el daño que le ha hecho. Si pudiera matarlo... los maltratadores deberían ser castigados con la pena máxima.

—Felicity —repito su nombre, con la voz cargada de preocupación—. Estás conmigo. Estás a salvo.

Ella se gira lentamente, con la mirada perdida. Cuando sus ojos se posan en mí, rompe a llorar

desconsoladamente. Mi instinto me dice que la abrace, que la proteja, pero me contengo. No quiero asustarla más. Me acerco a ella con cuidado y le susurro palabras de consuelo, asegurándole que está a salvo, que nadie podrá hacerle daño mientras yo esté a su lado.

—Sentía los golpes... sentía los golpes —solloza, y sus palabras me desgarran el alma.

—Estás conmigo, nena —le digo con ternura—. Y nada te va a pasar mientras estés a mi lado. Te lo prometo.

Se separa un poco y me mira. Sus preciosos ojos azules están llenos de lágrimas, y en su rostro se dibuja una expresión de duda y temor.

—Tengo miedo de que esto pase cada vez que estemos juntos —confiesa, bajando la mirada.

Levanto su barbilla con delicadeza, obligándola a mirarme.

—Mírame, Felicity —le pido con firmeza, y ella obedece—. No me importa si esto vuelve a suceder. Te voy a amar de todas formas, porque no estoy buscando a la mujer perfecta. Estoy buscando a la mujer perfecta para mí, y esa eres tú. Quédate conmigo, nena. No permitas que el pasado determine tu futuro.

La miro a los ojos, transmitiéndole todo mi amor, mi apoyo, mi compromiso. Quiero que sepa que estoy aquí para ella, que la voy a ayudar a superar sus miedos, que juntos podemos construir un futuro feliz. Y en este momento, sé que lo lograremos, porque nuestro amor es más fuerte que cualquier fantasma del pasado.

Se aferra a mis brazos y dejo un beso en su cabello, nos quedamos así por un rato hasta que su respiración se calma y su cuerpo deja de temblar, tomo su rostro entre mis manos y la beso, aunque sé que nunca olvidará lo que vivió, intentaré que no sea el fantasma que no le permita ser feliz. Aspiro que pruebe el sabor de lo bonito y del amor verdadero, me pongo duro de solo de tocarla, quiero sentirla, pero este no es el momento. Rompe el contacto y pasa su pierna para subirse sobre mí, se me corta el aliento cuando siento la humedad de su coño.

—Necesito sentirte —musita.

—Hazme tuyo, nena —le pido.

Se mueve sobre mi polla mientras sus labios atrapan los míos, busca mis manos para colocarlas en sus pechos, gimo porque sentirla así me vuelve loco, esto es mucho más, se mueve mojando toda mi erección.

—Joder puedo sentir tu humedad —susurro contra sus labios.

No dice nada, pero cuando siento una de sus manos la toma para llevarlo a la entrada de su paraíso me paralizo. Rompo el contacto y tomo el control.

—Mírame, preciosa, mírame…

Sonríe mientras baja lentamente hasta que estoy completamente dentro de ella. Jadeamos y veo cómo se sonroja, es perfecta de tantas maneras, ella es como una fiebre que va quemándome, creo que nunca tendré suficiente de Felicity. Coloco mis manos en sus caderas para comenzar a moverme, gime y su cuerpo reacciona ante mi toque. Me monta como una amazonas, no puedo dejar de tocarla y de sentir su piel suave, sus pechos caben en mis manos como si fueron hechos para mí, en este instante me siento como el hombre más afortunado del mundo.

—Voy a correrme… —le aviso.

No tiene que decirme que está cerca, las paredes de su coño comienzan apretarse alrededor de mi polla, exigiendo que deposite toda mi semilla dentro de ella.

—Nena, no me puse condón —le recuerdo—, estoy por correrme.

Apresura sus movimientos, tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no correrme dentro, ella llega al orgasmo gritando mi nombre la levanto y la acuesto en la cama, me masturbo sobre su vientre y me corro en su piel.

—¡Joder, nena! —grito liberándome.

Me quedo mirándola, embelesado, grabando cada detalle en mi memoria. Es la imagen más hermosa que he visto en mi vida. Su cabello rojo, como una cascada de fuego, desperdigado sobre la almohada blanca. Su rostro sonrojado por la pasión, sus labios ligeramente hinchados por mis besos. Su piel, tan suave y tersa, lleva las marcas de nuestro amor, de nuestra entrega. Es mía, completamente mía, y esa certeza me llena de una felicidad indescriptible.

Me inclino sobre ella y la beso con ternura, con la necesidad de expresarle todo lo que siento. Nunca he sido un hombre posesivo. Sin embargo, con ella es diferente. La amo con una intensidad que me asombra, la necesito como el aire que respiro. Es todo lo que siempre he deseado, todo lo que necesito para ser feliz. Y no pienso dejarla escapar.

Caigo a su lado, exhausto pero feliz, y la rodeo con mis brazos. La abrazo con fuerza, aspirando su aroma, sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío. En este instante, el mundo exterior deja de existir. Solo estamos nosotros dos, unidos por un amor que desafía cualquier obstáculo, miedo o duda. Y sé, con una certeza absoluta, que este es solo el comienzo de una historia maravillosa.

—¿Preparada para volver a casa? —pregunto, acariciando su cabello con ternura.

Suspira, y un deje de tristeza tiñe su voz.

—Quisiera quedarme para siempre aquí contigo —confiesa, y sus palabras me llegan al alma.

—Haré de estos meses en Londres los más felices de tu vida —prometo, con la convicción de que puedo cumplirlo.

Tengo tantos planes para hacerla feliz... Quiero llevarla a ver una obra de teatro en el West End, pasear con ella por los jardines de Kensington Palace, subir al London Eye para contemplar el atardecer sobre la ciudad, perdernos en el laberinto de Camden Town, disfrutar de un picnic a orillas del Támesis... Quiero que Felicity se enamore de Londres tanto como yo me he enamorado de ella. Quiero crear recuerdos imborrables, momentos de felicidad que atesoraremos para siempre.

Deposita un beso suave en mi pecho, y siento una oleada de amor que me recorre el cuerpo. Sé que estamos en el lugar correcto, en el momento indicado. Nuestro amor es un refugio, un oasis en medio del caos del mundo. Y juntos, enfrentaremos cualquier desafío que la vida nos ponga por delante.

∞∞∞

Con mis contactos, conseguí cancelar su boleto aéreo comercial y organicé todo para llevarla de vuelta a Londres en mi *jet* privado. Normalmente, disfruto tomando los mandos de mi propio avión, especialmente en los viajes transatlánticos. Me encanta la sensación de libertad absoluta, de control sobre la máquina, de surcar los cielos por encima de las nubes, sintiendo que el mundo está a mis pies. Es una experiencia que me conecta con mi pasión por volar, con esa sensación de poderío y aventura que siempre me ha atraído.

Sin embargo, hoy es diferente, ya que prefiero ceder el control a mi experimentado piloto y disfrutar del viaje junto a Felicity, sin distracciones. Quiero dedicarle toda mi atención, sumergirme en sus ojos, escuchar sus historias, reír con ella, amarla. Ella es mi prioridad, mi único objetivo en este momento.

Bajamos del automóvil en el área de vuelos privados, y ella se queda mirando el *jet* con una mezcla de asombro y curiosidad. Sus ojos azules brillan con intensidad, y una sonrisa ilumina su rostro. Es como una niña pequeña que descubre un mundo nuevo, lleno de posibilidades y

aventuras. Me encanta verla así, tan llena de vida, tan receptiva a las nuevas experiencias. Y me siento afortunado de poder compartir este momento con ella, de ser su guía en este viaje de regreso a casa.

—Supongo que es tuyo —comenta con una sonrisa—. ¿Vas a pilotarlo?

—Hoy no —respondo, guiñándole un ojo—, pero te prometo que te llevaré a volar muy pronto.

Sonríe, y subimos al avión. Andrew, el tripulante de cabina, nos recibe con una sonrisa. Felicity lo observa con curiosidad, y luego se sienta en uno de los asientos de cuero. Tomo asiento frente a ella, y la veo suspirar mientras mira por la ventana.

—Nunca olvidaré este viaje —comenta con nostalgia.

—Siempre podemos volver —le aseguro, tomándole la mano—. Cuando quieras.

Vuelve a sonreírme, y creo que quiero guardar cada una de esas sonrisas en mi mente para siempre. Charles, el copiloto, nos pide que nos abrochemos los cinturones de seguridad. Obedecemos, y yo me quedo mirándola, con el corazón lleno de amor. En mi cabeza, empieza a sonar una melodía. Siempre me ha gustado la música. De niño, tocaba el piano y escuchaba ópera con mi familia. Y a lo largo de los años, me he convertido en un melómano.

—¿Te gusta volar? —averiguo, curioso por conocerla mejor.

—Odio los despegues y los aterrizajes —confiesa—. Pero hay algo en la sensación de estar entre las nubes que me emociona. Es como si pudiera tocar el cielo, como si todos mis problemas se quedaran en tierra.

—Eres como un hada, Felicity —la halago, sintiendo que me enamoro de ella un poco más cada día—. Me hechizas con cada palabra que dices. —Se sonroja, y yo sonrío—. Cuando te vi en el aeropuerto, quise invitarte a salir. Encontrarnos de nuevo en la playa fue la mejor casualidad de mi vida.

—Pero salí corriendo —replica con una sonrisa tímida.

—Y luego me diste la oportunidad de verte una vez más —respondo—. Estábamos destinados a conocernos. —Sonríe, y yo aprovecho para preguntarle—: ¿De qué trataba ese libro que estabas leyendo en la playa?

Palidece, y su sonrisa se desvanece.

—De maltrato —confiesa con voz baja—. Colleen Hoover es una de mis autoras favoritas. Esa historia trata sobre el maltrato familiar, y cómo a veces caemos en círculos viciosos sin darnos cuenta.

—Lo siento, nena —digo, sintiendo una punzada de dolor en el pecho.

—Cuando fui mayor, pude buscar a mis padres —continúa—, mas no quise. No sé si mi madre sobrevivió... la verdad es que me fue mejor de lo que muchos pensaban.

—Eres un ejemplo a seguir —la halago con admiración.

—Me avergonzaba de mi pasado —confiesa—. Cuando le conté todo a Christian, me pidió que lo ocultara. Se aseguró de borrar mis registros, para mantener su fachada de hombre perfecto.

—¿Por qué no lo denunciaste? —pregunto, sin poder contener mi indignación.

—Porque tengo miedo —acepta respondiendo—. Su familia es poderosa. Podrían destruirme. Y aunque tengo la protección de los Walton, un escándalo así mancharía su reputación.

Niego con la cabeza, frustrado. No quiero juzgarla, pero me cuesta entender por qué no denunció a ese maldito. Lo más seguro es que siga haciendo daño a otras mujeres.

—¿Tienes miedo de volver a Nueva York? —averiguo con preocupación.

En ese momento, Charles anuncia que podemos desabrocharnos los cinturones. Andrew se

acerca con una copa de champán para Felicity y un *whisky* para mí. Esperamos a que se retire, y ella toma un sorbo de su copa, como para darse valor.

—No puedo vivir con miedo —señala—. No soy tonta. Sé que si Christian se mantiene alejado es por algo. Quiero volver a casa y a mi vida.

—No estarás sola, Felicity —le aseguro, tomándola en mis brazos—. Me tendrás a mí. —La atraigo hacia mí y la siento sobre mis piernas—. Te voy a amar cada día como si fuera a perderte, porque ese es mi mayor miedo.

—No quiero irme de tu lado, Paul —confiesa abrazándome con fuerza.

—Y yo no quiero dejarte ir —respondo, besándola en el pelo—. Portofino será nuestro lugar, el lugar donde siempre volveremos.

Saco mi móvil y busco la canción que ha estado resonando en mi cabeza desde anoche.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Mucho —respondo—. No puedo dejar de pensar en ella. —Respiro hondo y canto—: *When a man loves a woman, can't keep his mind on nothin' else. He'd trade the world for a good thing he's found.*

Suspira, y ese suave sonido me llega al alma. Sus ojos están llenos de una mezcla de emoción y vulnerabilidad, que me atrapan por completo. El tiempo parece detenerse. El bullicio de los motores y la música de fondo... todo se desvanece, dejando solo a Felicity y a mí, conectados por una mirada que lo dice todo.

No tengo prisa. Quiero saborear cada instante de este viaje, de este descubrimiento mutuo. Sé que nuestra historia de amor puede parecer precipitada para algunos, un torbellino de emociones que nos ha arrastrado sin remedio. Solo que para mí, es perfecta. Cada mirada, cada sonrisa, cada caricia, ha sido un paso natural en un camino que nos ha llevado hasta aquí. Y en este momento, contemplando la belleza de mi pelirroja, con la certeza de que ella es la mujer que he estado esperando toda mi vida, decido confesarle mis sentimientos.

Las palabras se aglomeran en mi mente, buscando la forma de expresar la intensidad de lo que siento. Deseo confesarle que me ha cautivado por completo, que su sonrisa ilumina mis días, que su risa es la melodía más hermosa que he escuchado jamás. Anhelo contarle que me ha devuelto la fe en el amor, que a su lado me siento vivo, completo, feliz.

Sin embargo, las palabras parecen insuficientes para describir la magnitud de mis emociones. Así que decido dejar que mi corazón hable por mí, con la esperanza de que ella pueda entender el lenguaje silencioso del amor.

—Felicity —la llamo con voz ronca, cargada de emoción—. Te amo. Sé que es muy pronto, que no soy perfecto... pero te amo. Y deseo que estés en mi vida para siempre.

Las palabras salen de mis labios con una fuerza que me sorprende. Nunca antes me había atrevido a expresar mis sentimientos con tanta intensidad y sinceridad. Sin embargo, con Felicity, todo es diferente. Ella ha despertado en mí un torbellino de emociones que no puedo controlar, un amor que me consume y me llena de vida.

Nos quedamos abrazados en silencio, disfrutando de la intimidad del momento, de la calidez de nuestros cuerpos entrelazados. Se relaja en mis brazos, y poco a poco, su respiración se vuelve lenta y profunda. Se ha quedado dormida.

Me quedo contemplándola, maravillado por su belleza serena y natural. Hoy no lleva maquillaje, y puedo apreciar cada detalle de su rostro: sus pecas, que le dan un aire juvenil y travieso, sus largas pestañas que proyectan sombras delicadas sobre sus mejillas, sus labios carnosos que aún conservan la huella de mis besos. Lleva unos vaqueros y una camiseta blanca, y parece una adolescente. Es tan hermosa, tan auténtica...

Intento recordar qué hacía yo a su edad. Ya volaba, sí. Estaba construyendo mi imperio, luchando por alcanzar mis sueños. Sin embargo, en el fondo, me sentía solo. Nadie me hacía sentir como ella lo hace ahora. Nadie me había hecho sentir tan vivo, tan completo y tan feliz.

¿Cómo es posible que todo haya cambiado tanto en tan poco tiempo? Es como si Felicity hubiera llegado a mi vida para revolucionarlo todo. Lo que antes me aburría, ahora me apasiona. Las responsabilidades, las presiones y los problemas... todo parece insignificante cuando estoy con ella. Es como si todos los caminos me hubieran llevado hasta *ella*, como si el destino la hubiera puesto en mi camino para dar sentido a mi existencia.

Pude haber ido a cualquier parte del mundo, pero elegí Portofino, buscando un poco de paz, un escape de la rutina. Y encontré algo mucho más valioso: el amor verdadero.

Suspira en sueños y se acurruca más cerca de mí. Le beso la frente con ternura, sintiendo una oleada de emociones que me embarga.

—Estaré a tu lado en tus momentos más oscuros, Felicity —le susurro, con la voz llena de emoción—. Me quedaré contigo, y te ayudaré a olvidar el pasado.

Cierro los ojos, sintiendo la calidez de su cuerpo junto al mío. Es una sensación maravillosa, reconfortante.

Felicity es mi presente, mi futuro y mi eternidad.

∞∞∞

El taxi estaciona frente a un edificio en Chelsea, la ayudo a bajar y me invita a pasar a su piso, no quiero abrumarla. Subo sus maletas y abre la puerta para dejarme pasar, afuera llueve a cántaros, algo normal en el Londres frío y gris.

—Joder, a veces odio vivir aquí —comenta y me río—. ¿Quieres un té?

—Sí —acepto.

El *loft* de Felicity es un oasis de tranquilidad en medio del bullicio londinense. Al entrar, me recibe una sensación de calidez y armonía. La luz natural inunda el espacio a través de un amplio ventanal que enmarca un pequeño jardín interior. Helechos, palmeras, y una variedad de suculentas crean un ambiente exuberante y relajante.

Frente al ventanal, un sofá modular de color crema invita al descanso. Su textura suave y mullida promete largas tardes de lectura o charlas interminables. Una manta de lana tejida a mano reposa sobre el respaldo, aportando un toque acogedor al conjunto. Cojines de diferentes tamaños y estampados añaden un toque de color y personalidad.

A un lado del sofá, una mesa auxiliar de madera oscura sostiene una pila de libros y una lámpara de diseño con una pantalla de tela que tamiza la luz con suavidad. Es un rincón perfecto para perderse en la lectura y para dejar volar la imaginación.

En el centro de la estancia, una mesa de centro de cristal y acero llama la atención por su elegancia minimalista. Sobre ella, un jarrón de cristal transparente —casi invisible— sostiene un ramo de rosas blancas, cuyos pétalos parecen de terciopelo. Velas aromáticas completan la decoración, prometiendo noches llenas de romanticismo.

Alrededor de la sala, estantes de madera maciza exhiben una colección de plantas de interior, cada una con su propia personalidad y encanto. Hiedras que trepan por las paredes, orquídeas con flores exóticas, cactus con formas geométricas... Junto a las plantas, se asoman algunos portarretratos con fotos de Felicity y sus seres queridos, capturando momentos de felicidad y complicidad.

Una elegante escalera de caracol de hierro forjado —pintada de blanco— conduce a la planta

superior, donde imagino que se encuentra su dormitorio. El comedor, con una mesa redonda de madera clara y cuatro sillas tapizadas en terciopelo gris, tiene un aire moderno y sofisticado.

Sin embargo, lo que más me sorprende es la cocina. Es un espacio que combina a la perfección la funcionalidad con la estética. Los electrodomésticos, de acero inoxidable y diseño retro, son de una edición limitada *vintage* que denota el gusto exquisito de Felicity. La imagino preparando deliciosas cenas en esta cocina, con música romántica de fondo y una copa de vino en la mano. Es una imagen que me llena de calidez y me hace desear compartir más momentos con ella en este espacio tan especial.

—Este lugar es precioso —comento mientras la observo trabajar en la cocina.

Se gira y se queda mirándome, mientras coloca una tetera bajo el grifo de agua.

—Es de Connor, pero lo decoré como si fuera mío. —Alza sus hombros—. He pensado en comprarlo ahora que tengo el dinero suficiente.

—¿Un rincón más para escapar? —pregunto con curiosidad, recordando su necesidad de independencia y libertad, esa necesidad de tener un espacio propio que la alejara de las sombras del pasado.





Capítulo 17

Felicity

Al pisar Londres, una oleada de familiaridad me envolvió, pero también un incómodo sentimiento de irrealidad. Sé que son mis inseguridades las que atacan mi mente, ese síndrome del impostor que me susurra al oído que no merezco la vida que tengo, que todo es prestado, que en cualquier momento la burbuja de felicidad se romperá. Me siento así cada vez que entro en este loft, que no es mío, cada vez que estoy en la soledad de mi oficina, pensando que he llegado hasta aquí gracias a los contactos de Connor.

Sí, es cierto que mi mejor amigo me ha ayudado mucho. Sin embargo, también sé que he trabajado duro, que he demostrado mi valía, que soy capaz de enfrentar cualquier desafío. Soy buena en mi trabajo, y me he ganado mi puesto a pulso. Solo que la voz de la duda sigue ahí, susurrándome mentiras, intentando minar mi confianza.

Paul observa todo con atención mientras busco la tetera. Amy, la chica que me ayuda con la limpieza y el orden del piso, ha llenado la nevera y los estantes con todo lo necesario para mi regreso a la rutina. Me habría dado un infarto si hubiera encontrado mi monstera muerta o mis suculentas secas. Decorar este lugar, aunque no sea mío, me llevó casi un año. Helen, la madre de Connor, adora este espacio, y aunque he insistido en pagar un alquiler, ellos se niegan a aceptarlo.

—Este lugar es precioso —comenta con una sonrisa que me tranquiliza.

Me giro y lo miro, devolviéndole la sonrisa. Coloco la tetera bajo el grifo y respondo:

—Es de Connor, pero lo decoré como si fuera mío. —Me encojo de hombros—. He pensado en comprarlo ahora que tengo el dinero suficiente.

Quiero algo que sea mío de verdad, un espacio propio donde pueda refugiarme cuando la vida en Nueva York se vuelva demasiado intensa. Además, quiero proponerle a Connor que me permita viajar con frecuencia para seguir al tanto de la revista después de mi regreso. Necesito mantener mi independencia, mi libertad.

—¿Un rincón más para escapar? —pregunta con una mirada que parece leer mis pensamientos.

Me quedo con la boca abierta, sorprendida por su perspicacia. Es como si él me conociera mejor que yo misma.

—Estaba pensando precisamente en eso —confieso—. Un lugar donde escapar cuando Nueva York me sobrepase. Además, no tengo nada de valor que sea realmente mío. —Hago una pausa, y las palabras salen de mi boca con dificultad—. A veces siento que estoy viviendo una vida prestada.

—Es tu vida, nena —indica con ternura—. Te has esforzado mucho para llegar hasta aquí. Deberías comprar este piso.

Coloco la tetera en el fuego y me acerco a él. Acaricio su mejilla con delicadeza, agradecida por su apoyo y comprensión. Este hombre está cambiando mi vida, me está enseñando a creer en mí misma y a amar sin miedo. Sonríe y toma mi mano, depositando un beso suave en la palma.

—¿Quieres ver el resto? —averiguo, deseando compartir mi espacio con él.

—Claro —responde con una sonrisa.

Tomo su mano y lo guio por el *loft*. Cuando decidí decorarlo, busqué inspiración en Pinterest. Quería un espacio acogedor y nada ostentoso. Los estantes son de Ikea, el comedor lo encontré en una tienda de segunda mano, y el sofá es un modelo modular que compré en una tienda departamental. Me llevó casi un año completar la decoración, pero lo hice con mi propio sueldo. Cada vez que encontraba un objeto especial, me acordaba de Carrie Bradshaw en la película de *Sexo en la ciudad,* que decía que decorar un apartamento era un trabajo que requería tiempo y dedicación.

Él observa los estantes y se detiene frente a la única foto que tengo con mis padres. Me la dieron en mi primer hogar de acogida. Es una foto antigua, descolorida, pero la guardo con cariño. No deja de mirarla en silencio, y yo respiro hondo, preparándome para compartir un pedazo de mi pasado.

—Tenía doce años cuando los servicios sociales me separaron de mis padres —le cuento—. Esa es una foto de ellos. No éramos una familia feliz, pero siempre me recuerdo que si esas dos personas no hubieran intentado formar un hogar, yo no estaría aquí.

—Eres increíble, Felicity —expresa con admiración.

—No soy perfecta —contesto con sinceridad—. Tengo inseguridades, sufro del síndrome del impostor, llevo mucho equipaje a cuestas. He luchado por lo que quiero con uñas y dientes, pero he aprendido que no me quedaré en un lugar donde no sea feliz.

Asiente y doy un paso hacia él. En ese instante, la tetera empieza a silbar, así que regreso a la cocina. Me estoy enamorando de él, pero mi pasado me persigue, llenándome de dudas. Tengo miedo de repetir los mismos errores y de regresar a una relación tóxica. Sé que no voy a quedarme en un lugar donde me sienta insegura, infravalorada o maltratada. El temor de volver a caer en patrones dañinos me mantiene alerta. Es un instinto de protección que he desarrollado, pero sé que puede convertirse en un obstáculo si no lo manejo bien. No quiero que el miedo me impida abrirme a nuevas experiencias y personas.

Sin embargo, me prometo a mí misma que esta vez será diferente. Estoy decidida a construir una relación basada en el respeto, la confianza y la comunicación. No permitiré que el miedo dicte mi futuro. Aprenderé a escuchar mi intuición, a poner límites claros y a cuidar de mi bienestar emocional.

El camino puede ser incierto, pero estoy dispuesta a caminarlo con esperanza y determinación. Porque sé que merezco un amor genuino y que, al final, todo aprendizaje me ayudará a crecer y a encontrar la felicidad auténtica que busco.

—Estos meses en Londres nos servirán para conocernos mejor —comenta, como si leyera mis

pensamientos—. Entiendo tus miedos e inseguridades. Estás dando un paso importante, y me siento halagado de que me hayas elegido a mí. No te voy a defraudar, Felicity.

—Lo sé —respondo, mirándolo a los ojos—. Solo que no quiero seguir avergonzándome de dónde vengo, de quién soy. Mis padres no eran perfectos, pero me dieron la vida, y estoy aquí gracias a ellos.

—¿No piensas en la posibilidad de buscarlos? —pregunta con curiosidad.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Me gustaría saber si mi madre está viva, si está bien.

—Lo entiendo —dice con comprensión—. Te gustaría saber si tuvo la misma suerte que tú.

Le ofrezco la taza de té, y caminamos hacia el sofá. Me descalzo y me siento con las piernas cruzadas. Se sienta a mi lado, me rodea con su brazo, y yo me acomodo en su pecho. Cierro los ojos y suspiro. Esto parece un sueño.

Nos quedamos en silencio, bebiendo té y escuchando la lluvia golpear contra el ventanal. Siempre me han incomodado los silencios, solo que esta vez es diferente. Me siento tranquila, segura, en paz. Mañana volveré a la rutina, al trabajo, a las responsabilidades. Sin embargo, hoy, en este momento, solo existe Paul y el calor de su abrazo. Todo ha cambiado, y me siento feliz.

∞∞∞

Me quedé dormida en algún momento, mecida por la suave cadencia de la respiración de Paul. Al despertar, me encuentro en mi cama, enredada entre sus brazos. No era mi intención que se quedara a dormir. No obstante, la sensación de su cuerpo junto al mío, el calor que emanaba de él, me produjo una calma que no había experimentado en años. Es como si su presencia ahuyentara los fantasmas del pasado, como si me protegiera de las pesadillas que aún me acechan en la oscuridad.

Con su paciencia infinita y su amor incondicional, me está enseñando a confiar de nuevo, a creer en la posibilidad de un futuro feliz. Y aunque todavía me resisto a entregarme por completo, no puedo negar que su presencia en mi vida es un bálsamo para mi alma.

Me despierto con la sensación de haber dormido profundamente, como si hubiera descansado de verdad por primera vez en mucho tiempo. Paul ya no está en la cama, pero una nota sobre la mesita de noche me saca una sonrisa.

"Buenos días, preciosa. Te espero abajo para desayunar.

Con amor, Paul".

Me levanto con una energía renovada, lista para afrontar el día. Después de un desayuno delicioso preparado por él, me acompañó hasta la revista y luego se fue a su hotel. No le ofrecí quedarse. No estoy preparada para dar ese paso todavía. Todo está sucediendo tan rápido... Necesito tiempo para asimilarlo todo, para asegurarme de que mis sentimientos son reales, de que no estoy dejándome llevar por la emoción del momento.

En la oficina, me sumerjo en el trabajo. Estoy revisando las fotos del artículo central de la próxima edición. He entrevistado a una de las fundaciones que dirige la princesa Eugenia, y ella

misma autorizó que publicáramos su foto. Si algo tienen los ingleses es esa extraña relación de amor-odio con la monarquía. Es una relación tóxica, llena de contradicciones. Lo cierto es que cualquier reportaje sobre la realeza dispara las ventas de la revista.

Mi móvil suena, interrumpiendo mi proceso creativo. Normalmente, edito y diagramo el reportaje central yo misma. Tengo InDesign abierto, colocando la foto de ella en la página. Sonrío al ver que es Connor. Debe de estar despertando en Nueva York. Me pregunto si ya sabrá que Paul se ha quedado en Londres.

—¿Cómo vas en tu primer día? —pregunta a modo de saludo.

—Bien. Estoy diseñando el artículo central —respondo—. Cambié muchas cosas mientras estuve en Portofino, y por fin tengo la versión definitiva.

—Entiendo —comenta—. Espero que estés pensando en alguien que pueda quedarse con tu puesto y que no lleve la revista a la quiebra.

—Connor...

—Estoy impaciente porque vuelvas —confiesa.

—Tienes que darme unos meses —le pido—. No puedo dejar todo lo que he logrado en tres años.

—Lo sé —contesta—. Iré a visitarte con mi madre en un mes.

—¿Vendrás? —pregunto.

—Si vas a volver a casa, no vale la pena seguir estando lejos —responde con convicción.

Respiro hondo. Estos tres años he vivido prácticamente escondida, con miedo a que Christian me encontrara.

—Me alegra saber que todos estamos avanzando —digo con sinceridad.

—Cuéntame de Hyatt —me pide Connor, con un tono pícaro en la voz.

Suspiro, intentando ordenar mis pensamientos. Contarle a Connor sobre Paul es como confesarle que creo haber encontrado a mi alma gemela, a esa persona con la que quiero compartir mi vida, mis sueños y mis miedos. Es una idea que me llena de emoción, pero también de temor.

Decido omitir esa parte por ahora. No quiero abrumarlo con mis emociones, ni presionarlo para que me dé su aprobación. Simplemente, le pongo al día sobre mi relación con Paul. Omito algunos detalles, claro. No quiero contarle todo sobre mi vida amorosa a mi mejor amigo, por muy protector que sea. Necesito mantener cierta privacidad, cierto espacio para mí misma.

Al terminar de contarle, me doy cuenta de que he compartido con Connor más de lo que suelo compartir con nadie. Y es que, a pesar de mis dudas y mis miedos, confío en él. es mi mejor amigo, mi confidente, mi hermano. Y sé que siempre estará ahí para mí, pase lo que pase.

—¿Paul se va a quedar en Londres mientras arreglas todo para volver? —averigua.

—Sí —respondo—. Me dijo que puede manejar todo desde aquí. Quiere que lo conozca mejor, que me dé cuenta de que he tomado la mejor decisión al aceptarlo.

Connor carraspea.

—Es un mujeriego, Felicity —comenta con cautela—. No haré malos comentarios, porque soy igual a él. Solo que no quiero que salgas lastimada de nuevo.

—Lo sé, Connor —acepto—. Hice mi propia búsqueda en Google.

—Conrad le comentó a mi madre que estás saliendo con Paul, y está emocionada —comenta—. Seguro que te llamará para interrogarte sobre él.

Pongo los ojos en blanco. Ya me imagino a Helen Walton interrogándome sobre mi nueva relación.

—Me estoy enamorando de Paul —confieso—. No sé... es diferente a lo que sentí por

Christian. —Cierro los ojos, recordando mi relación con mi exprometido—. Con él nunca me sentí cómoda. Siempre había algo que me hacía retraerme. Pensaba que era yo la que saboteaba la relación, ahora me doy cuenta de que en el fondo, sabía que no era el hombre para mí.

—Fel, por primera vez en tu vida, vive el presente —pide con cariño—. Y no dejes que nada de lo que pensemos los demás influya en tus decisiones. Mi madre se culpa por apoyar tu relación con Christian. Hasta yo...

—Nadie tiene la culpa —le interrumpo—. Christian nunca dio señales de ser un lobo con piel de cordero.

—Intenta vivir sin miedo —insiste—. Hazlo por ti. Y cuídate de las cámaras. Les encanta fotografiar a Paul. Es como el soltero de oro.

—Me cuidaré —prometo—. No quiero que me tomen fotos. He vivido con un perfil bajo durante tres años.

—Vale —acepta—. Cuéntame del artículo que estás preparando.

Le hablo sobre la próxima edición de la revista, y le informo que Paul ha aceptado la entrevista, siempre y cuando la haga yo. Connor no se sorprende. Me habla de sus días, de sus aventuras, y me río al recordarle que algún día encontrará a alguien que lo haga sentar la cabeza. Nos despedimos con la promesa de vernos pronto, y al colgar, le envío un mensaje a Helen, asegurándole que estaré encantada de verla en Londres.

Sigo diseñando el artículo hasta que Lara, mi asistente, entra en mi despacho. Se sienta frente a mí, con un *muffin* y un batido de proteínas.

—¿Quién cuidaba de ti en Portofino? —pregunta con una sonrisa—. Llevas todo el día trabajando en ese artículo. Te recuerdo que tenemos una junta en una hora, y no has comido nada.

Me río.

—Connor dejó a alguien para que me ayudara —respondo.

—Tu mejor amigo, el buenorro y odioso —se burla con un guiño—. ¿Seguro que no es *gay*?

Suelto una carcajada.

—Lo conocerás pronto —le informo y ella sonríe—. Necesito que revises mi agenda y me digas qué días tengo libres. Sé que organicé todo para cubrir las vacaciones, pero necesito tiempo para mí.

Lara pone los ojos en blanco.

—Eres una adicta al trabajo, Felicity —comenta—. No sé cómo, estando en Portofino, tuviste tiempo para pensar en la revista.

—Se llama responsabilidad —respondo con una sonrisa.

Lara teclea en su iPad, y me llega un mensaje en mi iMac.

—Te acabo de enviar tu agenda actualizada —avisa—. Come algo, Felicity. Te traeré una ensalada en un rato. Ah, y quería decirte que un tal Paul me pidió que le enviara tu agenda. ¿Quién es?

Me sonrojo, y Lara abre los ojos como platos. Es mi única amiga aquí, y la persona ideal para ocupar mi puesto cuando me vaya.

—Ya se la enviaré, no te preocupes —contesto, evitando su mirada.

—¿Por él necesitabas la agenda? —pregunta Lara con curiosidad.

—No seas cotilla —respondo, riendo—. Ven aquí, a ver esto...

Lara pone los ojos en blanco. Sabe que no estoy lista para contarle nada sobre Paul. Ella conoce parte de mi historia, mas no todos los detalles. Mientras como el *muffin* y bebo el batido, mueve el ratón, sugiriéndome ideas para el artículo. Busca el libro donde hacemos el borrador de

la revista, y cambiamos algunas cosas entre las dos. Incluso desecho uno de los artículos e incluyo una nueva sección sobre viajes.

Redacto un artículo sobre Portofino, subiendo varias fotos que tomé durante mi estancia allí. Añado esta nueva propuesta a mi agenda. Las personas que leen nuestra revista también viajan, y muchos de nuestros empleados visitan lugares de ensueño. Podrían ayudarnos a redactar artículos, recomendando lugares y compartiendo sus experiencias. Sería una oportunidad para que todos pudieran ver su nombre en la revista como colaboradores.

Paso la tarde discutiendo el próximo número con Lara. Nos enfocamos en varias ideas y trabajamos en ellas con entusiasmo. Al salir de la oficina, la lluvia sigue cayendo con fuerza. Subo al taxi, imaginándome en mi sofá, leyendo un buen libro y comiendo chocolate. Por un instante, me imagino junto a Paul, abrazada a él, escuchando música y hablando de nuestras vidas. Y una sonrisa se dibuja en mi rostro.





Capítulo 18

Paul

Estar en Londres, lejos de la calidez del Mediterráneo y de los brazos de Felicity, me ha sumido en una vorágine de trabajo y añoranza. Si bien he logrado ponerme al día con varios negocios pendientes, mi mente se resiste a concentrarse en otra cosa que no sea ella. Nunca antes me había obsesionado tanto con la felicidad de otra persona. Pensar en mi pelirroja, en su sonrisa, en sus ojos verdes llenos de luz, se ha convertido en mi motor, mi razón de ser.

Hoy he quedado con mi hermana en el Hotel Ritz. Ha venido a Londres por negocios, y se quedará hasta que le presente a la mujer que me ha robado el corazón. Estoy seguro de que se llevarán bien. Ambas son mujeres fuertes, independientes, con una chispa especial que las hace únicas. Taylor, a pesar de ser la menor, tiene un carácter determinado y una ambición que admiro. Está decidida a hacerse un nombre por sí misma en el mundo empresarial, a demostrar que las mujeres pueden llegar tan lejos como los hombres.

Al entrar en el elegante bar del Ritz, me encuentro con una escena inesperada. Conrad Walton, el hermano mayor de Connor, está discutiendo acaloradamente con Taylor. Ella lo mira con el ceño fruncido, y sus ojos azules brillan con indignación.

—No te atrevas a meterte conmigo, Walton, porque voy a destrozarte —amenaza Taylor con voz gélida.

—Lo estoy esperando —responde Conrad con una sonrisa burlona.

Me aclaro la garganta, y ambos se giran. Mi hermana se recompone rápidamente y salta a mis brazos, con una sonrisa radiante.

—¡Hermanito! —exclama, abrazándome y besándome en la mejilla—. ¡Cuánto tiempo sin verte! Tengo que venir a Londres a cerrar un trato, y mira, fue la única forma que encontré para encontrarnos.

Su reproche no pasa desapercibido.

—Estuve ocupado —confieso, pensando en Felicity.

—Tienes que presentarme a esa pelirroja. Es preciosa —me exige, con un brillo de curiosidad en sus ojos.

—Conrad —lo saludo, y él responde con un gesto de cabeza.

—Paul, ¿ella está bien? —pregunta Conrad, y sé que se refiere a Felicity.

—Está bien —respondo con una sonrisa.

Conrad se levanta y saca un fajo de billetes, dejando algunos sobre la barra. Se acerca a nosotros, y Taylor lo fulmina con la mirada. No tenía ni idea de que se conocían, y mucho menos que se llevaran tan mal.

—Estaré unos días en Londres —informa Conrad—. Me gustaría verlos a los dos. —Nos mira con seriedad, pero se dirige a mi hermana—: Espero que no tengamos que vernos de nuevo, adiós.

Se va, y Taylor resopla a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunto intrigado.

—Nada. Que es un idiota integral —contesta con desdén.

—¿Es por negocios? —inquiero.

—Sí —contesta—. Conrad Walton cree que por mi edad y mi sexo puede pasarme por encima en ellos. Y le voy a demostrar que está equivocado. Las mujeres somos capaces de muchas cosas.

Sonrío y la llevo a una de las mesas. Mi hermana lleva un elegante pantalón negro y una camisa de seda blanca. Acaricio su cabello corto, y ella sonríe. Está preciosa.

—A veces te miro y veo a la niña pequeña que me mostró mamá aquella noche de tormenta —comento con nostalgia.

Taylor pone los ojos en blanco. Siempre ha odiado que la trate como a una niña.

—No soy una niña, Paul —reprocha—. Si mi propio hermano me ve como a una niña, ¿qué puedo esperar de los demás?

—Lo siento, enana —me disculpo—. A veces se me hace difícil ver que has crecido.

Taylor sonríe, y me doy cuenta de que se parece mucho a Felicity cuando lo hace. Esos dos hoyuelos que las dos tienen, las hacen ver más jóvenes.

—Te perdono —expresa—, pero cambiemos de tema. Cuéntame de Felicity Jones —exige—. No puedo creer que mi hermano esté enamorado. Pensé que nunca lo vería.

—Lo estoy —afirmo con una sonrisa—. Se cumplió tu deseo.

—Me alegra que seas feliz, Paul —me felicita con sinceridad—. La vida no es solo trabajo y dinero. —Hace una pausa—. Pero no me cambies de tema. Cuéntame de Felicity. Ya quiero conocerla.

Le hablo a mi hermana de las últimas semanas con Felicity, de lo mucho que disfruto a su lado. Esperé mucho tiempo para hallar a alguien como ella, y la encontré cuando ya me había rendido.

—Me hace bien, Taylor —confieso—. Todo es tan diferente cuando estoy con ella. Y solo quiero hacerla feliz. Ver su sonrisa cada mañana es lo que me da fuerzas para seguir adelante.

—Estás enamorado —comenta con emoción—. Se te nota en la mirada.

—Es diferente a todo lo que he sentido antes —expongo, pensando en Felicity—. Es inteligente, bondadosa, divertida... —Niego con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para describirla—. Es todo lo que buscaba, y pensé que nunca la encontraría. La mayoría de las mujeres de nuestro círculo solo piensan en el dinero y el estatus. Sin embargo, Felicity... ella me ve a mí, a la persona que soy, no a la fortuna que tengo. Nunca disfruté tanto de un acuario como con ella a mi lado. Estos días a su lado han sido mágicos.

—Siempre te dije que encontrarías a la persona ideal para ti —comenta con una sonrisa.

—Lo sé —respondo—. Pero... —Me callo. No tengo permiso para contarle los problemas de

Felicity. Taylor parece leer mis pensamientos y me toma la mano.

—Sé que fue novia de Christian Morgan —dice con suavidad—. No tienes que contarme nada. Si lo que se dice de él es cierto, ese hombre debería estar en la cárcel.

—¿Qué sabes de él? —pregunto, intrigado.

Taylor suspira y me mira con seriedad.

—Solo sé cosas, Paul —responde—. Me imagino que no puedes contarme, y yo tampoco puedo contarte lo que sé. Si sus caminos se cruzaron, fue por algo. —Me aprieta la mano—. No te atormentes por hacerla feliz. Normalmente, haces feliz a todo el mundo. Sé tú mismo, Paul. Y espero conocer a Felicity pronto.

—Lo harás —le aseguro.

—Estaré quince días en Londres —informa—. Tengo que cerrar un trato y también necesito que firmes unos documentos.

—¿En qué momento creciste tanto? —bromeo.

—Mientras tú fundabas una aerolínea, comprabas empresas y te hacías asquerosamente rico —contesta con una sonrisa—. Las personas crecen, Paul. Se vuelven adultas, responsables e independientes.

—Listilla —digo, revolviéndole el pelo.

Mi hermana se ríe y me habla de la empresa, de la familia, de los planes de mis padres de comprar una casa de campo para criar ganado. Mi padre siempre ha sido un hombre de campo, y ahora que se ha jubilado, quiere volver a sus raíces. Le pido a Taylor que se quede en mi casa, mas se niega, diciendo que en el hotel tiene todo lo que necesita. Nos despedimos con la promesa de vernos pronto, y me emociona la idea de que conozca a Felicity.

Al salir del bar, me encuentro con Conrad, que me propone comer juntos esta semana. Acepto, y salgo del hotel con la idea de sorprender a la mujer que ocupa todos mis pensamientos. Y de repente, se me ocurre una idea, que podría cambiar nuestras vidas para siempre.

*****

Lara sonríe al verme, y me devuelve el saludo con un gesto de complicidad. Después de pedirle la agenda de Felicity varias veces esta semana, y de coincidir en algunos eventos sociales, creo que ha empezado a cogerme cariño. Me alegro. ella es una chica encantadora, eficiente y discreta.

Estoy seguro de que es la persona ideal para ocupar el puesto de Felicity cuando ella regrese a Nueva York.

—Felicity está en la imprenta —me informa Lara—, supervisando la impresión del nuevo número. Siempre lo hace. Es muy meticulosa con los detalles.

—Gracias, ¿me indicas dónde está? —pregunto, ansioso por verla.

Pone los ojos en blanco con un gesto divertido, mientras recoge su iPad. Es la mano derecha de Felicity, y la persona de su máxima confianza.

—Te acompaño —indica, caminando hacia mí—. No sé si ha comido algo, pero al dejarte iré a buscar comida para los dos. Podrán comer en la sala de revisión.

—Eres la mejor asistente del mundo, Lara —la adulo con una sonrisa.

Bajamos a la calle y caminamos unas pocas cuadras, esquivando los charcos que ha dejado la lluvia. Llegamos a un edificio antiguo, con la fachada de ladrillo oscurecida por el tiempo. Lara lo señala, y al entrar, me recibe el olor inconfundible de la tinta y el papel, mezclado con el ruido rítmico de las máquinas impresoras. Mientras caminamos, me quedo fascinado observando el proceso de creación de los periódicos.

Veo a Felicity al fondo de la nave, con el cabello recogido en una cola alta que deja al

descubierto su elegante cuello. Lleva unos vaqueros negros que se ajustan a sus curvas, una camisa blanca arremangada hasta los codos, y unas zapatillas deportivas blancas. Se mueve con energía y seguridad, dando órdenes con voz firme mientras sostiene un pliego impreso en la mano. Es una imagen que me cautiva, que me muestra su faceta profesional, su capacidad de liderazgo y su pasión por el trabajo.

Mi pelirroja se gira y, al verme, su rostro se ilumina con una sonrisa radiante. Le dice algo al trabajador que tiene a su lado, y se apresura a saludarme. La atrapo por la cintura cuando llega hasta mí, incapaz de resistirme a su cercanía.

—¡Paul! —exclama con una risa que me contagia.

La beso con pasión, con la necesidad de acortar la distancia que nos ha separado estos días. Gime en respuesta, y yo me pierdo en la dulzura de sus labios, en la suavidad de su piel. Quiero que sienta la alegría de reencontrarnos, después de dos días hablando por mensajes y llamadas.

Se separa de mí, riendo y negando con la cabeza. Coloca su mano en mi pecho, y percibo como una descarga eléctrica me recorre el cuerpo. Quiero que ese contacto dure para siempre, que nunca se aparte de mi lado.

—Hola, nena —susurro—. Te extrañé.

Se sonroja, y un rubor tiñe sus mejillas, haciéndola aún más hermosa. Quiero ser el causante de todos sus sonrojos, quiero ser el único hombre que la haga sentir así, deseada, amada, especial.

—También te extrañé —confiesa—. Tenía ganas de escribirte, pero...

Alguien carraspea, y Lara sonríe con picardía. Felicity y yo la miramos, y ella aprovecha para darnos instrucciones.

—Voy a buscar algo de comer para ustedes —informa—. Lo enviaré con Charles. Tienes una reunión a las tres, Felicity. Tendrás que salir de aquí antes para poder cambiarte en la oficina.

—Gracias, Lara —agradece Felicity.

Lara se despide, y Felicity toma mi mano, llevándome a una pequeña oficina improvisada en un rincón de la imprenta. Hay pliegos impresos por todas partes, apilados sobre mesas y estantes. Sin embargo, uno de ellos llama mi atención, y leo el título con curiosidad.

—Escribiste sobre Portofino —comento, sorprendido y conmovido.

—Es nuestro lugar —responde con una sonrisa que me derrite el corazón.

Esas tres palabras, *"es nuestro lugar"*, hacen que me gire hacia ella con una emoción incontenible.

—Nuestro —repito, con la voz llena de ternura—. Siempre tendremos ese pequeño paraíso.

Se muerde el labio con nerviosismo, y me acerco para besarla con suavidad. Suspira, y veo en sus ojos una sombra de duda, de inseguridad.

—¿Qué pasa? —indago con preocupación, acariciando su mejilla con el dorso de mi mano.

—Nada —responde, evasiva.

—Nena... —insisto, tomándole el mentón y obligándola a mirarme a los ojos—. Dime qué te preocupa.

Respira hondo y cierra los ojos, negando con la cabeza. A veces, también siento que todo esto es un sueño, demasiado perfecto para ser real. Me aterra la idea de despertar y descubrir que no está a mi lado.

—Tengo miedo, Paul —confiesa con un hilo de voz—. Todo es perfecto. Vienes a verme, te interesas por mi trabajo... me da miedo que un día me despierte y todo haya sido un sueño.

—Lo sé, nena —digo con sinceridad, comprendiendo sus temores—. También tengo miedo.

Porque eres todo lo que siempre he deseado. Dejemos que esto fluya, Felicity. No pienses en el miedo, ni en el mañana. Me moría de ganas de verte. Y quiero invitarte a la ópera.

—¿La ópera? —pregunta con voz alegre, y sus ojos se iluminan.

—Sí —respondo con una sonrisa—. El viernes hay una función de *Turandot.* Quiero llevarte. Y tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa? —averigua con entusiasmo, como una niña pequeña.

—Si te la cuento, ya no será una sorpresa —digo con picardía.

Se ríe, un sonido alegre y contagioso que me llena de felicidad. Se pone de puntillas y me besa en los labios. La abrazo con fuerza, deseando que este momento dure para siempre.

Lara, fiel a su palabra, envía la comida con un joven llamado Charles. Almorzamos en la pequeña oficina, rodeados de papeles y el aroma a tinta fresca. Mientras comemos, leo el artículo sobre Portofino, y una sonrisa se dibuja en mi rostro. Me encanta que Felicity haya escrito sobre nuestro lugar y donde nació nuestro amor. Me explica los cambios que ha hecho en la revista, y me habla con pasión de su nueva iniciativa sobre viajes. Me contagia su entusiasmo, y por un momento, olvido que solo tiene veintisiete años. Es una mujer increíble, llena de talento y energía.

—Espero que aceptes la propuesta de Connor de que te entreviste para la revista —insiste, mientras recogemos la mesa—. Estuve investigando un poco sobre ti en internet... —Se interrumpe y me mira con timidez.

—¿Me buscaste en Google? —pregunto con una sonrisa divertida.

Se sonroja, y sé que la curiosidad le ha ganado, igual que me pasó a mí con ella. Me acerco y la rodeo con mis brazos, atrayéndola hacia mí.

—Lo hice —confiesa con nerviosismo—. Pero fue por trabajo. Fundaste una empresa de la nada, y has recorrido el mundo en aviones y barcos... Yo...

—Eres lo más bonito que he encontrado en mis viajes, nena —le aseguro con sinceridad, mirándola a los ojos—. He visto las maravillas del mundo, pero tú eres la octava maravilla.

Felicity se ríe, y su risa es música para mis oídos.

—Por Dios, Paul —expresa—. Me imagino que esa frase te funciona con todas las mujeres.

No respondo a su comentario sobre la frase que utilizo para enamorar, porque la verdad es que nunca le he dicho algo así a nadie. Con Felicity, todo es diferente. Hay una autenticidad en nuestros encuentros, una transparencia que me permite mostrarme tal como soy, sin las máscaras que suelo usar en sociedad. Me siento vulnerable, sí, expuesto ante su mirada, pero al mismo tiempo, experimento una seguridad que nunca antes había sentido.

Estoy dispuesto a mostrarle mi verdadero yo, con mis defectos y mis inseguridades, sin las pretensiones que suelen acompañar a mi apellido y mi fortuna. No me importa si ha leído mil artículos sobre mí, si conoce mi pasado de *playboy* multimillonario. Le mostraré quién soy en realidad: un hombre que anhela el amor, la compañía, la complicidad. Un hombre que ha encontrado en ella la pieza que faltaba en su vida.

Pretendo mostrarle el mundo con mis propios ojos, quiero que descubra la belleza de cada rincón del planeta a mi lado. La llevaré a recorrerlo, a vivir aventuras, a crear recuerdos inolvidables. Deseo hacerla reír, verla feliz y ser el motivo de su sonrisa.

Felicity Jones es la mujer con la que deseo compartir mi vida, la mujer que ha despertado en mí un amor que jamás imaginé sentir. Y no pienso dejarla escapar. Lucharé por ella, la protegeré, la amaré incondicionalmente.





Capítulo 19

Felicity

No puedo creer que las primeras semanas después de mi viaje hayan pasado tan rápido. El trabajo me ha absorbido por completo. He realizado muchísimos cambios en esta edición de la revista, pero he logrado sacarla a tiempo, sin problemas. Paul y yo no hemos podido vernos tanto como hubiéramos querido, mas me ha sorprendido con pequeños detalles que me han llenado de alegría. Me ha traído comida para almorzar en la oficina, ha enviado café y magdalenas para mis empleados, sus mensajes y llamadas han sido la mejor parte de mi día. Cada vez que aparece por la oficina, con esa sonrisa que me roba el corazón, siento que la chica romántica que llevo dentro, la que lee novelas de amor y cree en los finales felices, quiere salir del clóset donde la he mantenido encerrada durante tanto tiempo.

Siempre he creído que son los pequeños detalles los que marcan la diferencia en una relación. Esas pequeñas cosas que a veces parecen insignificantes, son las que realmente recordamos, las que nos hacen sentir especiales y amados. Y él, con su atención y su generosidad, me está demostrando que el amor puede ser dulce, tierno, y que puede sanar las heridas del pasado.

Me quedo mirándome en el espejo, con una sonrisa en los labios. Esta noche iremos a la ópera, a una función especial. Me encantan este tipo de eventos, con su código de vestimenta elegante y sofisticado. Es la ocasión perfecta para lucir ese vestido de fiesta de Oscar de la Renta que compré hace tiempo, el mismo que usó Carrie Bradshaw para su sesión de fotos de novia en la película de *Sexo en la ciudad.* Aunque es un vestido de novia, es tan versátil que puedo adaptarlo para cualquier ocasión. Lo combinaré con un cinturón de raso negro y unos guantes largos del mismo color. Las estilistas de la revista me han ayudado a domar mis rizos rebeldes en un hermoso semirecogido, y me han hecho un maquillaje elegante y natural. Me observo en el espejo y me siento como una princesa. Por primera vez en mi vida, siento una calma profunda en mi alma. Tengo todo lo que siempre he deseado, y no puedo estar más agradecida.

No tengo la vida perfecta, y sé que nunca la tendré. Comprendí hace mucho tiempo que la búsqueda de la perfección es una quimera, que nos impide disfrutar de los momentos que

realmente importan. Sin embargo, ahora mismo, con Paul a punto de llegar y la promesa de una noche mágica en la ópera, me siento plena, feliz y en paz.

No puedo creer que un hombre como él haya entrado en mi vida de una forma tan inesperada. Es la magia del amor y de lo inesperado. Y es que, por muchas cosas malas que nos pasen en la vida, siempre habrá cosas buenas que nos harán sonreír, que nos recordarán que la felicidad es posible.

De pronto, mi teléfono suena, y mi corazón se paraliza al ver un número desconocido de Nueva York. *«No lo hagas, no contestes»*, me susurra una voz interior llena de temor. A pesar del miedo, deslizo el dedo por la pantalla y contesto.

—¿Sí? —contesto con la voz temblorosa.

—Tres años —dice una voz fría y familiar—, y te has descuidado. Te encontré.

La línea se corta, y un escalofrío me recorre la espalda. Esa voz, la voz de Christian, despierta en mí un torbellino de recuerdos dolorosos, de pesadillas recurrentes que me hacen revivir el infierno que viví a su lado. El teléfono se me resbala de las manos y cae al suelo con un golpe seco. Mi corazón late con fuerza, y mi respiración se acelera. Por los altavoces de mi ordenador, suena O*nly Love Can Hurt Like This* de Paloma Faith, y la letra de la canción parece una premonición:

Only love can hurt like this
Must have been a deadly kiss
To make me cry like this
Only love can break your heart

Me siento como si Freddy Krueger hubiera salido de mis pesadillas para atraparme, para arrancarme el corazón. Intento respirar, solo que el aire parece quemarme los pulmones. Las lágrimas brotan de mis ojos, desbordándose como un torrente. Todos los recuerdos dolorosos, los golpes, los insultos, la humillación... todo vuelve a mí con una fuerza brutal. *«No estoy a salvo»*, pienso con desesperación. *«No estoy a salvo»*.

El timbre de la puerta suena a lo lejos, mezclándose con el sonido de mi llanto. Christian me ha encontrado. El pasado ha regresado para atormentarme, para recordarme que no puedo escapar de él. Las personas como yo, con secretos que nos avergüenzan, vivimos con el miedo constante de que la verdad salga a la luz y de que arruine nuestras vidas. A veces pienso que no estamos destinadas a ser felices, que los cuentos de hadas no existen para nosotros.

Intento calmarme, volver a la realidad, mas el miedo me paraliza. Escucho la voz de Paul llamándome desde el otro lado de la puerta, y me siento morir. Él no se merece esto. No quiero arrastrarlo a mi infierno personal.

Me obligo a respirar hondo y a controlar el pánico. Me levanto con las piernas temblorosas, y camino hacia la puerta como un autómata.

—Felicity —susurra mi nombre con voz preocupada al verme—. ¿Estás bien?

Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

—Tengo que irme lejos —anuncio con un hilo de voz—. Tengo que irme. Me encontró.

Me abraza con fuerza, y por primera vez, no me siento segura entre sus brazos. El miedo me consume. Christian va a terminar lo que empezó, va a destruir mi vida. Tengo que llamar a Connor y a Conrad, ellos podrán ayudarme. Me separo de Paul y busco mi móvil. Al encontrarlo, veo que la pantalla está rota. Mierda. Voy hacia el teléfono fijo, marcando el número de Connor con dedos temblorosos.

—Felicity —me llama—. Nena, mírame.

Me detengo a mitad de la llamada. Tengo que esconderme, desaparecer. Los Walton tienen los contactos necesarios para hacerlo.

—No puedo salir, Paul —digo con la voz llena de miedo—. No puedo.

Niega y se acerca a mí con cautela. Lo amo tanto... mas no puedo permitir que su familia se vea involucrada en este escándalo. Los Morgan son poderosos, y podrían destruirlo todo.

—Mírame, nena —me pide Paul con suavidad, y yo obedezco—. Cuéntame qué pasa. No importa lo que sea. Estar contigo es un privilegio, y no voy a dejarte ir tan fácilmente.

—Me encontró —confieso, con la voz ahogada por el llanto—. Christian me encontró, y viene por mí.

Saca su teléfono y hace una llamada. Lo escucho dar órdenes con voz firme, y un escalofrío me recorre la espalda. Sin pensarlo, vuelvo a marcar el número de Connor. Suena varias veces, mas no contesta. Salta el contestador automático.

—Cámbiate de ropa y haz una maleta —ordena.

Niego con la cabeza. No puedo arrastrarlo a esto. Christian es capaz de hacerle daño. No quiero que nadie a quien amo salga lastimado por mi culpa. Me siento en el sofá, abrumada por la desesperación. Miro a mi alrededor, a este espacio que he convertido en mi hogar. Por mucho que me negara a admitirlo, amo este lugar y la vida que he construido en Londres. ¿Por qué Christian no me deja en paz? ¿Por qué tiene que volver a arruinarlo todo? Una simple llamada, unas pocas palabras, y mi mundo se ha desmoronado de nuevo.

—Cariño —me llama acercándose a mí y tomándome en brazos—. Mírame.

Levanto la mirada, y sus ojos me transmiten una calma que necesito con desesperación. Paul sonríe, y me da fuerzas. Con él, siento una seguridad que nunca tuve con Christian.

—No va a hacerte daño —asegura con convicción—. No puede acercarse a ti. Connor y Conrad lo amenazaron. Si lo hace, lo matarán.

—No me hará daño físicamente —expongo con tristeza—. Pero destruirá todo lo que he logrado sin él. No es fácil vivir con la sombra de una persona que durante años te dijo que no eras nada sin él, que no valías nada, que no serías capaz de lograr nada por ti misma.

—Felicity, sabes que eso no es verdad —revira con rabia—. Eres una mujer fuerte, inteligente, capaz. Has logrado todo lo que te has propuesto. —Me abrazo a mí misma, aún llena de miedo, y escondo la mirada, avergonzada—. Mírame, nena. Esto solo lo diré una vez.

Levanto la mirada, y veo un brillo intenso en sus ojos.

—Tengo miedo —confieso—. Christian Morgan es mi peor pesadilla.

Paul da un paso hacia mí y me abraza con fuerza. Sus manos toman mi rostro, obligándome a mirarlo.

—No tengas miedo de un cobarde, nena —indica con pasión—. No tengas miedo de alguien que no puede hacerte daño. Porque no lo vamos a permitir. Eres una mujer maravillosa, fuerte, inteligente, hermosa. Mira todo lo que has logrado. No voy a permitir que te pase nada.

Me besa, y sus labios me transmiten la fuerza que necesito para superar este nuevo obstáculo. Paul es todo lo que cualquier mujer podría desear. Lo amo con locura. Y nunca imaginé que podría encontrar a alguien como él. Nos separamos lentamente, y yo mantengo los ojos cerrados, mientras las palabras de Christian resuenan en mi mente como un eco.

—No voy a dejarte, Felicity —asegura con determinación—. No vas a huir, no vas a esconderte. No puedes dejar que ese hombre te arruine la vida. Voy a estar a tu lado, y te voy a proteger. Voy a destruirlo si intenta acercarse a ti.

—No puedes involucrarte, Paul —reviro con angustia—. Tu familia...

—No puede hacerme nada, nena —me interrumpe—. Mi apellido y mi familia son tan influyentes como los Morgan. Y si hablamos de dinero, el mío tiene más peso que el suyo. Soy multimillonario, Felicity. Y si Christian intenta tocarte un solo cabello, le voy a demostrar lo que significa perderlo todo.

Niego con la cabeza, pero Paul me besa en la frente, y un suspiro escapa de mis labios. Por los altavoces suena *How Can You Mend a Broken Heart* de los Bee Gees, y la música parece un mensaje de esperanza. *«Libérate, Felicity, libérate»,* me susurra una voz interior. Me alejo de él y me quito los guantes, como si quisiera desprenderme de una armadura.

—Durante mucho tiempo, no me sentí digna de amor —confieso—. Caminé por la vida con miedo, sintiendo que en cualquier momento caería al vacío. No conozco otra cosa que el dolor, pero aún tengo fe en el amor. Tengo las esperanzas puestas en lo que siento por ti.

—Confía en mí, Felicity —me pide, tomándome las manos.

—Lo hago, Paul —respondo, mirándolo a los ojos—. Enfrentarme a Christian me aterra. Lo conozco. Sé que se olvidará de las amenazas de Connor y Conrad. Me encontrará y me hará daño. Sé que lo hará.

—No estarás sola —afirma—. Estaré a tu lado para protegerte.

—Te amo, Paul —declaro mis sentimientos por primera vez—. Estoy enamorada de ti. Solo que tengo miedo, porque lo perfecto siempre termina siendo una fantasía.

Me alcanza y me toma por la cintura, atrayéndome hacia él. Mi cuerpo tiembla, pero no me resisto. Lo necesito.

—Te amo, Felicity —contesta con pasión—. No soy el príncipe azul que va a salvarte. Solo soy un hombre de carne y hueso que dará todo lo que tiene para protegerte. Soy el guerrero que se quedará a tu lado, luchando contra tus demonios.

—¿Eres real? —susurro, con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo soy, nena —responde, pegando su frente a la mía y besándome con dulzura—. Recoge tus cosas. Te vienes conmigo a mi casa.

—¿Tienes una casa aquí? —pregunto, sorprendida.

—Tengo varias casas —anuncia con una sonrisa—. Así que cuando te cases conmigo, tendremos un techo donde vivir en cualquier parte del mundo.

No me deja responder. Me toma de la mano y me lleva arriba para hacer las maletas. El timbre suena, y Paul baja a abrir. Se ha quitado la americana de su esmoquin, y me cambio rápidamente, poniéndome unos vaqueros y una camiseta. Escucho voces en el piso de abajo, y decido bajar. Me quedo sorprendida al ver a Conrad en el salón, junto a una chica joven, como de mi edad. Ambos van vestidos de manera elegante.

—¡Conrad! —exclamo, bajando las escaleras corriendo.

Conrad me atrapa entre sus brazos cuando me lanzo hacia él. Respiro hondo, aspirando su aroma familiar, y al separarme, le doy un puñetazo en el pecho.

—¿Qué haces aquí? —pregunto—. No me dijiste nada.

—Era una sorpresa —confiesa Conrad con una sonrisa.

Me giro para mirar a Paul, y entonces entiendo. Esta era la sorpresa que me tenía preparada para hoy. Sin embargo, cuando le cuente a Conrad lo de Christian, sé que se va a desatar un pandemónium. El mayor de los Walton solo está esperando la oportunidad de destruir al hombre que me hizo daño.





Capítulo 20

Paul

Llamé a Conrad para que viniera a casa de Felicity junto a Taylor. Encontrarla desesperada después de la maldita amenaza de Christian Morgan me ha roto el corazón. Mi hermana se acerca a mi novia y le sonríe con dulzura.

—Soy tu cuñada, Taylor —informa con una sonrisa.

Conrad observa a mi hermana y a Felicity con una expresión indescifrable. Dibuja una pequeña sonrisa de satisfacción cuando Taylor abraza a Felicity. Me quedo mirando la escena, conmovido. Mi hermanita es la persona más dulce que conozco, y sabía que nunca le haría un desprecio a la mujer que amo.

—Un gusto conocerte, Taylor —responde Felicity, separándose del abrazo.

Todavía está nerviosa por la llamada de Christian. Conrad mira las maletas y luego a mí. Me acerco para besar a mi hermana en la frente y a Felicity, para luego hablar en privado con Conrad. Cuando nos alejamos, escucho a mi novia decir:

—Ni se atrevan a hablar sobre mí sin que yo esté presente. —Se gira para enfrentarnos, y luego dirige su atención al hombre que la ha protegido todo este tiempo—. Me encontró. Sabe que estoy aquí. Me llamó.

Conrad cierra los ojos y niega con la cabeza, apretando los puños, tratando de calmarse. Le había dicho que algo había sucedido, mas no pude contarle todo por teléfono.

—¿Qué te dijo? —pregunta Conrad con preocupación.

—Que me encontró —responde Felicity con la voz temblorosa—. Y colgó.

—Connor viene en camino con nuestra madre —anuncia Conrad—, pero nunca has estado sola aquí, Felicity. Siempre has tenido escoltas y seguridad.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta asombrada.

Taylor se acerca a mí y me toma de la mano. No puedo entrometerme en esa conversación, mas quiero dejarle claro a ellos que a partir de ahora, me encargaré de su seguridad y bienestar.

—Felicity, no me canso de repetirte que eres mi hermana —contesta Conrad con ternura—. No de sangre, pero sí de corazón. Puede que no haya matado a ese maldito, pero tampoco iba a

dejarte desprotegida. Mis padres, Connor y yo te hemos protegido todo este tiempo. —Se acerca a Felicity y la toma por los hombros—. No estás sola, niña. Nunca lo has estado. Necesito que dejes de sorprenderte por lo que hacemos por ti. Lo hacemos porque te queremos.

Ella se quiebra y se lanza a los brazos de Conrad, que la abraza con fuerza. Parecen un padre y una hija. Mi pelirroja llora desconsoladamente, porque por primera vez en mucho tiempo, se da cuenta de que nunca ha estado sola.

—Te quiero, Conrad —solloza.

—Y yo a ti también te quiero, niña —murmura Conrad—. No te mereces nada de esto.

Taylor y yo observamos la escena conmovidos. Es como vernos a nosotros dos, reflejados en ellos. También protegería a mi hermanita con mi vida. Cuando Felicity se calma, se seca las lágrimas y se gira hacia nosotros.

—Disculpen —dice con la voz entrecortada—. Pero todo esto me está sobrepasando.

—¿Es por Morgan? —pregunta Taylor con cautela. Felicity palidece, y me mira con temor. Luego, mira a mi hermana, que parece entender la situación—. No te conocía oficialmente —aclara—, pero eras la novia de Christian. Estuvimos en varios eventos juntos. Recuerdo tu cabello. Es... inolvidable.

—Sí, es por él —confirma Felicity.

—Es un maldito —expresa Taylor con rabia—. No sé qué te hizo, pero siempre he pensado que es un psicópata. Pero ¿qué se puede esperar de una familia como la suya? Hay más muertos que vivos en esa familia.

—¿Qué dices? —pregunta Felicity, con los ojos muy abiertos.

Taylor nos mira como si estuviéramos locos. Nunca le había contado nada sobre los rumores que rodeaban a la familia Morgan, pero al parecer, mi hermana está mejor informada que yo.

—Estudié con Christian —explica Taylor—, antes de que lo expulsaran por golpear a una chica. Dicen que la enviaron a Escocia para ocultar un escándalo, pero la verdad es que la violó en el baño. La chica desapareció, y no se supo nada de ella hasta hace poco.

—¿Tienes pruebas de eso? —pregunta Conrad con escepticismo.

Taylor se ríe.

—Por favor, idiota —revira, y Felicity abre los ojos como platos al escuchar a mi hermana insultar a Conrad—. En esta sociedad, todo se esconde con dinero. Los Morgan le pagaron a los padres de Alana McAllister para que guardaran silencio.

—¿Alana? —inquiere Felicity con sorpresa.

—Sí, ¿la conoces? —pregunta Taylor.

—No —responde Felicity—. Pero Rose, la madre de Christian, siempre me hacía sentir inferior, decía que nunca estaría a la altura de la exnovia de su hijo. La llamaba Alana.

Taylor suelta una carcajada.

—Mira, no sé si sus padres les permitían ser novios —comenta—. Todo el mundo sabía lo que Christian le hizo a ella. La encontraron en el baño del gimnasio, golpeada y sangrando. Y la última persona que la vio fue él.

Felicity niega con la cabeza y se abraza a Conrad. Mi hermana se gira hacia mí, con el ceño fruncido.

—Supongo que vas a ponerle seguridad, ¿verdad? —comenta con un tono de reproche—. Conociendo al enfermo de su exnovio, no me extrañaría que intentara hacerle algo.

—Basta, Taylor —ordeno, viendo que Felicity está cada vez más nerviosa.

Mi hermana pone los ojos en blanco y se acerca a Felicity, tomándola de las manos. Le dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Discúlpame, Felicity —se justifica—. No debí contarte todo eso de esta manera. No tengo ni idea de lo que te hizo Christian, mas no tengas miedo. Un hombre que le pega a una mujer es un cobarde y, no merece vivir. Lo siento.

—No te preocupes, Taylor —responde con una sonrisa temblorosa.

—No esperaba conocerte así —comenta mi hermana—, pero me alegro de hacerlo.

Conrad besa a Felicity en la frente y se aparta. Nos alejamos un poco, para que puedan hablar en privado. Tampoco esperaba que la noche terminara así. Creo que los Walton cometieron un error al intentar ocultar lo que Christian le hizo a Felicity. No sé cómo hubiera reaccionado si le hubiera pasado algo así a mi hermana, pero lo más seguro es que Christian Morgan ya no estuviera en este mundo.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta Conrad con preocupación.

—La llevaré a mi casa —respondo con seguridad—. Ella es mi prioridad.

Conrad niega con la cabeza.

—Debería irse de Londres unos días —sugiere—. Voy a mover mis contactos y averiguar dónde está Christian.

—No —contesto con firmeza—. No quiero que Felicity viva con miedo, huyendo de ese maldito. Ella no está sola.

—Nunca lo ha estado —revira entre dientes.

—¿Dónde estabas cuando Christian la golpeaba? —pregunto apretando los puños, sin poder contener la rabia.

Veo como palidece, y me arrepiento inmediatamente de mis palabras. Sé que adora a Felicity, y que solo ha intentado protegerla.

—No lo maté, ni dejé que Connor lo hiciera —dice Conrad con tristeza—, porque no valía la pena. Sé que fallé, Paul. Pero no puedes venir a reclamarme nada. Durante estos tres años, solo he intentado proteger a Felicity.

—Lo sé, Conrad —acepto—. Disculpa. Pero... —Miro a Felicity, que habla con mi hermana, y me invade una oleada de temor—. Me enamoré de ella, y voy a cuidarla. Felicity es mi prioridad.

—No voy a discutir contigo sobre quién va a protegerla —rebate—. Lo único que sé es que nadie de mi familia va a permitir que Christian se acerque a ella. Felicity es asunto nuestro.

—Ahora es asunto mío —contradigo.

—Felicity está aquí, escuchando sus susurros acalorados —nos recuerda, levantándose del sofá—. No quiero huir, Conrad —añade con determinación—. No es culpa de ninguno de ustedes, la verdad es que si hay una culpable, esa soy yo, nunca debí ocultarles que Christian me maltrataba. Pero pensé... —Su voz se quiebra—. Pensé que iba a cambiar. Ustedes son mi familia y creí que podía perderlos. No soporto estar lejos y no quiero seguir escondiéndome.

—¿Y hace un rato? —pregunto, recordando su ataque de pánico.

Me mira a los ojos con vergüenza, y me acerco a ella. Sé que estoy exponiendo un momento privado. Sin embargo, tengo que asegurarme de que lo que pasó esta noche no vuelva a suceder.

—Dicen que la mejor manera de superar los miedos es enfrentándolos —comenta con valentía —. Y eso es lo que voy a hacer. Enfrentar mi dolor y todo lo que está pasando. Sé que no es fácil, pero no voy a huir. Christian no puede acercarse a mí. Si lo hace...

—Voy a matarlo —murmura Conrad con rabia—. Sé que te fallé. Solo quería protegerte.

—Lo sé, Conrad —acepta—. Ahora lo entiendo. Ahora entiendo que de verdad me ven como a una hermana.

Taylor observa a Conrad con sorpresa. Hay algo entre ellos que mi hermana no me ha contado. Nos quedamos un rato más en el apartamento, organizando la seguridad de mi pelirroja.

Finalmente, salimos de allí. Aunque ella preferiría quedarse, estoy seguro de que en mi piso estará más segura. La seguridad en mi edificio es de primera clase.

Al llegar, hago los arreglos necesarios en recepción para que Felicity pueda entrar y salir sin problemas. Subimos al ascensor, y se aferra a mí, suspirando profundamente. Sé que por su mente pasan pensamientos intrusivos, recuerdos dolorosos que la atormentan. Sin embargo, quiero borrarlos, quiero que olvide el pasado y se concentre en el presente, en el futuro que construiremos juntos.

Cuando las puertas del ascensor se abren en mi ático, entra y observa todo con asombro. Si alguna vez dudé de que ella perteneciera a mi lado, verla en mi espacio, un lugar donde solo entra mi familia, me confirma que haría cualquier cosa por protegerla.

—Es precioso —murmura.

—Es nuestro —afirmo, tomándola de la mano.

Me acerco a ella, y me mira con una mezcla de temor y esperanza en sus ojos.

—Contigo, siento que estoy viviendo una novela romántica —expresa con la voz temblorosa —. Todo es tan rápido, que me da miedo.

—No sigas teniendo miedo, nena —le pido, acariciando su mejilla—. Esto no es solo una historia pasajera. Es real. Somos tú y yo. Te prometo que no te haré daño, que voy a cuidarte siempre.

—¿Por qué yo, Paul? —pregunta, con la voz llena de inseguridad.

—No lo sé, nena —respondo con sinceridad—. Pero te vi, y no pude sacarte de mi mente. Y ahora, no puedo sacarte de mi corazón. —Baja la mirada, y levanto su barbilla con delicadeza—. Mírame —le pido. Ella traga saliva, y sonrío, es normal tener miedo después de todo lo que ha vivido—. No voy a soltarte nunca. No voy a dejarte. Y cuando tengas que enfrentarte a Christian, lo harás a mi lado.

—Sé que soy un desastre —declara—. Pienso demasiado las cosas, me dejo llevar por el miedo... pero siempre me ayudas a encontrar el equilibrio. —Me mira a los ojos, y en su mirada veo un atisbo de nuestro futuro juntos—. Te amo, Paul. Y no sé si es suficiente...

La atraigo hacia mí y la beso, interrumpiendo sus palabras. No necesito escuchar más. Esas dos palabras, *"te amo"*, han hecho que mi mundo brille con una luz cegadora. La beso con pasión, con la necesidad de expresarle todo lo que siento. Mis labios hablan por mí, transmitiéndole mi amor, mi devoción, mi compromiso. Se separa de mí, buscando aire, y yo pego mi frente a la suya.

—Te amo, Felicity —declaro con la voz ronca—. No digas más. Esto es real, es nuestro. Te amo, y tú me amas. Olvida lo malo, sé feliz a mi lado. Toma mi mano, y déjame demostrarte lo que siento por ti.

Su sonrisa es la promesa de un futuro juntos, mientras entrelaza nuestras manos.

—Ya la tomé, Paul —afirma ternura—. Y no pienso soltarte nunca.

La beso de nuevo, con la certeza de que este es el comienzo de nuestra historia de amor. La llevo a mi habitación, y la despojo de su ropa entre besos y caricias. Se queda de pie frente a mí, con su cuerpo desnudo bañado por la suave luz de la lámpara. Es una visión que me quita el aliento. Me acerco a ella y recorro su piel con la yema de mis dedos, dibujando un camino de fuego desde el valle de sus pechos hasta su vientre plano. Observo cómo su piel se eriza ante mi tacto, cómo sus labios se entreabren en un gesto de deseo. Y en este instante, sé que esta noche será mágica.

—Eres preciosa —la halago arrodillándome delante de ella—. Mereces ser venerada, adorada, pasaré el resto de mi vida haciéndolo.

Enredo mis dedos en su tanga para bajarla, su piel se sonroja ante mi mirada y cuando está sin nada, dejo un beso en su vientre y por un momento pienso en cómo se vería embarazada con mi hijo. Sus dedos se enredan en mi cabello, acariciándome y no le doy tiempo cuando sin pedir permiso, bajo hasta su coño para beber de sus pliegues, mi lengua irrumpe encontrándome con su humedad, se me escapa un sonido gutural de la garganta y a ella un jadeo.

Lamo, chupo y muerdo su clítoris, mientras introduzco uno de mis dedos, sus paredes se aprietan alrededor de él e introduzco otro, escucho que gime de placer. Sus manos ya no me acarician, me halan el cabello buscando un poco más de placer, disfruto de lo que hago mientras de su boca se escapan pequeños sonidos que me enloquecen, que perdería la cabeza por ella y por todo lo que estoy sintiendo.

—Más… —me pide.

Obedezco, gime mi nombre mientras sus caderas comienzan a moverse sobre mi boca buscando su propia liberación.

—¡¡Paul!! —grita mi nombre.

Mientras el orgasmo la atraviesa, mis dedos no dejan de moverse dentro de su coño, mientras tengo que atraparla con mi otro brazo, para que no se caiga. Los saco de su interior, los llevo a mi boca para saborearla, porque sigo hambriento por ella y la cargo para llevarla a nuestra cama. Me observa con sus fanales verdes, llenos de deseo y ahí sobre mi cama es la perfección hecha persona.

—Eres mi sueño hecho realidad.





Capítulo 21

Felicity

—Eres mi sueño hecho realidad —susurra mientras se despoja de su camisa—. Te amo, nena, te amo…

—Te deseo —confieso mientras camino hacia la cama.

—Me tendrás.

Me siento en el borde de la cama, hundida en la suavidad de las sábanas de seda. La luz tenue de la habitación crea un ambiente íntimo y acogedor, las sombras danzantes en las paredes, parecen moverse al ritmo de mis latidos acelerados. Paul se acerca, y siento que el aire se carga de electricidad. Su presencia irradia una calidez reconfortante, una promesa de seguridad y protección que necesito tanto. Sus ojos de un verde profundo que parecen contener la sabiduría de mil vidas, me miran con una intensidad que me hace temblar. Se despoja de su ropa con movimientos lentos y seguros, revelando un cuerpo que parece esculpido por los dioses. Sus abdominales marcados, sus músculos definidos, esa "V" perfecta que insinúa el camino hacia su sexo... todo en él es una invitación al placer, a la entrega.

«Este hombre es un espécimen en peligro de extinción», pienso con una sonrisa. Nunca he sido una mujer que se fije en el físico, pero Paul es irresistible. A su edad, mantiene un cuerpo atlético y cuidado, un testimonio de su disciplina y su amor por la vida. Es como un dios griego que ha bajado del Olimpo para enamorarse de una simple mortal. Y yo, que he huido del amor después de lo vivido, me encuentro rendida a sus pies, dispuesta a entregarle mi corazón y mi cuerpo sin reservas.

Cuando se inclina hacia mí, nuestras manos se encuentran, y el roce de su piel contra la mía envía una corriente de energía que me recorre como un relámpago. Su mano es cálida y firme, un ancla que me da seguridad, un eco de protección que me hace sentir que he llegado a casa después de una larga travesía. Durante semanas hemos compartido risas, confidencias y hecho el amor. Sin embargo, hoy, en este momento, hay algo más en el aire, una promesa palpable de unión, que hace que mi corazón lata con fuerza.

Acaricia mi mejilla con un dedo, un gesto tan simple, pero que despierta en mí una oleada de

sentimientos olvidados. Su toque es suave y delicado, como si fuera un pétalo de rosa deslizándose sobre mi piel. Me pregunto cómo es posible que un hombre pueda ser tan tierno y a la vez tan magnético. Cuando sonríe, su rostro se ilumina con una calidez que me derrite por dentro, y mis preocupaciones se desvanecen en un instante.

—Eres hermosa —susurra, y sus palabras son como una melodía que acaricia mi alma, que envuelve mi corazón, llenándolo de una calidez que creía perdida.

Cierro los ojos, dejándome llevar por la magia del momento. Puedo oler su fragancia, una mezcla embriagadora de madera de cedro y cítricos, que me invita a acercarme más, a perderme en su aroma. Mis sentidos se agudizan a medida que nuestros labios se encuentran. Primero con timidez, con una delicadeza que me conmueve, como si ambos estuviéramos explorando un territorio desconocido, pero anhelado. Y entonces, la cautela da paso al deseo. Sus labios son suaves y cálidos contra los míos, y cada beso se convierte en una promesa silenciosa, en un intercambio de emociones que nos une cada vez más.

Sus manos inician una danza sensual sobre mi espalda, deslizando sus dedos con una ternura que me hace estremecer. Cada caricia es un descubrimiento, un despertar de sensaciones que creía dormidas. Parece conocer cada rincón de mi cuerpo que necesita ser sanado, cada punto de tensión, cada cicatriz invisible. Y con cada roce, con cada caricia, siento que una capa de dolor, de miedo, se desprende de mí, como una piel vieja que se muda para dar paso a una nueva.

—Confía en mí —me pide.

Asiento, entregándome por completo a la magia del momento. El amor que Paul me ofrece es un refugio cálido y seguro, un espacio donde puedo ser yo misma, sin miedo al juicio, sin el peso del pasado. Mi cuerpo responde a sus caricias con una intensidad que me sorprende. Un deseo que había estado dormido durante años despierta con fuerza, reclamando su lugar, pidiendo ser liberado.

La habitación se transforma en un universo aparte, donde solo existimos nosotros dos. Nos movemos sobre la cama con una fluidez natural, enredando nuestros cuerpos como si fuéramos dos bailarines en una coreografía improvisada, guiados por la música silenciosa de nuestros corazones. Me mira con una intensidad que me atrapa. En sus ojos, veo la seriedad de un hombre que conoce el significado de la fragilidad, que comprende el peso de mis heridas. Busca mi consentimiento, mi entrega total, y cuando lo encuentra en la profundidad de los míos, es como un canto de sirena que nos llama a un mar de emociones, a un viaje sin retorno hacia el placer y la entrega absoluta.

Lleva su polla a la entrada de mi sexo, su mirada profunda traspasa cada frágil muro que he construido para proteger mi corazón. Su calidez se siente como un rayo de sol que derrite el hielo que llevaba tanto tiempo en mi interior. Entra lentamente, como si cada centímetro que avanza fuese un susurro destinado a hacerme estremecer. Sostengo la respiración, sintiendo cómo la anticipación llena el aire a nuestro alrededor, mientras un temblor recorre mi cuerpo.

Cuando finalmente está completamente dentro de mí, nuestros cuerpos se detienen por un instante, jadeantes, atrapados en una especie de trance. La intensidad de la conexión es abrumadora.

—Esto es para siempre, Felicity, esto es para siempre —afirma con una voz profunda y cargada de promesas, mientras sus ojos se fijan en los míos, como si en este momento no existiera nada más que nosotros.

—Para siempre —respondo, con la voz entrecortada, consciente de la magnitud de lo que estamos compartiendo.

Entonces, sus labios encuentran los míos en un beso apasionado, enviando ondas de calor a

través de mi ser. Mis piernas se enredan en su cadera, buscando más de su cercanía, mientras sus arremetidas son lentas, llenas de una ternura que va más allá del deseo. Cada movimiento es un suave baile de amor, un intercambio que va de lo físico a lo espiritual.

Siento cómo las gotas de nuestro sudor se fusionan, testigos silenciosos de nuestra entrega mutua. El sonido de nuestros cuerpos, el roce de la piel y el eco de nuestros jadeos, se entrelazan, formando una sinfonía de amor que resuena en la habitación, un himno a lo que somos juntos. Cada impulso es un latido compartido, cada susurro una promesa extendida más allá de este momento.

La intensidad de su presencia me envuelve, cada movimiento que hace sobre mí parece sincronizarse con el latido de mi corazón. A medida que continuamos, el ritmo de sus arremetidas se vuelve más profundo y apasionado, y una oleada de sensaciones comienza a acumularse dentro de mí. Sus manos recorren mi cuerpo, explorando cada curva, cada rincón, mientras mis dedos se enredan en su cabello y lo atraigo hacia mí, deseando sentir su calor aún más cerca.

—Felicity… —susurra, su voz es un murmullo cargado de deseo y complicidad. Sé que esto va más allá del mero placer; es un momento que define nuestro vínculo.

Nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía, como si estuvieran hechos el uno para el otro. La presión dentro de mí se intensifica, los bordes de la euforia comenzando a desbordarse. Siento cómo su ritmo se acelera, el sonido de nuestra respiración se mezcla con el de nuestros cuerpos, creando una coreografía de amor que nos eleva.

Cada embestida me lleva más cerca del límite, un lugar donde el placer y la conexión se fusionan. Mis pensamientos empiezan a desvanecerse, dejando solo el presente. La llegada de nuestros orgasmos es inminente; nuestros cuerpos se tensan, como cuerdas listas para liberar toda su energía.

—Estoy cerca… —murmuro, sin poder evitarlo, sintiendo cómo la ola de placer comienza a inundar cada fibra de mi ser.

—Yo también… —responde él, su voz vibrante y llena de urgencia. Nuestros ojos se encuentran, y en ese instante, como si el universo entero hubiera conspirado para unirnos, ambos nos corremos.

La explosión de placer es indescriptible, como un estallido de estrellas en la oscuridad. De repente, el mundo a nuestro alrededor se desvanece y todo lo que existe somos nosotros, nuestras almas entrelazadas en un instante de pura euforia. Sentimos cómo nuestros cuerpos se sacuden al unísono, la energía fluyendo entre nosotros y cada latido es un eco de nuestro amor.

Cuando la ola de éxtasis comienza a ceder, nuestros cuerpos se desploman juntos, exhaustos pero satisfechos, piel contra piel. La intimidad de lo que hemos compartido se queda en el aire, como un aroma dulce que perdura. Mirándonos a los ojos, sabemos que este momento es un capítulo más en nuestra historia, un testimonio de lo que significa amarnos de verdad.

—Para siempre… —susurra nuevamente, sintiendo que esta promesa se comienza con cada respiración compartida.

—Para siempre —confirmo con una sonrisa, mientras nuestras manos se entrelazan, dando la bienvenida a un nuevo amanecer.

Cae a mi lado, exhausto por el momento, y nos quedamos mirándonos en un silencio cargado de emociones, mientras la calma comienza a envolvernos. En el fondo, creo que ambos sabemos que después de esto no hay vuelta atrás. Al menos para mí, he cruzado al fin la delgada línea que me impedía ser verdaderamente feliz.

—Te amo —musito, sintiendo cada palabra resonar en mi pecho—. Sé que puedes mostrarme

lo que es el amor. No puedo vivir con miedo, no ahora que te he encontrado.

—Nena… —responde él, y esas dos sílabas se sienten como un abrazo cálido.

Trago el nudo de emociones que se me ha formado en la garganta. No puedo permitir que mi pasado venga a dañar mi futuro. Si eso sucede, será mi culpa y de nadie más. Es un alivio y una carga a la vez, pero hoy estoy decidida a soltar el peso que he llevado.

—Tengo miedo, no voy a negarlo —hablo sincerándome, mientras tomo su mano y entrelazo nuestros dedos—. Pero quiero amarte y que el mundo lo sepa. No quiero vivir escondida, pensando que no podemos ser felices.

Estar aquí con él, me llena de valor.

—Si eres capaz de amarme siendo como soy, rota y aún en proceso de sanar, entonces te doy mi corazón.

—Te amo, Felicity —dice, su voz resuena con una sinceridad que corta el aire—. Te amo como nunca pensé amar a ninguna mujer y voy a amarte hasta que dé mi último aliento.

Me besa, y sus manos vuelven a acariciarme con una suavidad que me hace sentir segura, como si cada roce buscara reafirmar lo profundo que es su amor por mí. Sus labios se adueñan de los míos, y su lengua se adentra, explorando las fauces de mi boca. Es como si quisiera que sintiera que esto es más que un momento; lo sé, lo siento en cada poro de mi piel. Me lo susurran los latidos de mi corazón y el eco del suyo.

Los minutos se convierten en horas mientras nos entregamos, explorando cada rincón de nuestra conexión. Sus manos son hábiles, dibujando caminos sobre mi piel, y con cada caricia siento cómo se disipan mis inseguridades. La mezcla de su fuerza y ternura me envuelve como un abrigo en una noche fría, calentando mi alma.

El roce de nuestros cuerpos se transforma en un vals delicado y apasionado, donde descubrimos los ritmos de nuestro deseo, avanzando en un viaje que es solo nuestro. El mundo exterior se desdibuja, y el único lugar donde existimos es aquí y ahora.

A medida que me pierdo en este mar de sensaciones, cada beso se siente como un pacto sagrado, una promesa de que el amor tiene el poder de sanarme de mis heridas. Susurramos secretos entre risas, creando nuestra propia burbuja de felicidad que nos aísla del dolor del pasado. En su compañía, el eco de mis tristezas se desvanece, reemplazado por la vibrante conexión que ahora compartimos.

Saber que, en este momento, somos el refugio del otro me hace sonreír. Es en este presente, rodeada por la calidez de su abrazo y la suave seguridad de su amor, donde comienzo a sanar, uniendo cuidadosamente los fragmentos rotos de mi corazón. Dejo que la dulzura y la pasión que Paul me ha brindado transformen todo lo que soy, revelándome un camino nuevo lleno de esperanza.





Capítulo 22

Paul

La luz del amanecer se filtra por la ventana, recordándome que tenemos un día por vivir, como si fuera el inicio de nuestras vidas. Felicity duerme plácidamente a mi lado, envuelta en mis sábanas, con su cabello rojo como el fuego esparcido sobre las almohadas. Su piel aún está sonrojada por la noche de pasión que hemos compartido, y una sonrisa se dibuja en mis labios al recordarlo. No puedo creer que esté viviendo este momento, que esté enamorado de esta mujer increíble. Durante mucho tiempo, creí que nunca encontraría a la persona correcta, que el amor verdadero no era para mí. Sin embargo, ella ha llegado a mi vida para demostrarme que estaba equivocado.

Esta chica, con su corazón roto y lleno de sueños, y su mirada llena de amor, se ha fijado en mí, me ha entregado su confianza sin reservas. Y yo, que he vivido tanto tiempo en la oscuridad, me siento abrumado por la luz que irradia. Felicity dice estar rota, que aún está recogiendo los pedazos de su pasado. No obstante, veo su fuerza, su resiliencia y su capacidad de superar la adversidad. Se alejó de un ambiente que la estaba destruyendo, no una, sino varias veces. Ahora, después de tanto sufrimiento, solo quiero hacerla feliz y que cada día a mi lado sea un nuevo comienzo.

Me levanto con cuidado, para no despertarla. Ella se gira en la cama, buscándome con los ojos aún cerrados, y susurra mi nombre en sueños. Sonrío, con el corazón latiéndome con fuerza. No puedo creer la suerte que tengo de que esta mujer me haya elegido.

Salgo de la habitación y me dirijo a la cocina. Quiero prepararle el desayuno, pero al mirar el reloj, veo que ya es mediodía. Abro la nevera, y está vacía. Pongo los ojos en blanco y voy a buscar mi teléfono para pedir comida. Al desbloquearlo, veo más de veinte llamadas perdidas de Taylor y Conrad. Un escalofrío me recorre la espalda. Algo va mal.

Llamo a Taylor, y ella contesta al primer tono.

—Joder, hasta que te dignas a llamar —me reprocha.

—¿Qué pasa? —pregunto, con el corazón en un puño.

—Christian Morgan es buscado en Estados Unidos por asesinato —informa con voz grave.

—¿Qué dices? —pregunto, sin poder creer lo que oigo.

—Lo que oyes —responde—. Necesito que pongas a Felicity a salvo. Va a ir por ella, hermano. No puede acercarse a ella y lastimarla, eso te destruiría.

—No va a aceptar irse —murmuro, pensando en la negativa de Felicity a huir de nuevo.

Resopla con fastidio, y un mal presentimiento me invade. Es como si supiera que algo terrible va a suceder. Y me aterra.

—Debí contarte lo peligroso que es Christian...

—¿A quién asesinó? —pregunto, necesitando saber más.

—A su asistente —responde Taylor con la voz quebrada—. Hay grabaciones donde se le ve violándola... y... la ahorcó, Paul. La ahorcó hasta matarla. Comentan que es espeluznante. —Respira hondo—. Me bastó verte anoche para saber que amas a Felicity. Por favor, haz algo.

En este mismo instante, entra otra llamada. Es Conrad. Le cuelgo a Taylor, prometiéndole que lo resolveré.

—Conrad —digo al contestar.

—Tenemos que sacar a Felicity del Reino Unido —ordena con urgencia—. Tiene que ser hoy. Estoy hablando con unos amigos. Pueden recibirlos en París. Es lo más cercano.

—Conrad...

—Escúchame, Paul —me interrumpe—. Sé que quieres proteger a Felicity, tanto como nosotros, pero llevo tres años viviendo con el remordimiento de no haber hecho nada para evitar lo que Christian le hizo. Ahora, más que nunca, necesito que inventes algo. Que sea un viaje de último momento. No puedo arriesgarme a que la encuentre, no ahora que por fin ha decidido ser feliz.

—Está bien, Conrad —acepto, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros.

—Te enviaré los detalles. Mi *jet* los estará esperando —indica Conrad.

Cuelgo el teléfono y me quedo paralizado, con la sangre helada corriendo por mis venas. La noticia del asesinato cometido por Christian Morgan me golpea como una bofetada de advertencia. No puedo creer que ese monstruo sea capaz de algo así. Y lo que es peor, sé que Felicity está en peligro. Él la encontrará, y no se detendrá hasta destruirla.

Camino hacia la habitación con paso decidido, sintiendo una mezcla de miedo y rabia. Al entrar, la encuentro subiéndose unos vaqueros. Lleva una camiseta blanca, y su cabello está húmedo. Parece más joven y más vulnerable que nunca. Tomo una decisión, no voy a permitir que Christian Morgan la lastime de nuevo. La protegeré con mi vida, cueste lo que cueste.

—Felicity —la llamo con voz firme—, tenemos que irnos. Ahora.

Me mira con sorpresa, y sus ojos verdes reflejan el miedo que la invade.

—¿Qué pasa? —pregunta con la voz temblorosa.

Sé que no puedo mentirle, no puedo ocultarle la verdad, por mucho que me duela verla sufrir. Es su vida la que está en juego, y no puedo arriesgarme a que Christian la encuentre. Tengo que convencerla de que se vaya de Londres, aunque eso signifique separarnos por un tiempo. Voy a cazar a ese maldito y entregarlo a las autoridades.

La miro a los ojos, buscando las palabras adecuadas. Quiero ser honesto con ella, pero también quiero protegerla, evitar que se derrumbe ante la noticia.

—Felicity —hablo con suavidad—, Christian... Christian ha hecho algo terrible.

Me mira con el ceño fruncido, y sus ojos azules se llenan de preocupación.

—¿Qué ha pasado, Paul? —pregunta con su voz llena de terror.

Respiro hondo, preparándome para darle la noticia.

—No hay tiempo para explicaciones —respondo—. Christian Morgan ha asesinado a su

asistente. Está huyendo de la justicia, y es muy peligroso. Tenemos que irnos de Londres, ahora mismo.

Palidece, y sus ojos se llenan de lágrimas. Sé que está recordando el infierno que vivió con a su lado y el miedo que la atormentó durante años. Mas no puedo permitir que se derrumbe. Necesito que sea fuerte y que confíe en mí.

—No quiero volver a huir —manifiesta con un hilo de voz.

—No estás huyendo, Felicity —afirmo con ternura—. Te estoy protegiendo. Y no voy a permitir que ese monstruo te haga daño.

La tomo de la mano y la ayudo a levantarse. La miro a los ojos, transmitiéndole toda mi fuerza y mi determinación.

—Confía en mí, nena —le pido—. Te sacaré de aquí. Estarás a salvo.

Asiente, y veo en sus ojos una mezcla de miedo y esperanza. La abrazo con fuerza, y le doy un beso en la frente.

—Vamos —ordeno—. No tenemos tiempo que perder.

Tomo su maleta, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. No es solo un equipaje lo que llevo, es la vida de Felicity, su seguridad y su futuro. La guío hacia la puerta, abriéndole paso, protegiéndola con mi cuerpo. Salimos del ático, y el silencio del pasillo parece amplificar el latido frenético de mi corazón.

Bajamos al garaje, el ambiente frío y húmedo me pone en alerta. Cada sombra y cada ruido, parece una amenaza.

Subimos al automóvil, y el cuero del asiento me resulta frío al contacto con la piel. Arranco el motor, y el rugido me devuelve una sensación de control y de poder. Mientras conducimos hacia el aeropuerto, Felicity permanece en silencio, con la mirada perdida en el horizonte gris de Londres. Sé que está asustada, confundida, abrumada por la noticia que le acabo de dar. Sin embargo, no puedo permitir que el miedo la paralice y que la consuma. Tengo que ser su apoyo, su roca, el escudo que la proteja de la tormenta.

«Estarás a salvo, Felicity» me repito mentalmente, como un mantra. «*No dejaré que nada te pase. Te lo juro»*. Acelero, sintiendo la necesidad de alejarla de aquí, de ponerla a salvo lo antes posible. Cada minuto que pasa es una eternidad y una tortura. Necesito verla sonreír de nuevo y borrar el miedo de sus ojos. Necesito que vuelva a ser la mujer alegre y llena de vida que conocí en Portofino.

Y mientras conduzco, con ella a mi lado, hago una promesa silenciosa. No importa lo que cueste o a los sacrificios que tenga que hacer, la protegeré de Christian Morgan. Lo enfrentaré si es necesario. Daré mi vida por ella si hace falta, porque la amo. La amo con una fuerza que nunca imaginé, y no voy a permitir que nadie le haga daño.

—Todo va a salir bien, nena —aseguro tomándole la mano—. Te lo prometo.

Felicity me mira con una gratitud que me conmueve, y una pequeña sonrisa, como un rayo de sol entre las nubes, se dibuja en sus labios. Sus ojos azules, aunque todavía húmedos por las lágrimas, brillan con una nueva luz, una chispa de esperanza que me llena de fuerza. Mientras nuestras manos se entrelazan con fuerza, sé que juntos, superaremos cualquier obstáculo que el destino nos ponga por delante. Porque el amor que nos une, es un lazo invisible que ha tejido su magia entre nosotros y, es más fuerte que el miedo que la persigue o el odio que Christian Morgan pueda albergar, incluso más fuerte que la muerte misma.

—Gracias, Paul —susurra, con la voz cargada de emoción.

—No tienes que agradecerme nada, mi amor —respondo, apretando su mano con ternura—. Estoy aquí para protegerte, para cuidarte. Siempre.

—Lo sé —acepta, con una sonrisa que ilumina su rostro—. Y te amo por eso.

Sus palabras me llegan al alma, como un bálsamo que calma todos mis temores. La amo con una intensidad que me desborda, que me hace sentir capaz de cualquier cosa. Y en ese momento, mientras conducimos hacia un futuro incierto, sé que haré todo lo que esté en mi mano para hacerla feliz.

Acelero un poco, dejando atrás las calles grises de Londres, con la promesa de un nuevo comienzo en el horizonte. El aeropuerto nos espera, y con él, la posibilidad de escapar de las garras del pasado, la de construir un futuro donde el amor triunfe sobre la oscuridad. Y mientras miro a Felicity a mi lado, con su mano entrelazada con la mía, siento que una nueva fuerza me invade y que me impulsa a luchar por ella, por nuestro amor, por un futuro juntos donde la felicidad sea la protagonista.





Capítulo 23

Felicity

El miedo me oprime el pecho y me impide respirar con normalidad. Siento un nudo en la garganta que me dificulta tragar, y mis manos tiemblan ligeramente. Observo el paisaje que pasa a toda velocidad a través de la ventanilla del automóvil, pero las imágenes se desdibujan ante mis ojos. No puedo creer que Christian haya asesinado a alguien. La noticia me ha golpeado tan fuerte, despertando en mí una mezcla de horror, incredulidad y culpa.

«Si lo hubiera denunciado...», pienso con angustia. *«Si hubiera tenido el valor de hablar, tal vez esa chica seguiría viva»*. El remordimiento me carcome, me hace sentir responsable de una muerte que no pude evitar. Entonces, bajo la mirada y veo mi mano entrelazada con la de Paul. Su mano, grande y cálida, me transmite una sensación de seguridad y protección que me calma. Me siento a salvo a su lado, como si nada malo pudiera sucederme mientras esté con él.

—Paul —lo llamo con un hilo de voz, sintiendo la necesidad de romper el silencio—. ¿Crees que Christian... crees que vendrá a por mí?

Me mira con ternura, y sus ojos verdes me transmiten una calma que necesito con desesperación.

—No va a pasarte nada, nena —asegura—. Te lo prometo. Estoy aquí para protegerte.

—Pero... ¿y si me encuentra? —pregunto con la voz temblorosa.

—No lo hará —afirma—. No voy a permitirlo. Te llevaré a un lugar seguro, donde nadie pueda hacerte daño.

Sus palabras me reconfortan, y me aferro a su mano con más fuerza. Tengo la certeza de que he encontrado a la persona correcta en el momento indicado. Paul, con su fuerza y su determinación, me da la seguridad que necesito para enfrentar mis miedos.

—No tengo mi teléfono —digo de pronto, recordando que lo rompí durante el ataque de pánico—. No puedo avisar a Connor ni a Conrad, que nos vamos de viaje.

—No te preocupes —comenta con una sonrisa—. Ya les he avisado. Saben que estamos saliendo de Londres. Y están moviendo sus contactos para protegerte.

Respiro aliviada. Los hermanos Walton siempre están ahí, velando por mí, incluso en la

distancia. Son mi familia y mi red de seguridad. Aunque a veces me siento abrumada por su protección, agradezco tenerlos a mi lado. El automóvil se desliza por las calles de Londres, alejándose del centro de la ciudad. Pronto, llegamos al aeropuerto privado. Paul estaciona frente a un *jet* elegante y moderno, con las turbinas rugiendo impacientes. Bajamos del automóvil, y el aire frío me golpea el rostro. Un escalofrío me recorre la espalda, pero esta vez no es solo por el miedo. Es la emoción de la aventura, la incertidumbre del futuro y, la esperanza de un nuevo comienzo.

Toma mi mano y me guía hacia el avión. Subimos la escalerilla, y al entrar en la cabina, me quedo impresionada por el lujo y la comodidad del interior. Asientos de cuero, mesas de madera pulida, una pequeña cocina... Es como un apartamento de lujo en miniatura.

—Ponte cómoda —me pide, señalando uno de los asientos—. El vuelo será corto.

Me siento y me abrocho el cinturón de seguridad. Ocupa la butaca que está a mi lado, y toma mi mano entre las suyas. Me mira a los ojos, y su mirada me transmite una calma que me tranquiliza. Y yo le creo. Porque con Paul a mi lado, rodeada por la seguridad que irradia su presencia, siento que puedo enfrentar cualquier cosa, incluso mis miedos más profundos. Nos acomodamos en los asientos de cuero del *jet,* y una azafata se acerca con una sonrisa amable, ofreciéndonos bebidas. Pide un *whisky,* y yo, un té de hierbas para calmar los nervios. Mientras la azafata se aleja, acerca su mano a mi rostro y lo acaricia con ternura.

—Todo va a salir bien, Felicity —asegura con una sonrisa que me tranquiliza—. Te lo prometo.

Sus palabras son un bálsamo para mi alma, y me aferro a su promesa como si fuera un salvavidas. Sin embargo, justo cuando empiezo a relajarme, un ruido inesperado rompe la tranquilidad de la cabina. Un golpe seco, seguido de un grito ahogado. Levanto la vista con el corazón en un puño, y lo que veo me hiela la sangre.

Christian Morgan, con el rostro desencajado por la furia, está de pie en la entrada de la cabina, apuntando con una pistola a Paul. No puedo creer lo que ven mis ojos. Es como si una pesadilla se hubiera materializado frente a mí. El miedo me paraliza y, me impide respirar o gritar.

—¡Suéltala, Hyatt! —grita Christian, con la voz llena de odio—. O te juro que te mato.

Paul se levanta de un salto, interponiéndose entre Christian y yo. Su rostro está tenso, pero sus ojos brillan con determinación.

—No te atrevas a tocarla, Morgan —advierte con voz firme—. O te arrepentirás.

Christian se ríe con sarcasmo, y su dedo aprieta el gatillo. Un disparo ensordecedor resuena en la cabina, y el olor a pólvora me invade las fosas nasales. Veo a Paul tambalearse hacia atrás, con una mancha roja que se extiende rápidamente por su camisa blanca desde su hombro hacia su brazo. Un grito agudo escapa de mi garganta, y el miedo me paraliza por completo.

Christian se abalanza sobre Paul, y ambos forcejean en el estrecho pasillo del avión. La pistola cae al suelo, y los dos hombres luchan cuerpo a cuerpo, con una furia que me aterra. Gritos, golpes, insultos... la escena es un caos, un torbellino de violencia que me hace sentir que estoy viviendo una pesadilla. Caen en el piso y me estremezco.

De pronto, suena otro disparo. El grito de dolor proviene de Paul mientras siguen peleando cuerpo a cuerpo. La sangre mancha la alfombra del avión, y un sollozo escapa de mis labios. No puedo moverme y tampoco respirar. El terror me ha paralizado por completo. Mi ex se levanta golpeando a mi novio en el rostro, mientras observo todo llena de terror.

—No podrás salvarla —su burla.

Se acerca a mí con la mirada llena de odio. Levanta la pistola, apuntándome a la cabeza. Y en este instante, el mundo se detiene. Cierro los ojos, esperando el final. La oscuridad me envuelve

como un sudario, y los recuerdos, agudos y dolorosos, se abren paso en mi mente, trayendo consigo una mezcla de terror y náuseas. Tres años han pasado desde que mi exprometido, desapareció de mi vida, dejando un dolor que nadie podido desvanecer. He intentado olvidar y reconstruir mi mundo sobre los escombros de mi corazón roto, mas su presencia sigue siendo una sombra persistente, un fantasma que me persigue en la oscuridad.

Al ver de nuevo al hombre que una vez amé, el que me causó tanto daño, un escalofrío me recorre la espalda, como una premonición de la tragedia que se avecina.

De pronto, los recuerdos de todo lo que he vivido junto a Paul, pasan por mi mente como una película. Su risa, su mirada llena de amor, su voz cálida y reconfortante... todo reemplazado ahora por la ira, la traición, la desesperación. *«¿Por qué has vuelto, Christian?»*, pienso con angustia, sintiendo que cada latido de mi corazón es un recordatorio de su crueldad, de su capacidad de destrucción. Sin embargo, no tengo tiempo para reflexionar, para analizar la situación, cuando siento el frío del cañón en mi sien. Abro los ojos y me encuentro con la mirada llena de odio de Christian. Se acerca lentamente, como un depredador que acecha a su presa, con la pistola la pistola en mi cabeza. Su calma es aún más inquietante que su furia.

—Te he encontrado, Felicity —habla con una voz gélida que resuena en mis oídos como una sentencia de muerte—. Nunca te dejaré ir.

El terror se apodera de mí y me va invadiendo como una ola gigante. Siento un vacío en el estómago, un frío que me recorre los huesos. La figura de Christian se agiganta en mi mente y se transforma en un monstruo implacable. Cada recuerdo de nuestra relación se convierte en una daga que se clava en mi corazón. No es solo el hombre que amé, es el hombre que me humilló, que me golpeó y que me violó. Es el hombre que me robó la inocencia, la confianza y la alegría.

Christian levanta la pistola hacia mi novio, y un grito desgarrador escapa de mi garganta.

—¡Paul! —imploro con la voz rota por el miedo.

Solo que mis palabras se pierden en el estruendo de un disparo. Veo a Paul caer nuevamente al suelo y todo su pantalón está lleno de sangre. Otro grito ahogado escapa de mis labios, y el mundo se derrumba a mi alrededor. Christian se abalanza sobre mí, y siento cómo mi corazón se acelera al reconocer la intensidad de su mirada. Me agarra del brazo con una fuerza brutal, esa misma fuerza que tantas veces me ha hecho temer por mi vida. Un pinchazo agudo recorre mi cuerpo, y un chillido de dolor se escapa de mis labios, resonando en el *jet*. En este momento, recuerdo vívidamente las noches interminables de sufrimiento, el control que él ejercía sobre mí, la violencia de sus acciones. Cada golpe, cada insulto, cada instante de miedo se agita en mi mente.

A medida que una sustancia fría se extiende por mi cuello, el adormecimiento comienza a apoderarse de mí, como una marea que arrastra todo a su paso. Siento cómo la opresión se apodera de mi cuerpo, mis extremidades pesan como si estuvieran sumergidas en un lago helado. Mi visión se nubla, y los contornos de la habitación se desvanecen, convirtiéndose en meras sombras. En mi mente, un pensamiento de combate se repite, *«no puedo permitir que esto termine así»*.

En medio de la confusión y la pérdida de contacto con la realidad, logro distinguir la figura de Paul a lo lejos. Lucho contra mi exprometido, que me ha arrastrado hasta acercarme a la puerta. Puedo ver el rostro de mi novio, normalmente lleno de amor y apoyo, ahora se muestra tenso y angustiado. Escucho su voz inundada de preocupación y desespero, llamándome con urgencia. Siento cómo su presencia intenta atravesar la niebla que me envuelve, que me arrastra hacia la inconsciencia.

A pesar de la turbulencia emocional que me envuelve, el deseo de escapar, la necesidad de

sobrevivir, son más fuertes que el veneno que recorre mis venas. Un destello de determinación ilumina mi mente. *«No permitiré que Christian me venza otra vez»*. Me aferro a todo lo que he vivido con Paul y dentro de mí surge una fuerza indomable. Juntos, con la luz de Paul guiándome y mi voluntad inquebrantable, estaremos listos para enfrentar lo que venga.

—¡No! ¡No te la lleves! —grita Paul con desesperación, mientras Christian me arrastra hacia la salida del avión.

Sus palabras se desvanecen en la oscuridad que me envuelve. Cierro los ojos, dejando que la inconsciencia me arrastre, sabiendo que el destino que tanto temía ha comenzado a reclamarme. Y mientras me hundo en la negrura, un solo pensamiento me atormenta, *«Paul, perdóname»*.





Capítulo 24

Paul

Observo con una rabia que me consume cómo Christian se la lleva. Mi Felicity, mi mujer, en los brazos de ese malnacido que la atormentó en el pasado. Intento levantarme, pero un dolor agudo me lo impide. Las balas se alojaron en mi hombro y en mis piernas, y la sangre empapa mis pantalones. Rebusco en mi bolsillo, con los dedos temblorosos, hasta encontrar mi teléfono. Marco el número de Conrad, con la esperanza de que aún estemos a tiempo de salvarla.

—Wyatt, dime... —contesta Conrad con voz preocupada.

—Se la llevó —informo con un gemido, sintiendo que las fuerzas me abandonan—. Estoy herido, pero salva a Felicity. Yo no importo.

Escucho a Conrad maldecir, y creo oír la voz de Taylor al fondo. Un vahído me invade, y tengo que hacer un esfuerzo para mantener la consciencia.

—¿Dónde estás? —pregunta con urgencia.

—En la pista de aterrizaje —respondo con dificultad—. Nos estaba esperando.

—Aguanta, Paul —me pide con firmeza—. Estoy enviando a la seguridad del aeropuerto. Y voy directo a Scotland Yard a denunciarlo.

Cuelgo la llamada, sintiendo que me desangro. Sin embargo, lo único que me importa es Felicity. Ruego a Dios que no le pase nada, que ese monstruo no la vuelva a lastimar. *«Me quiero quedar, me quiero quedar»*, pienso con desesperación, imaginando a mi mujer aferrándose a mí, buscando consuelo en mis brazos. Solo que la realidad es que estoy herido, indefenso, y ella está en manos de un psicópata.

Escucho las sirenas a lo lejos, y una rabia impotente me invade, quemándome las entrañas. *«¿Cómo no pude prever esto?»*, me repito una y otra vez, golpeando el suelo con el puño. Sabía que Christian era peligroso, que su obsesión por Felicity no tenía límites. Y ahora, por mi culpa, por no haber tomado más precauciones, ella está en sus garras. Mi error me carcome y me asfixia.

Me arrastro como puedo hacia la puerta del *jet*, dejando un rastro de sangre a mi paso. El dolor en mis piernas es insoportable, mas la angustia por Felicity es aún mayor. Al llegar a la puerta,

veo el cuerpo desplomado de la azafata, inmóvil, con la mirada perdida en el vacío. Un nudo se me forma en la garganta, y las lágrimas amenazan con desbordarse. No puedo entender cómo Christian ha podido actuar con tanta impunidad durante tanto tiempo, cómo ha podido seguir maltratando y asesinando mujeres sin que nadie lo detuviera. Sin embargo, la respuesta me golpea con la fuerza de un rayo, es el dinero.

El dinero es el escudo que protege a los poderosos, el que les permite comprar el silencio, la impunidad y la justicia. El poder que posee es lo que ha permitido que Christian siga libre, haciendo daño a tantas mujeres.

Y decido que si sobrevivo, que no voy a quedarme de brazos cruzados. Aunque esté herido, aunque me cueste la vida, voy a luchar por Felicity. Voy a hacer que Christian pague por sus crímenes. Voy a usar mi fortuna, mi influencia, todo lo que tengo a mi alcance, para que se haga justicia, porque ninguna mujer merece sufrir lo que ella ha sufrido. Ya no podemos permitir que las mujeres sean silenciadas, ignoradas y abandonadas a su suerte.

La violencia contra las mujeres no puede quedar impune. Porque las víctimas deben ser escuchadas, protegidas, y los agresores, castigados con todo el peso de la ley.

Las sirenas se acercan, y el dolor se intensifica, arrastrándome hacia la oscuridad. Antes de perder el conocimiento, un último pensamiento me reconforta: Felicity. Mi pelirroja, la mujer que me ha enseñado a amar de nuevo, la mujer que ha llenado mi vida de luz y alegría. *«Te amo, Felicity»*, pienso con un último suspiro, antes de que la oscuridad me envuelva por completo.

∞∞∞

Felicity

Despierto desorientada, con la mente nublada y el cuerpo inmovilizado. Intento moverme, pero una cuerda gruesa me ata las manos a la espalda. Una mordaza me impide gritar, y la tela áspera raspa mi piel. Me remuevo desesperada, intentando liberarme, y las lágrimas me queman los ojos. Me niego a llorar, a darle a Christian la satisfacción de verme sufrir. No voy a permitir que me robe la fuerza que tanto me ha costado conseguir.

Las imágenes del *jet*, de Paul cayendo al suelo tras el disparo, me asaltan con la fuerza de un maremoto. *«Paul, Dios mío, que esté bien»*, ruego en silencio, con el corazón latiendo con fuerza. Me muevo con desesperación, y caigo de la cama, golpeándome el hombro con fuerza. El dolor me atraviesa como un rayo, mas no me detengo. Sigo luchando, intentando desatarme, buscando una salida. Nunca debí subestimar a Christian, a su mente retorcida y a su sed de venganza. Los narcisistas como él disfrutan haciendo daño, se alimentan del sufrimiento de los demás. Y yo, que fui su víctima durante tanto tiempo, me niego a serlo de nuevo. No pienso morir aquí, no pienso dejar que me destruya.

La puerta se abre, y un escalofrío me recorre la espalda. Escucho un silbido, y me quedo inmóvil, conteniendo la respiración. Los pasos de Christian se acercan, y el sonido de sus botas sobre el suelo de madera me crispa los nervios.

—¿Crees que vas a escapar? —pregunta con una voz burlona que me llena de rabia—. Debí matarte aquella noche. La idea era darte una lección, maldita zorra, no que escaparas y abrieras

las piernas para otro.

Sus palabras me hierven la sangre. En su mente enferma, sigue creyendo que le pertenezco, que tiene derecho sobre mí. Sin embargo, nunca fui suya. Estaba enamorada de la ilusión de un hombre que me protegería, que me amaría. Esa ilusión se desvaneció hace mucho tiempo, reemplazada por el miedo y la repulsión.

Se agacha y me agarra del pelo, tironeando con fuerza. Grito de dolor, y me obliga a sentarme frente a él. Durante tres años, el miedo me impidió vivir. Solo que ahora, al verlo de cerca, con su rostro contorsionado por la ira, lo único que siento es lástima. Christian es un cobarde, un ser débil que solo se siente poderoso haciendo daño a los demás.

—Te extrañé, Fel —dice con una voz que intenta ser seductora—. Eras la única que comprendía mi forma de amar.

Le escupo en la cara, y recibo un puñetazo que me hace ver las estrellas. Mi mandíbula me late con fuerza, y siento que la cabeza me va a estallar.

—¿Ves lo que me haces hacer? —pregunta con falsa indignación—. Quiero ser bueno contigo, pero me provocas.

Suelto una carcajada amarga.

—Esto no es amor —contesto con desprecio—. Estás obsesionado. Y has venido a terminar lo que empezaste hace tres años.

Me toma por el mentón, con esa fuerza que conozco tan bien, la misma que tantas veces ha usado para hacerme daño. Me obliga a mirarlo a esos ojos azules que antes me hipnotizaban, y que ahora solo me inspiran terror. *«Hay personas que parecen ángeles, pero son demonios disfrazados»,* pienso, recordando las palabras de Paul. *«Monstruos que se esconden tras una máscara de normalidad, que te sonríen mientras planean tu destrucción»*.

Y Christian es uno de ellos. Un maestro de la manipulación, un experto en el arte del engaño. Atrajo a sus víctimas con su carisma, con su belleza, con sus falsas promesas de amor y seguridad. Las envolvía en una telaraña de encanto y seducción, haciéndolas sentir especiales, únicas, amadas. Y luego, cuando ya estaban atrapadas en su red, mostraba su verdadera cara: la de un depredador sin escrúpulos, capaz de infligir el peor de los dolores.

Lo miro a los ojos, y en ellos veo la misma frialdad, la misma crueldad que tantas veces me ha hecho temblar. Sin embargo, esta vez, no voy a dejar que me domine el miedo. He aprendido la lección, que las apariencias engañan, que la belleza puede esconder la más profunda oscuridad. Y he aprendido que el amor no se manifiesta con golpes, ni con insultos, ni con control. El amor verdadero es respeto, es libertad y es confianza.

—No te tengo miedo, Christian —afirmo, y mi voz, a pesar del temblor en mis manos, suena más fuerte de lo que esperaba—. Ya no me controlas.

Sonríe con desprecio, y su sonrisa me produce náuseas.

—¿Crees que puedes escapar de mí, Felicity? —pregunta con arrogancia—. Eres mía. Siempre lo serás.

—Nunca fui tuya —respondo con rabia—. Y nunca volveré a serlo.

—Te equivocas —revira con una voz amenazante—. Voy a recuperarte, cueste lo que cueste. Y cuando lo haga, te arrepentirás de haberme dejado.

—Puedes matarme —indico con frialdad, mirándolo directamente a los ojos—. Pero tú también morirás. Y tu familia, esa familia a la que tanto proteges, quedará marcada para siempre por tus crímenes. Todos aquellos que te besaron los pies, que te admiraron y que te envidiaron, te despreciarán. Tu apellido será sinónimo de vergüenza y desgracia.

Las palabras salen de mi boca con una fuerza que me sorprende. No es solo valentía, es la

certeza de que estoy diciendo la verdad. Christian, con su ambición desmedida y su ego descontrolado, no soportaría la humillación pública y la caída en desgracia. Eso es lo que le espera si me hace daño.

—Piénsalo bien, Christian —le advierto con una voz que no tiembla—. ¿De verdad vale la pena arriesgarlo todo por una obsesión enfermiza?

Me mira con los ojos llenos de ira, pero en el fondo, detecto un atisbo de duda, una grieta en su armadura de arrogancia. En este momento crucial, siento que he sembrado una semilla de incertidumbre en su mente, una que con suerte, crecerá hasta hacerlo desistir de sus oscuros planes.

Mientras lo observo, con la determinación de una mujer que ha sobrevivido al infierno, un pensamiento me reconforta: *«no estoy sola»*. Tengo a Paul, a la familia Walton y a todas las personas que me aman y me protegen. Su presencia es un escudo a mi alrededor y, juntos, enfrentaremos a este monstruo que ha tratado de aplastarme.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Su voz resuena desesperada, llena de una confusión perversa —. Te merecías todo. Por eso te pedía perdón por cada golpe. Me dolían mucho más a mí que a ti…

Gimo, tratando de contener el torrente de emociones que me invaden. Sus palabras, llenas de una justificación enfermiza, me hacen revivir el dolor, la humillación, la impotencia que sentí durante años.

—No era un mal comportamiento, Christian —reviro con fuerza, a pesar del temblor en mi voz—. No tenía por qué sufrir. No merecía ser golpeada.

Recuerdo las mañanas en que me despertaba con el cuerpo dolorido, cubriendo cada moretón con maquillaje, con la esperanza de que nadie notara las huellas de su violencia. Recuerdo los días en que me esforzaba por usar ropa que ocultara mis brazos, porque temía las miradas atentas de los demás, las acusaciones que no pronunciaban, pero que ya resonaban en mi mente como un eco de su voz. *«Eres torpe, Felicity, eres una inútil", te mereces lo que te pasa»*.

—No sabes lo que dices —rebate Christian, como si su negación pudiera borrar la realidad—. Te veía con ellos y me enloquecía. Te lo juro, esa noche solo te hice el amor.

—¡Abusaste de mí! —grito, al borde de las lágrimas, sintiendo que mi voz es un eco de todas las mujeres que no han podido alzar la suya—. Me violaste y me humillaste. Me pegabas antes de dormir, porque según tu lógica retorcida, me lo merecía todo.

Me repetía una y otra vez que debía estar agradecida, que él me había rescatado de una vida miserable. Construí un libreto de mentiras para justificar lo injustificable, para protegerme de las miradas inquisidoras, para ocultar la vergüenza que me consumía. "Me golpeé con una puerta", "me caí por las escaleras"... y poco a poco, me fui apagando.

—No me mataste físicamente, Christian, pero durante el tiempo que vivimos juntos, me convertiste en una sombra, un fantasma que vagaba por la vida sin alegría y sin esperanza. Me robaste la luz, la energía, la capacidad de amar y ser amada. Me apagaste por dentro, dejándome vacía, hueca, como una muñeca rota.

En un arrebato de rabia, se abalanza sobre mí y me agarra del cuello con sus manos. Siento la presión, la falta de aire, como si la vida se me escapara entre los dedos. Cierro los ojos, y el terror me inunda. Sé que así mueren miles de mujeres cada día, asfixiadas por la violencia de sus parejas. Y en mi corazón, se instala la culpa. Si tan solo hubiera gritado, si tan solo hubiera tenido el valor de enfrentar lo que estaba sucediendo...

—No quiero hacerte daño, no puedo dañarte —susurra y en un instante de duda, me suelta, dejándome caer al suelo.

Aspiro grandes bocanadas de aire, porque mis pulmones parecen vacíos. Lo veo caminar de un lado a otro, con el rostro lleno de frustración. Sus palabras, llenas de una culpabilidad enfermiza, me golpean como un tsunami, arrastrándome a un mar de inseguridad que creía haber superado. Tras tantos años de sufrimiento, me doy cuenta de que no soy la única. No solo yo, sino millones de mujeres en todo el mundo, hemos sentido la opresión de relaciones tóxicas, la asfixia del control y la violencia. Es una realidad desgarradora que se extiende por todos los rincones del planeta, un enemigo silencioso que se infiltra en los hogares, en las oficinas, en las calles y en las mentes. El simple gesto de un beso puede convertirse en un preludio de violencia, y un abrazo puede transformarse en una prisión. Muchas hemos guardado silencio, muchas cargan con un "Christian" en sus vidas que las ha hecho sentir menos, que las ha humillado y que las ha roto.

Sin embargo, yo ya no soy esa Felicity. He aprendido, he crecido, he sanado. Y estoy lista para luchar, no solo por mí, sino por todas las mujeres que sufren en silencio.

¡Ni una más! Es un grito de guerra que resuena en mi interior y el de muchas otras, un llamado a la acción para todas las mujeres que viven con miedo. Es vital que comprendan que no están solas, que no deben callar, que no deben aceptar el maltrato como una forma de amor.

No deben temer, ni sentirse culpables por ser quienes son. No deben tener miedo de caminar solas por la calle, ni de vestirse como les plazca. El amor no debería doler, debería ser un refugio, un espacio seguro donde crecer y ser felices.

—No quiero matarte, Fel —musita, y en sus ojos veo una chispa de vulnerabilidad, de humanidad, que me hace recordar al chico del que me enamoré—. No quiero hacerte daño.

—Entonces no lo hagas —respondo, con la voz temblorosa pero firme—. Déjame ir. Podemos resolver esto juntos, pero tienes que entender que el amor verdadero nunca causa dolor. La violencia nunca es una forma de amor. Es hora de que ambos dejemos atrás este ciclo destructivo.

Si pudiera, le ofrecería mi mano en señal de paz y de reconciliación, solo que estoy atada y a su merced, vulnerable ante su furia impredecible. A pesar del miedo que me paraliza, una nueva esperanza florece en mi corazón, débil pero persistente. Quizás, solo quizás él pueda cambiar. A lo mejor pueda ver la luz, reconocer el daño que ha causado, y buscar la ayuda que necesita para sanar su alma enferma.

Es una esperanza frágil, lo sé. Un hilo delgado que se aferra a la posibilidad de un futuro diferente, uno donde él deje de ser un monstruo y se convierta en el hombre que alguna vez amé, el que creí que era. Un futuro donde la violencia y el dolor den paso a la comprensión y la paz.

Y mientras espero su respuesta, con la respiración contenida y el corazón latiendo con fuerza, me aferro a esa esperanza como a un salvavidas. Porque a pesar del miedo y la incertidumbre, anhelo un final donde ambos podamos dejar atrás el pasado, donde las heridas cicatricen y el perdón nos libere.

Un final donde Christian encuentre la redención, y yo, finalmente, pueda vivir sin miedo…





Capítulo 25

Felicity

El tiempo se estira y se distorsiona en la claustrofóbica habitación del motel, mientras Christian —cual fiera enjaulada—, deambula sin descanso de un lado a otro. La tensión se palpa en el aire, espesa y asfixiante. Cada vez que el lúgubre aullido de las sirenas rompe el silencio, su cuerpo se tensa, anticipando el cerco que se estrecha a su alrededor. A pesar de su bravuconería, percibo en sus ojos una sombra de resignación, la cobardía que lo consume ante la incapacidad de afrontar la magnitud de sus actos. El hombre que se creía por encima de la ley, ahora se enfrenta a la cruda realidad de su destino.

Mis pensamientos, como aves atrapadas en una tormenta, revolotean sin control. Me angustia la incertidumbre sobre el estado de Paul, preguntándome si estará a salvo, si sus heridas serán graves. Al mismo tiempo, me reconforta la certeza de que Connor y Conrad, estarán tras mis pasos, moviendo cielo y tierra para encontrarme.

¿Cómo supo Christian? Esa pregunta me atormenta. ¿Cómo se enteró de mis planes con tanta anticipación? La imagen de su asistente muerta me persigue, y la necesidad de conocer los detalles de su fallecimiento es abrumadora, a pesar del terror que me provoca.

Se sienta a mi lado en la cama, rompiendo mis cavilaciones. Una oleada de repulsión me invade, a pesar de los gritos de mi mente que me instan a mantener la calma, a no provocarlo. Su cercanía me resulta insoportable, como si una serpiente venenosa se enroscara a mi alrededor. El aroma a sudor y tabaco que emana de su cuerpo me repugna, y su mirada, cargada de una oscura obsesión, me hiela la sangre.

—¿Cómo sabías que íbamos al *jet*? —le pregunto, forzando mi voz a sonar serena, a pesar del temblor que me recorre. El miedo se filtra en mis palabras, traicionando mi intento de mantener la calma. Necesito respuestas, necesito entender cómo Christian ha logrado anticiparse a cada uno de mis movimientos, cómo ha logrado tejer su red a mi alrededor con tanta precisión.

Sé que es una pregunta arriesgada, que podría despertar su ira. Sin embargo, la curiosidad me corroe, me impulsa a buscar una explicación a esta pesadilla que parece no tener fin. Y mientras espero su respuesta, con la respiración contenida y el corazón latiendo con fuerza, me preparo

para lo peor.

Se ríe, burlándose abiertamente, consciente de que estoy intentando distraerlo. Christian siempre ha sido un maestro a la hora de anticipar mis pensamientos.

—Me llegó una foto tuya con ese maldito de Paul Wyatt. Tres años ocultándote de mí y tú, sin embargo, te atreviste a buscar a otro —me reprocha, su voz es un cuchillo afilado que corta el aire y, en mi estómago, se forma un nudo de terror—. Te vi y la furia se apoderó de mí. Recordé cómo solías vestirte: esas camisas ajustadas que apenas cubrían tu piel, faldas que resaltaban cada curva, cada parte de ti que creías que te daba poder. Una noche, mi asistente y yo, estuvimos en la misma habitación y me quedé más tiempo del que debí. Ese fue el momento en que saqué a relucir mi verdadero yo; le demostré a esa perra que soy un hombre. No hay nada que valga más que ese tipo de control. Ellas, chicas como Kate, son insignificantes, solo un pasatiempo, un objeto de desprecio. Al final, no valen nada.

—¿La mataste? —pregunto con el miedo constriñendo mi pecho.

—Me pidió que le apretara el cuello... y se me fue de las manos —responde, su voz es un veneno disfrazado de inocencia. Mientras coloca su mano en mi pierna, un escalofrío recorre mi cuerpo; su toque es una ofensa y me resulta repulsivo—. Sabes que me gusta fuerte, y eso era lo que quería.

Sus palabras me revuelven el estómago, me ahogan. Imagino a Kate, su víctima, y su nombre resuena como un grito de auxilio en mi mente: *«Kate merece justicia»*. Las lágrimas caen silenciosas por su destino, un recordatorio doloroso de que, a diferencia de ella, yo aún tengo la oportunidad de gritar mi verdad.

—No llores, Fel. Tenía que desahogarme antes de venir contigo. No voy a perderte, no ahora que te tengo. —Su risa es maníaca, llena de una locura descontrolada—. Mi padre se encargará; borrará todo, como siempre ha hecho. —La incredulidad se dibuja en mi rostro—. Él siempre me protege.

Un abismo de horror se abre ante mí, tragándome por completo. *«¿Así de fácil es para él deshacerse de una vida?»*, pienso con incredulidad, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda. La cruel realidad explota en mi mente, el dinero y el poder son capaces de borrar las huellas del abuso, de silenciar a las víctimas y de hacerlas desaparecer como si nunca hubieran existido.

Las palabras de Christian resuenan en mi mente como un eco macabro: *"Las perras como ella no valen nada"*. Y una rabia profunda, mezclada con una tristeza infinita, me invade. Kate, la asistente de Christian, se ha convertido en una estadística más, en una víctima olvidada, en un nombre que se perderá en el laberinto de la impunidad.

—¿Hay más mujeres como ella? —pregunto, incapaz de ocultar la inquietud en mi voz.

—Sí, por eso te amo. Eres la única que se deja amar como sé. Quizás todo esto se deba a la puta de tu madre. Al final, tu padre la mató por eso.

Su declaración me deja sin aliento, un vacío helado se abre en mi estómago. Tragando un torrente de emociones que amenazan con desbordarme, me aferro a la consciencia, a la necesidad de mantener la mente clara. Estoy allí, en esa habitación sórdida, con el monstruo que una vez amé sentado a mi lado, mas mi mente se disocia, se refugia en un lugar lejano donde el dolor no puede alcanzarme. Y ahí, un nuevo propósito comienza a tomar forma.

Si logro salir de este tormento, dedicaré mi vida a ayudar a otras mujeres. A las que, como Kate, han sido silenciadas, ignoradas, aplastadas por la violencia de hombres que se esconden tras una máscara de normalidad. Utilizaré mi voz, mi experiencia, para gritar al mundo la verdad sobre el abuso, para romper el silencio que protege a los agresores. Buscaré la ayuda de la familia Walton, de su influencia y de su poder, para amplificar las historias de aquellas que han

sufrido en la oscuridad, para que sus voces sean escuchadas y, que se haga justicia.

No quiero ser parte de esa estadística desgarradora. No quiero que mi historia se repita una y otra vez, en un ciclo interminable de violencia y silencio. Quiero que la historia cambie, que las mujeres alcemos la voz, que denunciemos el abuso sin miedo, que nos apoyemos mutuamente, que rompamos las cadenas que nos atan al miedo y la culpa.

«¡Ni una más!», pienso con una determinación que nace de las cenizas del dolor. No permitiré que Christian, ni ningún otro hombre, me robe la voz, me arrebate la libertad, me quite las ganas de vivir. Lucharé por mi vida, por mi futuro y por todas las mujeres que han sido silenciadas, por todas las que han sido víctimas de la violencia. Porque merecemos vivir sin miedo, logremos amar sin dolor y, así ser libres.

Y en este instante, a pesar del terror que me invade, una chispa de esperanza se enciende en mi interior, como una pequeña llama que se niega a extinguirse. Me imagino un futuro donde la violencia contra las mujeres sea erradicada, donde la justicia prevalezca y el amor sea sinónimo de respeto y libertad. Y me aferro a esa esperanza con todas mis fuerzas, porque es la única arma que tengo contra la oscuridad que me rodea, la única fuerza que me impide sucumbir al miedo.

Las sirenas retumban en la distancia, cada vez más cerca, y el sonido de neumáticos chirriando sobre el asfalto rompe el silencio de la noche. Christian se levanta de golpe, con los ojos desorbitados y la respiración agitada. Saca el arma, y cierro los ojos, esperando el final. Pienso en Connor, mi mejor amigo, en Conrad, en sus padres y en Paul... en todas las personas que amo.

La imagen de Paul no me abandona. En tan poco tiempo, se ha convertido en mi todo, mi refugio, mi luz y mi razón de ser. Porque todos buscamos ese amor que nos sanará, que nos haga sentir completos, a pesar de nuestras fragilidades.

Un amor que nos acepte tal como somos, en nuestra imperfecta perfección.

—¡Christian Morgan, salga con las manos en alto! Lo tenemos rodeado —anuncia una voz a través de un megáfono.

—Vamos, Felicity —ordena, jalándome del brazo con brusquedad. El dolor me retuerce, y me tambaleo al intentar levantarme—. Si voy a morir, morirás conmigo.

Me quedo mirándolo, con el corazón latiendo con fuerza. Coloca el cañón frío de la pistola en mi sien, y una sonrisa retorcida se dibuja en su rostro. No puedo creerlo. Realmente quiere que todo termine así, en un acto de locura y destrucción. Sin embargo, no me voy a rendir. No voy a dejar que me arrastre a la muerte. Voy a luchar hasta el final, por mi vida, por mi libertad y por el amor que he encontrado.

—No lo haré, Christian —reviro, a pesar del miedo que me paraliza—. No voy a morir contigo.

—No me desafíes, Felicity —me amenaza con la voz llena de rabia—. No te conviene.

—Ya no me controlas, Christian —respondo con valentía—. Y no voy a dejar que me mates.

—Eres mía, Felicity —afirma con obsesión—. Siempre lo serás. Y si no puedo tenerte, nadie lo hará.

—Te equivocas —reviro con la voz llena de desprecio—. Ya no te pertenezco. Y nunca volverás a tenerme.

Aprieta el gatillo, y un disparo ensordecedor resuena en la habitación. Sin embargo, no siento dolor. Abro los ojos, y veo a Christian caer al suelo, con una mancha roja que se extiende por su frente. Un policía entra en la habitación, con el arma en la mano.

—Señorita Jones, ¿se encuentra bien? —pregunta el policía, acercándose a mí.

Asiento con la cabeza, incapaz de articular palabra. Estoy en *shock*, mi mente aun procesando la velocidad de los acontecimientos, el cambio repentino del terror a la liberación. Una certeza se

abre paso entre la confusión, estoy a salvo. Christian Morgan, el monstruo que ha ensombrecido mi vida durante años, ha muerto. Y con él, la pesadilla que me ha perseguido sin tregua se desvanece como el humo.

Finalmente: *soy libre.*

Unos paramédicos entran en la habitación, con sus uniformes azules y sus rostros serenos. Me desatan con cuidado, y sus voces, aunque distorsionadas por la conmoción que todavía me aturde, me tranquilizan. Me envuelven en una manta térmica, y el calor me reconforta, me devuelve a la realidad. Me suben a una camilla, y mientras esperamos salir del motel, las luces de las sirenas me ciegan por un instante. Entre el mar de uniformes azules y rojos, distingo dos figuras que se abren paso con determinación, saltándose el cordón policial. Son Connor y Conrad, con los rostros llenos de preocupación y alivio. Han venido por mí. Ellos son mi familia, mi refugio, mi hogar. Me siento rodeada por su amor y su protección, las lágrimas que he contenido durante tanto tiempo finalmente se liberan, lavando el miedo y el dolor que he cargado durante años.





Capítulo 26

Felicity

Cuando Connor entra en la ambulancia junto a Conrad, ambos intentan abrazarme, pero los paramédicos les piden que mantengan la distancia mientras me examinan. Aun así, sus miradas llenas de preocupación y alivio me reconfortan. No puedo dejar de llorar mientras me aferro a las solapas de la chaqueta de Connor, buscando el consuelo de su presencia.

—Gracias... —digo con voz temblorosa, una palabra que encierra un torrente de emociones: gratitud, amor y alivio.

Ellos han salvado mi vida de tantas maneras que no tienen ni idea. Me han protegido, me han apoyado, me han dado una familia cuando más la necesitaba. Y ahora, gracias a ellos, estoy a salvo.

—¿Te hizo daño? —pregunta Connor con la voz llena de miedo, examinando mi rostro con preocupación.

—No —respondo, negando con la cabeza—. Me dijo que deseaba dañarme, pero no lo hizo. —Hago una pausa, y mi voz se quiebra al recordar a Paul—. ¿Paul...?

—Está bien —me informa Conrad con una sonrisa tranquilizadora—. Loco por verte. Tuvieron que sedarlo después de operarlo. —Carraspea—. Casi se desangra, pero está estable.

Rompo a llorar de nuevo, esta vez con lágrimas de alivio y preocupación por el hombre que amo.

—Se acabó... se acabó —sollozo, aferrándome a las manos de Connor y Conrad—. Soy libre.

—Siempre lo fuiste, niña —afirma Conrad con ternura—. Ahora, te toca ser feliz, porque ni el cielo es el límite para ti.

Sus palabras me llenan de esperanza, y una sonrisa se asoma entre las lágrimas. Christian Morgan ya no puede hacerme daño. Estoy a salvo, rodeada de las personas que amo. Aunque el camino hacia la recuperación será largo, sé que podré superarlo, porque tengo a Paul, tengo a los Walton, y me tengo a mí misma. Y eso es todo lo que necesito.

—Tenemos que pedirles que se bajen —comenta uno de los paramédicos, con voz amable pero firme—. El protocolo exige que solo el paciente viaje en la ambulancia.

Connor y Conrad intercambian una mirada de preocupación, pero antes de que puedan protestar, intervengo.

—No, por favor —pido con voz débil pero decidida—. Necesito que se queden conmigo. Ellos son mi familia.

Los paramédicos dudan un instante, mas al ver la expresión de angustia en mi rostro y la determinación en los ojos de Connor y Conrad, acceden.

—De acuerdo, señorita Jones —acepta uno de ellos—. Pero por favor, intenten mantenerse tranquilos. Necesitamos que se relaje para poder examinarla.

Connor se sienta a mi lado, tomándome la mano, mientras Conrad se coloca en el asiento frente a mí, observándome con atención. La ambulancia arranca con un rugido, y las sirenas vuelven a aullar, solo que esta vez, el sonido me resulta reconfortante. Estoy rodeada de las personas que amo, y eso me da la fuerza que necesito para enfrentar lo que venga.

—Felicity —me llama Connor con voz suave, acariciando mi mano—, cuando todo esto termine, quiero que consideres... bueno, quiero que aceptes cambiarte el apellido.

Lo miro con sorpresa, y niego con la cabeza.

—No, Connor —contesto con seguridad—. No puedo hacer eso.

—Pero Felicity... —insiste con el ceño fruncido.

—Jones es el apellido de mi madre —le explico con la voz cargada de emoción—. Una mujer que fue una estadística más, una víctima olvidada en un país donde es más fácil ir a prisión por una multa de tráfico que por golpear a tu mujer. —Hago una pausa, y las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos—. No puedo cambiar mi apellido, Connor. Es lo único que me queda de ella. Es un recordatorio de la lucha que enfrentó, de la violencia que sufrió y del silencio que la consumió. Y quiero que su nombre y su historia sean recordados. Quiero que su lucha no haya sido en vano.

Connor me mira con comprensión, y sus ojos se llenan de lágrimas. Me abraza con fuerza, y me aferro a él, buscando consuelo en su calor.

—Tienes razón —admite con la voz entrecortada—. Perdóname. No debí presionarte.

—No te preocupes —respondo, devolviéndole el abrazo—. Entiendo por qué lo dijiste. Y te agradezco que siempre estés ahí para mí.

Conrad que ha permanecido en silencio hasta ahora, se inclina hacia adelante y me toma la mano.

—Felicity —me llama con voz firme—, tu madre no fue solo una estadística. Fue una mujer valiente que luchó contra la violencia. Y tú, al igual que ella, eres una luchadora. No te rindas, niña. Sigue luchando por tu felicidad, por tu libertad y por la justicia. Recuerda que no estás sola. Nos tienes a nosotros, y a todas las mujeres que han sufrido en silencio. Juntos, haremos que la historia cambie.

Las palabras de Conrad resuenan en mi interior como un himno a la resistencia, un llamado a la lucha. Me llenan de una fuerza renovada y de una determinación inquebrantable. Mientras la ambulancia avanza hacia el hospital, con las sirenas rugiendo en la noche como un lamento por las víctimas de la violencia, sé que no me rendiré. Lucharé por mi futuro, por construir una vida libre del miedo y el dolor. Pelearé por el recuerdo de mi madre, para que su sufrimiento no haya sido en vano. Y batallaré por todas las mujeres que han sido víctimas de la violencia, para que sus voces sean escuchadas y que la justicia prevalezca.

Porque merecemos un mundo donde el amor no duela, donde las relaciones se construyan sobre la base del respeto y la confianza. Una sociedad donde la justicia no sea un privilegio, sino un derecho para todas y, la libertad no sea una utopía, sino una realidad palpable para cada

mujer, en cada rincón del planeta. Unidas en una sola voz, lo conseguiremos.

La violencia contra las mujeres es una pandemia global que nos asola. Diez millones de mujeres son maltratadas en Estados Unidos, 2128 feminicidios se cometen en América Latina cada seis meses y una de cada tres mujeres son agredidas en la Unión Europea. Estos son solo algunos de los síntomas de una enfermedad social que nos enferma a todos. Detrás de estas cifras hay millones de historias de dolor, de miedo y de lucha. Es urgente encontrar una cura.

Miles de mujeres gritan pidiendo auxilio en Oriente Medio, en Asia y en el Pacífico... En todos los rincones del mundo donde la violencia machista se enfurece con saña. Algunas tienen suerte, logran escapar, reconstruir sus vidas. Sin embargo, muchas otras se suman a las estadísticas, convirtiéndose en nombres olvidados, en víctimas silenciadas.

El maltrato no es solo físico, es una herida profunda que marca el alma. La sociedad, en lugar de ofrecernos apoyo, nos culpabiliza y nos avergüenza. Se burlan de las mujeres que alzan la voz, que exigen respeto e igualdad. Las llaman exageradas, histéricas y feminazis. Lanzan comentarios misóginos y las reducen a la categoría de "sexo débil". Lo que no pueden ver, o no quieren ver, es que lo único que deseamos es igualdad, es vivir sin miedo, es amar sin dolor.

Mientras la ambulancia me lleva hacia el hospital, hago una promesa silenciosa, que no me callaré. Usaré mi voz para denunciar la violencia, para exigir justicia, para que ninguna mujer se sienta sola, para que todas sepamos que merecemos un futuro mejor. Un futuro donde el amor sea sinónimo de libertad, y donde la igualdad sea una realidad para todas.

∞∞∞

Llegamos al hospital, donde me someten a un exhaustivo examen médico. La doctora, con una expresión amable y profesional, me pregunta si he sido agredida sexualmente. Un escalofrío me recorre la espalda. Es como si estuviera reviviendo la pesadilla de hace tres años, cuando escapé de las garras de Christian. Observo a las enfermeras y doctoras que me atienden, sus rostros reflejan una mezcla de compasión y preocupación, aunque intentan ser delicadas, no puedo evitar sentirme incómoda ante sus miradas llenas de lástima.

Al ellas terminar, los agentes me rodean como buitres, sus preguntas son afiladas como dagas. Cada respuesta es una confesión arrancada a la fuerza, una herida abierta que supura dolor. Preguntan por el *jet*, por Christian y por cada detalle macabro de su secuestro. El tiempo se dilata, cada segundo es una eternidad. Finalmente, Taylor aparece como un rayo de esperanza, trayendo consigo una muda de ropa para mí.

—¿Y Paul? —pregunto con ansiedad, necesitando saber cómo está.

Taylor sonríe y me abraza con fuerza. Conrad, que la ha acompañado, la observa con una ternura que no me pasa desapercibida.

—Mi hermano está esperándote —contesta con dulzura—. Así que te traje ropa para que puedas cambiarte.

—Gracias, Taylor —murmuro, conmovida por su gesto.

—Solo ama a mi hermano, y no le hagas daño —me pide con una sonrisa pícara.

—Lo prometo —respondo, y veo que Conrad nos deja a solas, cerrando las cortinas para que pueda cambiarme con privacidad.

Ella me ayuda a vestirme, ya que tengo el brazo inmovilizado por una luxación que sufrí al caerme de la cama en el motel. Cuando estoy lista, recibo el alta médica, y subimos a la planta donde está Paul. Abro la puerta sin llamar, y al verme, sus ojos verdes se iluminan con una alegría que me conmueve. Por primera vez en todo el día, siento una paz profunda invadir mi ser.

—Nena... —susurra con voz ronca, extendiendo sus brazos hacia mí.

—Paul... —pronuncio su nombre temblando, corriendo hacia él como si fuera un imán.

Me abraza con fuerza, y al sentir sus brazos rodearme, me siento en casa. Es una sensación de seguridad y pertenencia que nunca antes había experimentado. Me besa el pelo con ternura, y yo cierro los ojos, disfrutando de su calor, de su aroma, de su amor.

—Estás bien —afirma con alivio, acariciando mi cabello—. Estaba tan preocupado...

—Estoy bien —confirmo, aunque mi voz tiembla ligeramente—. Gracias a ti.

—Te amo, Felicity —expresa con intensidad—. Y no puedo imaginar mi vida sin ti.

—Te amo, Paul —contesto, y las palabras salen de mis labios con una fuerza que me sorprende—. Y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Sonríe, y sus ojos brillan con lágrimas de felicidad. Me besa con pasión, un beso que sella nuestro amor, nuestra promesa de un futuro juntos. Tengo la certeza de que nada podrá separarnos.

—Tengo que contarte algo —explica con un tono de voz que me preocupa, que me hace temer que la pesadilla no haya terminado del todo—. Recibí un disparo en el hombro y en la pierna izquierda. Fueron superficiales, no te preocupes —me pide, intentando tranquilizarme, pero su voz tiembla ligeramente—. Pero en el muslo derecho... la bala tocó la arteria femoral. Perdí mucha sangre.

Un escalofrío me recorre la espalda, y mi corazón se acelera. La imagen de Paul cayendo al suelo del avión, con la camisa manchada de sangre, regresa a mi mente con una intensidad abrumadora. Las lágrimas brotan de mis ojos, y una punzada de dolor me atraviesa el pecho.

—Paul... —musito con la voz entrecortada, sintiendo que el miedo vuelve a apoderarse de mí —. ¿Estás realmente bien?

—Estoy bien, mi amor —me interrumpe con una sonrisa que intenta ser tranquilizadora—. Los médicos dijeron que tal vez tarde un tiempo en moverme con normalidad, pero no tengo ningún daño. Voy a recuperarme por completo.

Sus palabras me tranquilizan y un suspiro de alivio escapa de mis labios. Lo miro con los ojos llenos de lágrimas, y acaricio su rostro con ternura.

—No me importa, amor —expreso con sinceridad—. Lo único que me importa es que estés vivo. Que estemos juntos.

—Mi único pensamiento mientras me desangraba era que tú estuvieras a salvo —confiesa con la voz llena de emoción—. No podía soportar la idea de perderte, nena.

—Y no me has perdido —aseguro con una sonrisa, aferrándome a su mano con fuerza—. Estoy aquí, contigo. Y voy a quedarme a tu lado para siempre.

Nuestros labios se encuentran en un beso que transforma mi mundo y, que me llena de una felicidad inimaginable, que me hace sentir completa. Esta unión me recuerda que el amor verdadero existe, que sana las heridas más profundas. Y en este momento, mientras nuestros corazones laten al unísono, sé que he encontrado mi refugio y mi hogar. Nuestro amor es más fuerte que cualquier miedo, más duradero que la vida misma.

—Eres libre, Felicity —indica, mirándome a los ojos con una intensidad que me hace estremecer. Sus palabras son una caricia para mi alma, una promesa de un futuro sin sombras—. Christian Morgan ya no podrá hacerte daño.

—Soy libre —repito, sintiendo el peso de esas palabras en mi corazón, como una liberación que me llena de alegría y gratitud—. Y es gracias a ti, Paul. Gracias por rescatarme, por amarme, por protegerme.

Lo abrazo con fuerza, sintiendo la calidez de su cuerpo y el latido de su corazón contra el mío.

Estar entre sus brazos me llena de paz y seguridad, sé que he encontrado mi hogar, mi refugio y mi lugar en el mundo. Paul es mi ancla en el mar lleno de tormentas.

Los recuerdos de nuestro primer encuentro en Portofino regresan a mi mente. El sol brillando sobre el mar, el sabor dulce del *gelato,* la magia de ese primer beso... Todo comenzó allí, en ese pequeño pueblo italiano, donde el destino cruzó nuestros caminos. Y ahora, después de tantas pruebas, después de tanto dolor, finalmente estamos juntos, libres para amar sin miedo, para construir un futuro juntos.

Nuestro amor nació de un *gelato,* un beso y una promesa en Portofino





Epílogo I

Paul

Seis meses después

Han pasado seis meses desde aquella noche infernal en Londres que casi nos arrebata la vida, parece que fue ayer, sin embargo, me parece mentira que ha transcurrido este tiempo desde que el destino nos puso a prueba, desafiando nuestro amor, nuestra resiliencia y nuestra capacidad de superar la adversidad.

Aquí estamos, en Portofino, en este paraíso que se ha convertido en nuestro refugio, en el hogar que construimos juntos con los cimientos de un amor indestructible. El sol de la tarde acaricia nuestras pieles, dorándolas con su luz cálida y suave, mientras la brisa marina nos trae el aroma a sal y a flores silvestres. El mar Mediterráneo, con su azul intenso e infinito, se extiende ante nosotros como un lienzo donde el cielo y el agua se funden en un horizonte de ensueño. Es un escenario perfecto para celebrar la vida, el amor y la felicidad que hemos conquistado.

Felicity está tumbada en una hamaca, con un libro en la mano y una expresión de serena felicidad que ilumina su rostro. Su cabello cobrizo, como una cascada de fuego, brilla bajo el sol, enmarcando una piel que ha recuperado su luminosidad, libre de las sombras del pasado. Sus pecas, que antes intentaba ocultar con timidez, ahora son un mapa de constelaciones que adoro recorrer con la yema de mis dedos, descubriendo nuevas estrellas con cada caricia. La observo con el corazón desbordante de amor, maravillado por la fuerza y la belleza que irradia. Ha superado la pesadilla de Christian, ha enfrentado sus miedos con valentía, y ha renacido de las cenizas del dolor, más fuerte y radiante que nunca. Es una mujer increíble, mi mujer, y la amo con cada fibra de mi ser.

Me acerco a ella con sigilo, no quiero romper la magia del momento, y me siento a su lado en el borde de la hamaca. Tomo su mano con delicadeza, con una reverencia que refleja la profundidad de mis sentimientos. Sus dedos se entrelazan con los míos, y una corriente cálida recorre mi cuerpo, encendiendo una llama de deseo y ternura. Es una conexión que va más allá

de lo físico, una unión de almas que se reconocen, que se complementan, que se aman sin condiciones.

—¿En qué piensas, mi amor? —pregunto, acariciando su mano con una suavidad que contrasta con la fuerza de mis sentimientos.

—En lo afortunada que soy —contesta, con una sonrisa que me ilumina el alma, una sonrisa que me recuerda lo mucho que la amo, lo mucho que significa para mí—. En lo increíble que es la vida y en lo mucho que te amo, Paul.

—También te amo, nena —digo con sinceridad, con la voz cargada de emoción—. Más de lo que las palabras pueden expresar. Eres mi vida, mi razón de ser.

Se incorpora y me mira a los ojos, con una mirada que me hace perder el aliento y, que me transporta a un universo donde solo existimos nosotros dos, rodeados de un amor infinito. Sus ojos azules están llenos de amor, de complicidad y de una conexión profunda que une nuestras almas en un lazo indestructible.

—Amor… —me llama con un hilo de voz, y una mezcla de emoción y nerviosismo se refleja en sus ojos—, tengo que contarte algo.

—¿Qué pasa, mi amor? —pregunto, intrigado por su tono de voz y por el brillo especial que veo en sus ojos.

Toma mi mano con delicadeza y la coloca sobre su vientre, justo debajo de su ombligo, donde por meses he deseado que una nueva vida crezca. Que se haga realidad ese pequeño milagro que nos unirá aún más. Una sonrisa radiante ilumina su rostro. El corazón me late a mil por hora, porque sé que va a anunciarme la llegada de un nuevo capítulo en nuestra historia de amor.

—Vamos a ser padres, Paul —confiesa con una voz llena de emoción, y sus ojos brillan con lágrimas de felicidad—. Estoy embarazada.

La noticia me golpea como un rayo de luz, inundándome de una alegría incontenible, una felicidad que desborda cualquier límite. Voy a ser padre. Felicity y yo vamos a tener un hijo. Nuestro amor ha dado frutos, y una nueva vida está creciendo en su interior, un pequeño ser que llevará nuestra sangre, nuestros genes. Un ser que tendrá algo de los dos y que voy a proteger con mi vida.

La abrazo con fuerza, sin poder contener la emoción que me embarga. Beso su cabello, sus mejillas y sus labios, con una ternura que refleja la profundidad de mis sentimientos, con la pasión que solo ella despierta en mí. Y en este instante, con el sol bañando nuestros rostros y el mar como testigo de nuestro amor, siento que la felicidad nos envuelve por completo, creando una burbuja de luz que nos protege del mundo exterior, de las sombras del pasado, y de cualquier amenaza.

—Te amo, Felicity —le susurro al oído, con la voz quebrada por la emoción—. Gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.

—Yo también te amo, Paul —responde Felicity, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad —. Y estoy segura de que seremos unos padres maravillosos.

Nos quedamos abrazados, fundidos en un solo ser, mientras las olas del mar acarician la orilla con su suave murmullo, y el sol, como un foco celestial, nos baña con su luz dorada. El tiempo parece detenerse, y en ese instante de absoluta felicidad, solo existimos nosotros dos, conectados por un amor que ha desafiado al destino, que ha vencido a la oscuridad. En mi mente, la melodía de *Golden Hour* de JVKE resuena como la banda sonora de nuestra historia, una llena de encuentros y desencuentros, de dolor y superación, de un amor que ha florecido en medio de la adversidad, como una flor que nace entre las rocas.

Y sé, con una certeza que nace desde lo más profundo de mi alma, que este es solo el

comienzo de un nuevo capítulo en nuestras vidas. Un capítulo lleno de amor, de risas, de complicidad, de sueños cumplidos. Lo escribiremos juntos, de la mano, con el corazón lleno de esperanza y la mirada puesta en un futuro radiante, donde nuestra familia crecerá, donde nuestros hijos llenarán la casa con sus risas y sus juegos, donde el amor será el motor que nos impulse a seguir adelante, a pesar de cualquier obstáculo.

Se separa un poco, y sus ojos verdes brillan con una intensidad que me desarma. Me acaricia la mejilla con ternura, y sus dedos dibujan un camino de fuego sobre mi piel, despertando en mí una oleada de deseo.

—Estoy tan feliz de que estemos juntos, de que vayamos a formar una familia.

—Eres mi sueño hecho realidad, la mujer que me ha enseñado el verdadero significado de la felicidad —respondo, sellando mis palabras con un beso tierno y apasionado, que expresa la inmensidad de mi amor.

Nos quedamos en silencio, abrazados, disfrutando de la magia del momento, de la conexión profunda que nos une. El sol comienza a descender en el horizonte, tiñendo el cielo con una paleta de colores vibrantes, creando una obra de arte que parece pintada solo para nosotros. Y mientras observamos el espectáculo, con las manos entrelazadas y el corazón lleno de amor, sé que nuestro futuro será tan hermoso como este atardecer, lleno de luz, de color y de esperanza.

Nuestro amor es un faro que nos guía en la tormenta, un refugio que nos protege de la oscuridad y una promesa de felicidad eterna.





Epílogo II

Felicity

Cinco años después

El sol de la tarde, como un pintor impresionista, salpica de oro y sombras el verdor del jardín que rodea nuestra casa en Connecticut. Robles centenarios, con sus ramas imponentes como brazos protectores, se alzan sobre el césped, creando un dosel de hojas bajo el cual mis dos pequeños retozan con la energía inagotable de la infancia. Connor, mi primogénito, lleva el nombre de mi mejor amigo, un recordatorio constante del lazo inquebrantable que nos une. Y Lizzie, nuestra pequeña princesa, con su cabello castaño y sus ojos del mismo verde que los de su padre, es la viva imagen de la felicidad. Corren descalzos por la hierba, sus risas se mezclan con el canto de los pájaros y el ladrido juguetón de Luna, nuestra golden retriever. Los observo desde la terraza, con una sonrisa que no puedo contener, el corazón rebosante de amor y gratitud. Acaricio mi vientre hinchado, donde crece nuestro tercer tesoro. La felicidad me desborda, jamás imaginé que mi corazón podría amar de esta manera.

Cinco años han pasado desde aquella pesadilla en Londres, desde que Christian Morgan intentó arrebatarme la vida y desde que el miedo me atenazaba el alma. Sin embargo, ahora, estoy rodeada de mi familia, en este remanso de paz y felicidad que hemos construido juntos, el pasado se diluye como una sombra lejana, un mal sueño que ya no me atormenta.

Paul está a mi lado, recostado en una tumbona, con un libro en la mano y una expresión de serena felicidad que me contagia. Lo miro con adoración, con la misma intensidad que el primer día, agradecida por el destino que nos unió en aquel mágico rincón de Portofino. Su amor ha sido mi bálsamo, mi refugio y mi fuerza. A su lado, he aprendido que el amor verdadero existe, que la felicidad es posible, que el pasado no tiene por qué definir el futuro. Que las heridas pueden sanar, que el miedo puede ser vencido, que la vida, a pesar de sus golpes, siempre ofrece una nueva oportunidad.

El rugido de un motor interrumpe la tranquilidad de la tarde. Levanto la vista y veo a Connor,

mi querido amigo y hermano, salir de su flamante deportivo, con esa sonrisa pícara que siempre me hace reír. A su lado, baja Taylor, radiante y hermosa, con su cabello castaño platino y sus ojos verdes llenos de vida. Y detrás de ellos, aparece Conrad, con esa mirada intensa y protectora que me hace sentir segura y querida.

—Familia, ¡hemos llegado! —anuncia Connor con alegría, y los niños corren hacia él, gritando de emoción.

Taylor se acerca a mí con paso ligero y me abraza con cariño, su perfume floral me envuelve como una caricia.

—Felicity, estás radiante —halaga con una sonrisa sincera—. La maternidad te sienta de maravilla.

—Gracias, Taylor —respondo, devolviéndole el abrazo—. Tú también estás preciosa. Y veo que Conrad te trata como a una reina.

Taylor se sonroja, y Conrad, que se ha acercado a nosotros, la rodea con el brazo y le da un beso en la frente, un gesto lleno de ternura y complicidad.

—Es que Taylor es mi reina —dice Conrad con una sonrisa que destila amor, y veo en sus ojos la misma adoración, con la que Paul me ve.

Observo a mi alrededor, y una profunda sensación de felicidad me invade, como una ola cálida que me recorre el cuerpo. Todos estamos aquí, juntos, felices, en paz. Conrad y Taylor, que al final encontraron el amor uno en el otro, formando una pareja que irradia alegría y complicidad. Connor, que sigue siendo mi protector, mi hermano mayor, siempre dispuesto a cuidarme y a defenderme.

—Felicity —me llama Paul, tomándome la mano y mirándome con ternura, con esa mirada que me hace sentir la mujer más afortunada del mundo. Nos alejamos un poco de todos, hoy hace cinco años que en una discreta boda dijimos el sí quiero. Nos detenemos y habla—: Estoy orgulloso de ti. De la mujer que eres, de la madre que has llegado a ser, de la luchadora que nunca se rinde.

Sonrío conmovida por sus palabras y me sonrojo por la admiración que veo en sus ojos. Después de todo lo que he vivido, he encontrado mi propósito, mi voz. Ya no soy solo Felicity Jones, la chica huérfana y vulnerable que se enamoró del hombre equivocado. Soy Felicity Hyatt, una mujer fuerte, independiente, que ha aprendido a amar y a ser amada. Me he convertido en portavoz de las mujeres maltratadas, en una defensora incansable de la justicia y la igualdad. He usado mi experiencia, mi dolor, para ayudar a otras mujeres a salir del círculo de la violencia, para que sepan que no están solas, que hay una salida, que la felicidad es posible.

Y mientras observo a mis hijos jugar en el jardín, rodeada del amor de mi familia, siento que he cerrado un ciclo. El pasado con sus sombras y sus cicatrices, ya no me define. He construido una vida llena de amor, de risas y de sueños cumplidos. Mi historia como la de tantas otras mujeres, es un testimonio de que el amor puede vencer al odio, que la esperanza puede florecer incluso en la oscuridad más profunda, y que la libertad, una vez conquistada, es un tesoro que nadie podrá arrebatarnos.

A todas las mujeres que se sientan identificadas con mi historia, a todas las que han sufrido la violencia, el maltrato y la humillación, les prometo que no están solas. Hay una salida. No se rindan. Luchen por su libertad, por su felicidad, por su derecho a amar y ser amadas. Busquen ayuda, hablen y denuncien. No permitan que el miedo las silencie. Recuerden que son fuertes, que son valiosas, que merecen una vida plena y feliz. Y que juntas, unidas en una sola voz, podemos cambiar la historia.

Porque el amor no debería doler. El amor debería sanar, proteger, liberar. Y todas,

absolutamente todas, merecemos un amor así.

Fin.



Agradecimientos:

Quiero dedicar unas palabras de profundo agradecimiento a Dios, quien ha sido mi guía y fuente de fortaleza a lo largo de mi vida. Agradezco las bendiciones recibidas y el talento que me ha otorgado para crear mundos llenos de magia y amor. Su luz ha iluminado mi camino en los momentos más oscuros, y su presencia ha sido un refugio constante.

Mi madre, el pilar fundamental de mi vida, merece un agradecimiento especial. Su amor incondicional y apoyo inquebrantable han sido esenciales en mi recorrido. Hoy, más que nunca, quiero expresar mi gratitud por no soltar mi mano cuando atravesé uno de los momentos más difíciles de mi vida.

Durante tres años, viví el infierno del maltrato psicológico a manos del hombre que escogí para compartir mi vida. Sin embargo, gracias a la fortaleza y al amor de mi madre, pude encontrar el camino hacia la libertad y la sanación. Su presencia y valentía me enseñaron a no rendirme y a creer en un futuro más brillante.

No puedo dejar de agradecer a tres personas especiales, que me escuchan mis locuras, que me ayudan en cada historia y que son más que unas lectoras, se convirtieron en mi familia virtual. Gracias, Glory, Lupe y Yen, por siempre estar cuando las necesito. Las amo con locura y espero algún día estar juntas. La conexión que hemos forjado va más allá de las palabras y las páginas. Cada una de ustedes ha aportado una luz única a mi vida, iluminando mis días con su amistad sincera y su apoyo incondicional. Aunque la distancia física nos separe, sé que nuestros corazones están unidos por un lazo indestructible. Gracias por ser parte de este viaje literario y personal, por sus consejos, por sus risas y por cada momento compartido. Juntas hemos creado un espacio donde la imaginación no tiene límites y donde el amor y la comprensión siempre prevalecen. Espero con ansias el momento en que podamos reunirnos y celebrar esta hermosa amistad que hemos cultivado.

A mi mejor amiga, Lisbeth Montoya, ni la distancia, ni mucho el tiempo nos puede separar. Nuestra amistad es la prueba que ese hilo rojo que une a las personas, por más que se tense, nunca se rompe. Gracias por ser mi amiga, mi hermana y mi refugio. Tu presencia en mi vida ha sido un regalo invaluable. Desde el primer día, supe que nuestra conexión era especial, y con cada año que pasa, mi admiración y cariño por ti solo crecen. Has estado a mi lado en los momentos de alegría y de tristeza, siempre ofreciendo una mano amiga y un corazón abierto. En los días más oscuros, tu luz me ha guiado; en los momentos de duda, tus palabras me han inspirado. Me has enseñado el verdadero significado de la lealtad y la amistad. No importa cuán lejos estemos físicamente, sé que siempre puedo contar contigo.

Gracias por ser quién eres y por enriquecer mi vida con tu presencia. Espero que nuestra

amistad continúe floreciendo y que tengamos muchas más aventuras y recuerdos por crear juntas. Estoy profundamente agradecida por todo lo que hemos compartido y ansío todo lo que está por venir.

Quiero expresar un sincero agradecimiento a todas mis niñas, quienes han sido una parte invaluable de mi vida. Gracias por su apoyo incondicional, por leerme y compartir conmigo cada momento de este viaje. Son el mejor equipo que podría pedir. Lyn Portilla Nuñez, Maria Jacobo, Fontcalda, Helena Quiros, Karla "Chencha" Pagán, Alcio Solís, Khrisbel Ramirez, María Jiménez T, Nalle Mejía, Loli, Leydis, Lucrismar y Génesis, Lucy Montiel.

Por último, a ti querid@ lector@, por apoyarme a lo largo de diez años de carrera. Sin ti, el sueño que comenzó una noche de llanto, no se hubiera materializado. En este viaje, he aprendido que el amor y el apoyo de quienes nos rodean pueden ayudarnos a superar cualquier obstáculo. La gratitud es un poderoso recordatorio de la belleza que existe en nuestras vidas, incluso en los momentos más difíciles. A todos aquellos que han sido parte de mi camino, gracias por ser luz en mi vida.

Sobre la autora

Lorena del Valle Fuentes P.



Venezolana de nacimiento y de corazón, enamorada de su país y de todo lo bueno que siempre ha tenido; Lorena Fuentes desde pequeña ha tenido fascinación por la lectura y las letras. Su primer libro fue Platero y yo, pero la historia del niño que enseña a los adultos: El Principito, fue la que la enamoró.

Es amante de las artes en todas sus expresiones. En 2015, con Soy Tuya incursiona por primera vez en ese mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los primeros lugares de venta por más de seis meses seguidos. Tras haber realizado varias publicaciones, octubre de 2016 trae a su vida su primer Best-Seller: Amor en llamas, llegando al primer lugar de ventas en novelas de ficción de Amazon.

Fuentes, pensando siempre en su público, se dio a la tarea presentar sus obras en otros idiomas, trayendo así en marzo de 2019 Amore in fiamme, y aventurándose al inglés, presenta en julio de ese mismo año The Most Beautiful Night; para octubre de 2021, trae en portugués su más grande éxito Amor em chamas.

En el año 2020 nace para ella su mayor reto, así como una de sus más grandes satisfacciones, el Dark Romance, género que trae consigo La Ley del Silencio, serie llena de controversia por su contenido, Omertà ve la luz en julio; su gran secuela, Amore e Vendetta en octubre; 2021 trae la historia del menor de los Lombardo, Inferno e Paradiso; Uomo D'onore es la penúltima novela de la serie, publicada en octubre de este mismo año, el quinto y último libro dará fin a la serie en febrero.

Para la escritora colaborar con sus compañeras, creando lazos y consintiendo a sus lectores, es algo fundamental, por ese motivo incursionó en las antologías multiautor Romances Que Dejan Huella en febrero de 2020, y Día de los Enamorados, en el mismo mes, pero de 2021. Sin dejar pasar la oportunidad de celebrar las fiestas decembrinas, Un regalo para ti trae una colección de relatos de su autoría, acordes a la fecha, que te harán pasar un grato momento.

No hay amor más grande que el de Lorena por sus lectores, así que no dudes en comunicarte con ella para comentar sus obras o compartir un grato momento hablando de libros.

Redes Sociales:
Facebook: https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/
Instagram y Theards: @lorenafuentes2

Libros:

Serie Nos Pertenecemos:
Soy Tuya 27/03/2015
Todo de Ti 27/11/2015
Lo Mejor de ti 02/03/2017
Nos Pertenecemos 13/08/2020
Girasoles para Lu 21/11/2019
Relatos de la serie:
Todo Cambió: 26/04/2015
Algo Sobre de Diciembre: 21/12/2015

Unitarios:
Serendipia 01/05/2016
La Noche Más Linda 11/07/2017
Y Lo Conocí en: 27/11/2018
Desencuentros 15/03/2019
Óbelo: 30/07/2019
No Fue Mi Intención Amarte: 01/08/2021
90 días 28/11/2021
Ramé 04/07/2022
Una Segunda Oportunidad 16/10/2022
El Bufón y la Reina 23/01/2023
Cinco Minutos Para Enamorarse 23/10/2023
El Romano Abril 2024
Una promesa en Portofino, febrero 2025

Serie ley del Silencio:
Omertà 19/03/2020
Amore e Vendetta 26/10/2020
Inferno e Paradiso 15/05/2021
Uomo D'onore 21/10/2021
L'Ultimo Capo 14/10/2022

Biología Atrévete a Amar
Filofobia: 01/05/2018
Resilio 01/08/2018

Bilogía en llamas:
Amor en llamas 15/10/2016
Corazones en llamas 03/12/2017

Serie Estación 44
Fuego Amistoso 01/02/2021

Biología Deseo
Oscuro Deseo Abril 2023
Corazón Oscuro Julio 2023

Serie Ruinas
Hermosas Ruinas 29/10/2024
Amor en Ruinas 17/12/2024

Antologías:
Romances que dejan huellas 14/02/2020
Un regalo para ti 09/12/2020
Antología de Relatos: “Día de los enamorados” 14/02/2021
Darkness “Reinas de La Oscuridad” 29/10/2021
Un Regalo que Deja Huella 30/12/2022

Traducciones:
Amore in fiamme 29/03/2019
The Most Beautiful Night 26/07/2019
Amor em chamas 15/10/2021
La notte più bella 01/02/2022
Five Minutes To Fall in Love 02/12/2024

---

[1] Hemos llegado.